CRIMEN & CIA.

David Goodis

EL ANOCHECER

VERSAL

David Goodis

EL ANOCHECER

(Nightfall, 1947)

OceanofPDF.com

1

Era una de esas noches cálidas y pegajosas que hacen que a Manhattan se le note la edad. Había algo de triste y estancado en la forma en que todo aquel calor, denso como el jarabe, se negaba a agitarse. Era una noche propicia para cualquier cosa, excepto para trabajar, y Vanning se incorporó y se alejó unos pasos del tablero de dibujo. Al pasar, rozó una caja de acuarelas y la oyó chocar contra el suelo. Era lo que faltaba. El incidente terminó con cualquier intención que hubiera podido abrigar de terminar el trabajo aquella misma noche.

El calor penetró en la habitación y descendió sobre Vanning. Encendió un cigarrillo. Se dijo que ya era hora de tomar otra copa. Dirigiéndose hacia la ventana, resolvió que más le valía no pensar en la bebida. El calor era más fuerte que el licor.

Se paró ante la ventana, contemplando el panorama de Greenwich Village, viendo las luces, oyendo los ruidos de la calle. Sintió el deseo de formar parte del ruido. Quería conseguir un poco de aquellas luces, quería participar en aquella actividad, quería hablar con alguien. Pero tenía miedo de salir.

Y se daba cuenta de ello. El descubrimiento le produjo más temor. Se frotó los ojos con las manos y se preguntó por qué esa noche era tan difícil. Y, de pronto, se dijo que esa noche iba a ocurrir algo.

Fue más que una premonición. Tenía razones de peso que la apoyaban, y no guardaba relación con la noche en sí. Era algo que surgía del pasado, y con los ojos cerrados vio una serie de escenas que le hicieron temblar sin moverse, tragar saliva sin tragar nada.

Había un automóvil azul claro, un descapotable. Era un color lógico aquel azul claro, lógico para empezar, porque todo había empezado de una forma clara y tranquila, con el descapotable azul claro rodando suavemente, las montañas de Colorado tan bonitas y en calma, el firmamento tan pacífico, toda la escena de azul claro en una especie de estilo agradable y sin estridencias. Y luego apareció el rojo, un rojo brillante, la carrocería y los guardabarros del vehículo destrozado, el duro gris de la roca contra la que se apoyaba el coche accidentado, el duro gris que se convertía en negro, el negro del revólver, el negro que permanecía mientras iban apareciendo

otros colores. El verde de la habitación del hotel, la alfombra anaranjada, o tal vez no fuese anaranjada —podría haber sido morada, muchos de aquellos colores podrían haber sido otros—, pero el único color sobre el que no cabía equivocarse era el negro. Porque ése era el color de una pistola, un negro mate, un negro total, y a través de un remolino de todos los colores que se unían en un estanque enloquecido, la pistola negra llegó a su mano y él la sostuvo allí durante un lapso imposible de medir. Luego apuntó la pistola negra y apretó el gatillo y mató a un hombre.

Apartó de su cara los puños apretados, abrió los ojos y se forzó a regresar a la habitación del presente. Volviéndose, vio el tablero de dibujo que le lanzaba un cable invisible, un cable que tiraba de él y le urgía a abandonar el pasado y quedarse con el ahora. Porque el ahora le conocía como James Vanning, un ilustrador publicitario experto en esa clase de trabajos —los más difíciles— que los departamentos de arte de las agencias de publicidad solamente confían a especialistas con experiencia. Esa noche estaba liado con uno de los acostumbrados encargos urgentes, y el plazo de entrega terminaba al otro día a las cuatro de la tarde. Pero si se iba a dormir en seguida, podría levantarse temprano y terminar el trabajo a tiempo para dejar satisfecho al director artístico.

Si se iba a dormir en seguida. Eso sí era decididamente cómico. Dormir. Como si dormir fuera algo que se consiguiera automáticamente. Como si no tuviese más que recostar la cabeza sobre la almohada, cerrar los ojos y quedarse dormido. Se rió en silencio. Se rió al imaginarse tratando de dormir. Todas las noches sostenía una lucha con el sueño hecha de una serie de asaltos que se prolongaban hasta que por fin caía inconsciente más o menos cuando comenzaba a salir el sol. Así era su sueño.

Pasó al cuarto de baño y se miró en el espejo. Estatura mediana, pero más bien fornido. Cabello rubio rizado y abundante, de modo que no había razón para inquietarse. La preocupación se la causaban los matices plateados que asomaban aquí y allá por entre lo rubio. Muy poca plata, apenas visible junto al oro, pero aun la poca que había era demasiada para un hombre de treinta y tres años. Y los surcos que se marcaban bajo sus ojos y en torno a sus labios no eran signos de vejez, sino de sufrimiento. Hasta su misma tez. Todavía conservaba mucho Pacífico Sur —Saipán y Okinawa sobre todo—, pero aquella oscuridad era más de sombras que de sol. Parecía que hubiera una gran sombra sobre él y en torno a él.

Fue llegando más sombra, y decidió combatirla. Se duchó, se afeitó y mientras se enfundaba un traje veraniego recién lavado y planchado, oyó los ruidos que subían del vestíbulo.

—Un poli —exclamaba la voz—. Quiero un poli.

Otra voz llegó del exterior.

—¿Qué te pasa?

—Quiero un poli.

Vanning apretó los dientes. No podía respirar. Se quedó allí de pie, inmóvil.

—¿Por qué estás tan excitada? ¿Qué te pasa?

—¿Quién está excitada? Pasa que necesito un polígrafo para anotar el teléfono de mi hermana…

—¿Por qué no aprendes a hablar en cristiano?

—¡Cierra la poca y tráeme el poli!

A partir de ahí, siguió una típica discusión conyugal, con la mujer pidiendo a gritos un bolígrafo y gritando de nuevo después de conseguirlo. Vanning perdió un minuto o así tratando de decidir si eran hispanos, italianos o vieneses. Se preguntó cuándo habrían llegado a vivir allí. No conocía a ninguno de sus vecinos. Procuraba deliberadamente mantenerse alejado de ellos. Mantenerse alejado de todo el mundo.

Se dijo que ya era hora de ponerse en movimiento. No sabía adonde iba, pero, fuera donde fuese, tenía mucha prisa por llegar.

OceanofPDF.com

2

El calor llegaba en oleadas, grandes olas de calor que venían rodando desde todas las partes de Manhattan y descendían de un firmamento de asfalto derretido. El calor inundaba el parque de Washington Square, permaneciendo allí a pesar de alguna brisa esporádica. Vanning solamente se quedó unos minutos en el parque. Cuando lo dejó, se encaminó hacia la esquina de la calle Cristopher y Sheridan Square. Había muchas luces en aquella dirección, y fue hacia ellas pensando en una o dos copas y quizá una charla con alguna persona sin importancia que le hablara de cosas sin importancia.

Acababa de cruzar una calle e iba a doblar una esquina cuando un hombre se le acercó y le pidió fuego. En aquel punto en concreto no había farolas, y Vanning no pudo ver bien al hombre. A pesar de todo, distinguió una pequeña figura, un bigote y una cabellera negra pulcramente peinada. Encendió una cerilla y la aplicó al cigarrillo del desconocido. El resplandor le proporcionó una buena visión del rostro. Pero sólo duró unos instantes. No había ningún motivo en especial para estudiar la cara.

—¡Qué calor! —comentó el hombre.

—Espantoso.

—He visto a unos chicos bañándose en los muelles —prosiguió el hombre—. Han tenido una buena idea.

—Si lo hiciéramos nosotros —objetó Vanning—, la gente diría que estábamos locos.

—Lo malo de la gente es que no entiende a la gente.

El hombre tenía una voz agradable y un aire despreocupado, y Vanning se dijo que no había nada de extraño en la situación. El hombre tan sólo quería fuego y pegar la hebra un ratito, y si empezaba a preocuparse por estas pequeñeces, más le valdría ir buscando plaza en un asilo.

El hombre se recostó contra la pared de un edificio. Vanning encendió un cigarrillo. Permanecieron inmóviles como un par de animales en calma dentro de un bosque en calma. Estaban rodeados de noche, las calles estaban en silencio y el calor lo dominaba todo.

—Me gustaría saber cómo pueden soportarlo quienes viven en los trópicos.

—Ya están acostumbrados.

—Creo que yo no podría soportarlo —dijo el hombre—. ¿Ha estado alguna vez cerca del ecuador?

—Algunas veces, sí.

—¿Cómo es aquello?

—Estupendo —respondió Vanning—, Se vuelve uno majara, pero no importa porque todo el mundo está majara.

—Yo nunca he viajado gran cosa.

—No vaya al ecuador —le aconsejó Vanning—, Esto es como el veinte por ciento de lo que hay allí.

—¿Cuándo estuvo usted por esos lugares?

—Durante la guerra.

—Yo no participé —explicó el hombre—. Esposa e hijos.

—A mí me enviaron a la Marina —dijo Vanning, y se oyó decirlo, y pensó que estaba hablando demasiado.

Decidió que ya empezaba a ser hora de moverse, pero el hombre continuó:

—¿Vio mucho movimiento?

—El suficiente.

—¿Dónde?

—Por la parte de Borneo.

Se dijo que no pasaba nada. La conversación se prolongaría tal vez un minuto y luego le diría al hombre que alguien estaba esperándole en el bar de Jimmy Kelly o en cualquier otro sitio, se alejaría y el incidente se desvanecería hasta convertirse en uno de esos pequeños y vagos incidentes que nunca aparecen en las primeras páginas ni en los libros de historia.

—Le envidio —confesó el hombre.

—¿Por qué?

—Lo más lejos que he estado de Nueva York ha sido en Maine. Solía pasar allí los veranos, antes de que las cosas se pusieran mal.

—¿Tiempos duros?

—Últimamente —respondió el hombre.

—¿A qué se dedica?

—Investigaciones.

—¿Negocios?

—Más o menos.

—Yo trabajo en publicidad —dijo Vanning.

—¿En una agencia?

—Ilustrador *freelance.*

—¿Cómo le van las cosas?

—Hay ciclos. No sé de qué depende. Tal vez de las manchas solares.

—Creo que va a haber otra depresión —pronosticó el hombre.

—Es difícil decirlo.

El hombre arrojó su cigarrillo a la acera. Lo pisó.

—Bueno —comenzó—, será mejor que me vaya. Ella siempre me espera despierta.

Vanning iba a dejar correr todo el asunto, pero se encontró preguntando:

—¿Hace mucho que está casado?

—Once años.

—Ojalá estuviera yo casado.

—Lo dice como si verdaderamente lo creyera.

—Y lo creo.

—Tiene sus ventajas —reconoció el hombre—. Al principio, estuvimos a punto de separarnos. A veces, estaba desayunando y la veía al otro lado de la mesa y me preguntaba cómo podría librarme de ella. Pero luego me preguntaba por qué y no se me ocurría ningún motivo válido.

—La cosa de la libertad, tal vez.

—Usted es libre.

—Llega a hacerse monótono. Creo que, si uno es normal, necesita tener a alguien. Una persona especial, que esté siempre al lado de uno.

—¿Y eso no se hace monótono?

—¿A usted qué le parece?

—La monotonía es algo relativo.

—No estará usted bromeando. ¿O sí?

—No —respondió el hombre—. Lo digo en serio. Uno sale en busca de emociones y cuando las obtiene ya no existen. La emoción está en la búsqueda. Cuando se tiene a una persona, se puede buscar emociones junto a ella.

—¿No es eso un poco profundo?

—La conocí en un baile —prosiguió el hombre—. No se imagina los esfuerzos que tuve que hacer para llegar a conocerla verdaderamente. No solía alternar mucho, y ya sabe usted cómo es Nueva York. Apuesto a que hay más vírgenes en Nueva York que en cualquier otra ciudad del país. En proporción, quiero decir. Más incluso que en las pequeñas ciudades del

campo. Aquí aprenden a construirse un mecanismo de defensa desde muy pequeñas. Y puede uno agotarse tratando de vencerlo. Pero no me interprete mal. No me casé con ella por eso.

—¿Por qué se casó con ella?

—Llegó a gustarme. Nos lo pasábamos muy bien juntos. No sé quién es usted y no volveremos a vernos ni en cien años, conque no me importa hablarle de esta manera. Creo que es bueno desahogarse con un extraño, de vez en cuando.

—Puede que tenga razón.

—Me encariñé con ella. Quería ponerle las manos encima y al mismo tiempo no quería hacer eso, y empecé a darle vueltas al asunto. La cosa llegó al punto de que le compraba regalos para tener la satisfacción de ver cómo se le iluminaba la cara cuando abría los paquetes. Nunca me había ocurrido nada igual. Estuvimos saliendo juntos poco más de un año, y un día fui y le compré un anillo.

—Siempre sucede así.

—No siempre —replicó el hombre—. Creo que me enamoré realmente de ella un par de años después de casados. Entonces ella estaba en el hospital, iba a dar a luz nuestro primer hijo. Recuerdo que me quedé parado junto a la cama, y ahí estaba ella, y ahí estaba el bebé, y sentí que me atragantaba. Supongo que fue entonces. Ese fue el verdadero comienzo.

—¿Cuántos tiene ahora?

—Tres.

—Tres es el número justo.

—Son unos chicos estupendos —aseguró. Luego, alzó la muñeca hacia sus ojos y escrutó la esfera de un pequeño reloj—. Bueno, tendré que correr. Manténgase en forma.

—Lo haré —respondió Vanning, mientras el hombre echaba a andar—. Buena suerte.

—Gracias —contestó, ya cruzando la calle.

Dobló la esquina y recorrió otra manzana y cruzó otra calle. Por ella bajaba un taxi apáticamente, su conductor indiferente tras el volante, un cigarrillo suspendido como de milagro de sus labios. El hombre alzó un brazo, lo agitó, y el taxi se aproximó al bordillo.

El hombre subió al automóvil y le dio al conductor una dirección del barrio Este, un poco al norte de la calle Cuarenta y dos, en la zona conocida

como Tudor City. El conductor puso la palanca del cambio en segunda y se alejaron.

En poco más de cinco minutos, el hombre estaba en su casa. Tenía un apartamento en el séptimo piso de un edificio antaño de categoría y un tanto venido a menos. En el ascensor encendió un cigarrillo, volvió a consultar su reloj de pulsera al salir del ascensor y vio que las manecillas indicaban las doce menos cuarto. Mientras recorría el corredor, extrajo un llavero del bolsillo del pantalón y, cuando llegó ante la puerta con el número 714, consultó una vez más su reloj de pulsera. Luego insertó la llave, abrió la puerta y entró en el apartamento.

Era un pisito agradable, decididamente pequeño para una familia de cinco miembros, pero amueblado de forma que diera la impresión de más espacio. El principal elemento era una amplia ventana que se abría sobre el río Este. Y había un piano de concierto que le tuvo en números rojos varios meses. Había un escritorio bastante presentable, y una vitrina con libros de aspecto serio. El estante superior estaba ocupado por todos los volúmenes de *El libro del conocimiento*, pero los de abajo eran de material estrictamente para adultos. Bastante de Freud, Jung, Horney y Menninger, y algunas obras menos conocidas de otros psiquiatras y neurólogos. Los chicos estaban siempre trepando a sillas para alcanzar *El libro del conocimiento*, y ocasionalmente se entretenían con los otros libros y de vez en cuando rayaban algunas páginas con sus lápices, pero *El libro del conocimiento* tenía que estar en el estante superior, porque los demás no estaban lo bastante separados. Habían hablado de ello alguna vez, sobre todo cuando la hija de seis años arrancó todas las ilustraciones de una de las obras más profundas y patológicas acerca del sistema nervioso del hombre, pero lo cierto era que no había sitio para otra estantería y no valía la pena hacer un gran problema del asunto.

El hombre entró en la sala de estar y su esposa dejó el libro, se levantó y se acercó a él.

—Hola, señor Fraser.

—Hola, señora Fraser.

La besó en la mejilla. Ella quiso que la besara en la boca. La besó en la boca. Ella era un par de centímetros más alta que él, tirando a flaca, y tenía la clase de cara que utilizan en los anuncios de las revistas de moda cuando la cara no tiene demasiada importancia. Era un rostro interesante, pero nada

sensacional. Resultaba interesante porque reflejaba contento, pero no presunción.

La mujer le sujetó la cabeza entre sus manos y le dio masaje en las sienes.

—¿Cansado?

—Sólo un poco.

—¿Quieres beber algo?

—Comería algo, más bien.

—¿Un emparedado?

—Nada de carne. Algo ligero. ¡Qué calor hace!

—No podía conseguir que se durmieran los chicos. Deben de estar nadando, ahí dentro.

—Tú pareces fresca.

—He estado una hora en la bañera. Ven a la cocina. Te prepararé algo.

En la cocina, el hombre tomó asiento ante una mesita blanca, y su esposa empezó a preparar una ensalada. Le pareció que tenía buen aspecto, por lo que añadió más ingredientes y preparó dos raciones. Había un jarro de limonada y echó en su interior más hielo, azúcar y agua y se sentó también a la mesa.

Le contempló mientras él atacaba la ensalada. El hombre alzó la vista y sonrió. Ella le devolvió la sonrisa.

Le sirvió algo de limonada, y mientras él se llevaba a la boca un tenedor cargado de lechuga y huevo duro, le preguntó:

—¿No habías cenado?

—¿Quién puede comer con este calor?

—Tenía la esperanza de que subiera una brisa fresca desde el río.

—Debí haberte enviado al campo con los niños.

—Ya hemos hablado de eso.

—Aún no es demasiado tarde —insistió.

—Olvídalo. La ola de calor ya está a punto de acabar.

—Me daría de golpes.

—Ya iremos el año que viene.

—Eso dijimos el verano pasado.

—¿Es culpa mía?

—No. Es culpa mía. Lo siento, cariño; de veras que lo siento.

—¿Sabes una cosa? —preguntó ella dulcemente—. Eres un tipo muy amable.

—No soy nada amable. Pensaba en el dinero.

—Está todo por las nubes —observó la mujer—. A juzgar por los precios que piden, cualquiera diría que se han vuelto locos. Tendrías que ver lo que están pidiendo en Long Island.

—Yo pensaba en el campo.

—Te preocupan los chicos.

—Los chicos y tú.

—¡Oh, basta ya! Ganas lo suficiente.

—Estoy ganando una fortuna. La semana que viene me compraré un yate.

Ella echó mayonesa en su ensalada, la revolvió, comió un rato y, mientras se concentraba en la comida, preguntó:

—¿Alguna novedad?

—Sigo investigando. —Bebió un poco de limonada—. Es difícil.

—¿Todavía sigue allí?

—Todavía. Esta noche he hablado con él.

Ella dejó de comer. Alzó la vista.

—¿Qué ha ocurrido?

—He hablado con él, eso es todo. Nada fenomenal. Salió sobre las once. Fue andando al parque. Le seguí. Se marchó del parque, me acerqué a él y le pedí una cerilla. Nada más.

—¿No te ha dicho nada?

—Nada que me sea útil. Es un caso difícil. Si hay algo criminal en esta dirección, yo no soy capaz de verlo.

—Vamos, vamos…

—Lo digo en serio, cariño. Me tiene loco. Por menos de dos centavos, iría al cuartel general y les diría que están siguiendo una pista falsa.

—¿Y si te diera yo los dos centavos?

—Retiraría lo que he dicho.

Ella le sirvió más limonada.

—He llevado tu traje marrón a la lavandería y necesitas otro par de zapatos.

—Esperaré hasta el otoño.

Ella estudió la mirada de su marido y comentó:

—Nunca compras nada para ti.

—Tengo todo lo que necesito.

—Lo tienes todo —repitió la esposa. Se puso en pie y se acercó a él. Sus dedos le desordenaron los cabellos—. Algún día serás importante.

Él le dirigió una sonrisa.

—Nunca seré importante, pero siempre seré feliz. —Le tomó una mano, la besó y volvió a levantar la vista hacia su rostro—: ¿No seremos felices siempre?

—Claro que sí.

—Siéntate sobre mis rodillas.

—Estoy engordando.

—Eres una pluma.

Se sentó sobre sus rodillas. Él bebió más limonada y se la ofreció a ella, que a su vez le dio a comer un poco más de ensalada y también comió algo. Se miraron a los ojos y rieron suavemente.

—¿Te gusta mi pelo?

Él asintió. Tendió una mano hacia la cabeza de la mujer y jugó con sus cabellos.

—Las mujeres lo tenéis mal en verano, con tanto pelo.

—En invierno va la mar de bien.

—Ojalá estuviéramos ya en invierno. Ojalá hubiera terminado ya este caso.

—Tú terminarás con él.

—Es un problema.

—Y tú te comes los problemas —le dijo ella dirigiéndole una sonrisa de soslayo.

—Éste no. Éste es distinto. Tiene algo que me deprime. La forma en que hablaba. Su tono. No sé…

Ella se levantó.

—Voy a ver si los chicos se han dormido ya.

Fraser encendió un cigarrillo, y se echó un poco hacia atrás para ver a su mujer mientras cruzaba la sala. Cuando el tabique le impidió la visión, se inclinó hacia delante, aspiró intensamente el humo y contempló el vaso vacío frente a él. En su frente apareció una arruga que fue convirtiéndose en un ceño fruncido. El vaso vacío se veía muy vacío.

OceanofPDF.com

3

En aquel local del Village no había mucho que hacer. Cuatro hombres al extremo de la barra sostenían una tranquila conversación a propósito de caballos. Una pareja joven consumía pausadamente frescos tragos largos, sonriéndose. Un hombre grueso y bajo contemplaba taciturno un vaso de cerveza.

Vanning se volvió hacia su *gin rickey.* Le dominaba una peculiar sensación de soledad, y sabía que era sencillamente eso y nada más. Quería hablar con alguien. De cualquier cosa. Y de nuevo se vio reflejado en un espejo, esta vez el espejo del otro lado de la barra, y advirtió en sus propios ojos la expresión de un hombre sin un amigo. Sentía apenas un poco de compasión por sí mismo. Un hombre de treinta y tres años debería tener una esposa y dos o tres hijos. Un hombre debería tener un hogar. Un hombre no debería estar solo en un sitio como aquel, sin un sentido, sin un propósito. Debería tener un motivo realmente válido para levantarse por la mañana. Debería tener algún incentivo, debería tener algo.

Nuevamente se escapó de sus labios uno de aquellos suspiros, y él lo reconoció y no le gustó nada. Últimamente suspiraba demasiado. Terminó su bebida, engullendo los últimos sorbos con excesiva rapidez para apreciar realmente su sabor, y en seguida pidió otra. Mientras esperaba, vio que el bajo y corpulento bebedor de cerveza le contemplaba con aspecto vacilante. Era evidente que el gordo quería entablar conversación, que también se sentía solitario. En aquel preciso momento llegó su bebida.

Vanning dirigió al gordo una sonrisa amable, sonrisa que fue agradecida y correspondida. Vanning se desplazó con su bebida a lo largo de la barra, manteniendo la sonrisa, y comentó:

—Bueno, es una forma como otra de combatir el calor.

El gordo asintió.

—Lo que me gusta de la cerveza —explicó— es que aun dentro de uno se mantiene fresca. Con el whisky no ocurre lo mismo.

—Supongo que el whisky es una bebida de invierno —respondió Vanning, comprendiendo de pronto que iba a ser una conversación sumamente aburrida, y que si no cambiaba cuanto antes de tema se pasarían el resto de la velada hablando de licores.

Se preguntó de qué otra cosa podían hablar, y por unos instantes pensó en el béisbol, pero tuvo que descartarlo porque no estaba muy al corriente. Ni siquiera sabía cómo andaba la liga. Desde hacía mucho tiempo, pasaba las páginas deportivas de los periódicos sin mirarlas.

Y entonces, como no había nada que decir ni nada mejor que hacer, Vanning siguió ocupándose de su bebida.

—Está mirándole —le advirtió el gordo.

Vanning tomó otro sorbo y lo hizo bajar. Se volvió hacia el tipo gordo.

—¿Qué? —preguntó.

—Acaba de entrar una chica.

Vanning se inclinó sobre la barra y estudió el vaso y su contenido. Sin saber del todo por qué, respondió con desgana:

—Siempre están entrando chicas.

—Esa no está mal.

—Ninguna está mal —replicó Vanning—. Son todas maravillosas.

—Bueno, yo sólo quería advertírselo.

—Gracias. Gracias por advertírmelo.

El tipo gordo se encogió de hombros y se echó un trago de cerveza al gaznate. Permaneció algún tiempo en silencio, pero finalmente insistió:

—Lástima que no le interese.

—¿Por qué?

—A ella sí que le interesa usted.

—Eso es bueno —concedió Vanning—. Le levanta la moral a uno.

—Ojalá estuviera mirándome a mí.

—A lo mejor estoy estorbándole.

—Oh, no se preocupe por eso —rechazó el gordo.

—No, en serio. —Vanning emitió una breve risa contenida—. Me alejaré un poco. O saldré a dar un paseo. Lo que usted prefiera.

—No lo haga. No me serviría de nada. Yo no estoy en la onda de esa chica.

La desgana de Vanning se desvaneció. Volviendo su mirada hacia el gordo, le dijo, con simpatía:

—Vamos, hombre. ¿Por qué dice estas cosas?

—No siga, por favor —replicó el gordo, hoscamente—. No soy más que un gordo detestable, y no tengo bastante talento para lograr que la gente lo pase por alto.

—¿Hormonas?

—No, nada de hormonas. Apetito. Hoy he tomado ya seis comidas, y la noche todavía es joven. Tengo tantas posibilidades con esta tía como un esquimal en el Sahara.

—Vamos, vamos —insistió Vanning, divertido—. Nunca hay que perder las esperanzas. Inténtelo. El que no se arriesga…

—Sí, ya conozco esa historia, y si creyera que tengo una probabilidad entre mil de que me dijera «hola», trataría de ligar con ella. Pero es un caso perdido. Yo no juego en esta liga. Mírela bien y verá por qué lo digo.

—No se deje intimidar por las mujeres —le aconsejó Vanning—. No son venenosas.

—Tal vez pudiera convencerme, pero, por la forma en que lo dice, veo que ni usted mismo lo cree. A usted le han hecho daño, hermano. No trate de engañarme. A usted le han hecho mucho daño.

La mano de Vanning se cerró con fuerza en torno a su vaso. Lo dejó en el mostrador. Tamborileó con los diez dedos sobre la superficie de la barra, respiró hondo y clavó su vista al frente.

—De acuerdo —replicó—. ¿Pasa algo?

—Nada —contestó el bebedor de cerveza—. A mí también me han hecho daño.

—Qué lástima. ¿Empezamos a llorar sobre nuestros respectivos hombros o le parece buena idea que dejemos correr todo este asunto? ¿Quiere otra cerveza?

—Todavía sigue mirándole.

—Muy bien —dijo Vanning—; pues no se tome otra cerveza. Y hágame un favor. No siga comentándome lo que ocurre en el otro extremo de la barra.

—Apuesto a que sé cuál es su problema. —El gordo exhibió una sonrisita regocijada y astuta—. Usted es uno de esos tipos tímidos. Apuesto a que tiene miedo.

—¿Miedo?

—Eso he dicho.

—Miedo —musitó Vanning—. Se aferró al borde redondeado de la barra —. Miedo. Tengo miedo.

El bebedor de cerveza esperó un poco, y luego añadió:

—No se lo tome a mal, amigo, pero ¿le importaría decirme qué diablos le pasa?

—Tengo miedo —repitió Vanning.

—Saldré a comprarme un bocadillo —anunció el gordo—. La comida resuelve todos mis problemas, pero mi mayor problema es la comida. Así están las cosas, amigo, y le digo que es un buen círculo vicioso. Vaya si lo es.

—Supongo que sí —admitió Vanning.

El gordo pagó su cuenta, se alejó de la barra y, anduvo hacia la puerta. Vanning le contempló, y luego dirigió su mirada a un lado, hacia la parte de la barra donde la chica del vestido amarillo permanecía en pie, sola. Su silueta tendía más bien a llena. Voluptuosa, pero de un modo natural y sin estridencias.

Debía de tener unos veintiséis años, calculó Vanning mientras la miraba y ella le devolvía la mirada. Y el primer pensamiento coherente que pasó entonces por su cabeza fue la idea de que ella no estaba en su ambiente, que tendría que estar en su casa leyendo un buen libro, y por la mañana tendría que caminar por el parque empujando un cochecito de bebé. Y todo esto estaba en sus ojos cuando se levantó, aún mirándola, y los ojos de ella se manifestaban de acuerdo en todo cuando sostuvo su mirada.

Aun desde aquella distancia, Vanning advirtió que no había maquillaje en su cara, salvo un toque de pintura de labios. Pero en su cara había color, bastante color aun sin contar el bronceado playero, y sus mejillas eran de un rosa intenso. Vanning no creyó que se debiera a él. El rosa intenso era probablemente el color natural de su cara, y ésta armonizaba con el resto de su persona. Al contemplarla, comprendió por qué el gordo se había retirado de la situación. La brillante cabellera rubia, suelta, tenue y encantadora en torno a los hombros, debía haberle hecho pasar un mal rato al gordo.

Ella seguía mirando a Vanning, y él la miraba. Finalmente, se dijo que era la curiosidad y no otra cosa lo que le hacía asir su vaso y caminar hacia la desconocida.

Ir hacia ella. Parecía más bien que ella se acercara a él, y el efecto que le producía era tremendo. Vanning no podía comprenderlo, porque en todo ello había algo de misterioso, y lo más misterioso era el hecho de que ella nada tenía de misteriosa o difícil de comprender. Se propuso no seguir tratando de entenderlo.

—¿Le parece que nos conocemos?

—No.

—Entonces, ¿por qué me mira?

—¿No puedo mirar?

Frunció el ceño y la observó, inclinando un poco la cabeza. Ella permaneció inmóvil, también mirándole. Vanning tuvo la sensación de que ella le llevaba unos cuantos pasos de ventaja, y no le gustó.

—Supongo que puede mirar, si quiere —respondió—. No sé qué espera ver.

—Yo tampoco lo sé muy bien.

—Si tiene papel y lápiz —propuso Vanning—, con gusto le escribiré una breve autobiografía.

—No es necesario. Pero puede decirme a qué se dedica.

Vanning se echó a reír. Al fin y al cabo, era una forma de pasar el tiempo. No se atrevía a decirse la verdad. Pero la verdad estaba ahí, dentro de él, y ésta era que una mujer, en unos pocos instantes, rápidos y sorprendentes, se había apoderado de él y él no sentía el menor deseo de liberarse.

—Pinto.

—¿Casas?

—Casas, caballos, estilográficas, lo que me encargan.

—¡Oh! —exclamó ella—. Entonces es usted un artista.

—Con mis disculpas a Rembrandt.

—No pensaba que fuera un artista. Suponía…

—Camionero, estibador, luchador de peso pesado.

—Algo por el estilo, sí.

—¿Decepcionada?

—¡Oh, no! Los artistas tienen su encanto.

—Soy ilustrador publicitario —explicó Vanning—, lo cual quiere decir que soy también un vendedor. Formo parte de una gran máquina de vender, y en realidad me pagan para que pinte imágenes bonitas.

—Parece una manera interesante de ganarse la vida.

—Tiene sus ventajas —admitió Vanning—. Pero trabajo todo el día en ello, y por la noche prefiero olvidarlo.

—Lo siento.

—No lo sienta. Hábleme. Para eso he venido aquí.

—¿Para ver si encontraba a alguna chica?

—Para ver si encontraba a alguien interesante con quien hablar.

—Eso es muy extraño —observó ella.

—¿Por qué?

—Yo tenía la misma idea.

—No lo creo —dijo Vanning. Apartó su mirada de ella y la fijó en sus propios dedos, que recorrían una y otra vez la lisa curvatura de su vaso—. Creo que ha venido aquí porque se siente desgraciada, desesperadamente desgraciada y desengañada de los hombres, aunque tal vez no tan desilusionada como para rechazarlos a todos en bloque. ¿Voy bien?

—Adelante. Hable.

—Bueno… —Vanning siguió jugueteando con el vaso—. Creo que ha venido aquí un poco inquieta, como si se hubiera concedido un número fijo de oportunidades de conocer a alguien que valga la pena. Quizá éste sea el último intento. Y me ha visto ahí, en la barra, y se ha dicho que esta vez había dado en el blanco, si conseguía atraer mi atención.

—¿Son todos los artistas tan buenos conocedores de la naturaleza humana?

—No sabría decirle. No me relaciono con otros artistas. Pero cada cosa a su tiempo. Hablaremos de mí cuando terminemos de hablar de usted. ¿Le parece bien?

—Si no me parece bien lo haremos igualmente —contestó ella—, porque veo que se lo ha propuesto. Le resulta divertido.

—No exactamente lo que se dice divertido. Pero creo que será mejor para los dos que nos dejemos de rodeos. Empezar por el principio, quiero decir, y ponerlo todo encima de la mesa. Así se ahorra mucho tiempo. A veces, también se ahorran lamentaciones más adelante.

—¿Qué le hace pensar que habrá un más adelante?

—No he dicho que lo vaya a haber. Lo que pretendo, en realidad, es ponerme a su nivel. Estoy seguro de que es lo bastante madura como para no ofenderse por ello.

Ella sonrió.

—Me llamo Martha.

—Jim.

—Hola, Jim.

—Hola. ¿Quieres otra copa?

—Ya he tomado suficientes, gracias. Demasiadas para un estómago vacío, me parece.

—Esto tiene arreglo —dijo Vanning—. Ahora que lo pienso, lo único que he comido esta noche ha sido un emparedado y un vaso de leche malteada.

Vanning pagó las consumiciones y salieron juntos del bar. Parecía que el calor era un poco menos agobiante, y del Hudson llegaba una brisa fresca. Cerca ya de la medianoche, las calles empezaban a aquietarse, y todo el movimiento se centraba en los bares y los clubes nocturnos.

Vanning se volvió hacia ella.

—¿Conoces algún sitio en particular?

—Hay un pequeño restaurante en una travesía de la calle Cuatro. No sé si todavía estará abierto.

—Lo comprobaremos.

El restaurante estaba bastante apartado de la calle Cuatro, y la tenue luz amarilla de su ventana era la única iluminación de la angosta calle. Vanning la acompañó al interior y tomaron asiento ante una mesa pequeña junto a la ventana. No había nadie más en el establecimiento. Era muy pequeño. El camarero era el mismo dueño, y el hombre tenía el aspecto de necesitar una de sus propias comidas. Intentaba mostrarse amable, pero el cansancio le impedía conseguirlo. Tomó nota del pedido y se marchó.

—Muy bien —empezó Vanning, inclinándose hacia ella—. Ahora, cuéntame.

—Sí, he estado casada. Divorciada. Sin hijos. Me encargo de las compras en unos grandes almacenes. Sección de cristalería. Vivo sola en un pequeño apartamento aquí en el Village.

—Quiero la dirección. Y el número de teléfono.

—¿Ahora?

—Te lo explico. Hay una ligera posibilidad de que tenga que dejarte precipitadamente. No me preguntes por qué, pero si las cosas se presentan así, quiero poder verte otra vez.

Ella abrió su bolso y extrajo un lápiz y una libreta pequeña. Escribió unas palabras y le tendió la hoja de papel. Sin mirarla, Vanning la dobló y la guardó en su cartera.

—Y ahora —dijo ella—, ¿me hablarás de tu vida?

—No me he casado nunca. Nací en Detroit y estudié ingeniería en Minnesota. Si te interesan los detalles, fui guarda de la All-Western Conference. Luego estuve en Centroamérica, enseñándoles algunos trucos nuevos con la electricidad, energía hidráulica y cosas por el estilo. Fue entonces cuando comencé a pintar. Para distraerme. Alguien me dijo que tenía talento y yo lo creí. Pinté mucho mientras estaba por allí. Al final, la ingeniería pasó a un segundo plano, así que regresé a los Estados Unidos y

me matriculé en una escuela de arte en Chicago. Si hubiera sido rico me habría dedicado a las bellas artes. Pero como no lo era, tuve que hacerme ilustrador publicitario. Las cosas me fueron saliendo la mar de bien y tuve suerte durante todos esos años e incluso durante la guerra. No recibí ni un arañazo.

—¿Qué hiciste en la guerra?

—Estuve en la Marina. Oficial de control de daños en un barco de guerra.

Su voz estaba adquiriendo un tono lúgubre que no le gustó en absoluto. Quería mostrarse alegre, divertido. Deseaba hacerle pasar un buen rato. Se dijo que era una buena cosa lo que estaba ocurriéndole. La chica era algo limpio y refrescante; estaba seguro de que esto era lo que había presentido que iba a ocurrir esa noche. Estaba contento, pero al mismo tiempo experimentaba cierta sensación de inquietud que no lograba explicarse.

Llegó la cena, y empezaron a comer en silencio. De vez en cuando, él alzaba la vista y la contemplaba brevemente. Una especie de entusiasmo tranquilo. Ella se movía pausadamente, pero sin perder el tiempo. Sus modales en la mesa eran sueltos y naturales, y convertían su compañía en un placer.

Cuando terminaron, Vanning pidió licor de melocotón para los dos. Lo bebieron a pequeños sorbos, sonriéndose el uno al otro.

—Tendría que sentirme avergonzada —dijo ella—. Quiero decir, dejarme abordar de esta manera. O, mejor dicho, abordarte yo a ti. Pero tenías razón, Jim. Me sentía muy solitaria, desesperada incluso. Espero que volvamos a vernos.

—¿Cuándo?

—Cuando tú quieras.

—No sabes lo bien que me suena eso.

Terminaron sus bebidas, Vanning pagó la cuenta y se dirigieron a la puerta. Tuvieron que bajar unos cuantos escalones, porque la puerta quedaba por debajo del nivel de la calle. Otros peldaños ascendían hasta la acera. Vanning abrió la puerta, empezaron a subir los escalones, y en ese instante supo que algo andaba mal: vio las sombras que se recortaban sobre la luz procedente del restaurante, vio las formas que seguían a las sombras y pensó en echar a correr hacia el restaurante y buscar una puerta posterior. Pero ya era demasiado tarde para eso. Estaba furioso, y la furia pudo más que su discreción. Subía los escalones llevando a la chica consigo, pero

como sin percatarse de su proximidad. De pronto, cuando los tres hombres surgieron de las tinieblas y se situaron frente a él, supo que lo habían estado esperando. De eso se trataba, pues. Eso era lo que había imaginado que ocurriría esa noche.

Los tres esperaban allí, en el último peldaño.

Y uno de ellos, de rostro medio negro, medio amarillo anaranjado donde le daba la luz, sonrió y se quitó el cigarrillo de la boca, bajó la vista hacia Vanning y le dijo:

—Vale, colega. El juego ha terminado.

La mano de ella se aferró a su muñeca, y él recordó que estaba a su lado. Esta idea le llevó a otra, y hubo un estallido de truenos que le hizo parpadear y tambalearse sin moverse. Asió la mano que se sujetaba a la suya, la retorció con violencia y la apartó de sí. La chica emitió un jadeo.

Se oyó reír a uno de los hombres de arriba.

Vanning terminó de subir los peldaños hacia él. Los otros se echaron un poco hacia atrás para dejarle sitio, pero rodeándole. Ahora tenía a los tres hombres y a la chica junto a él.

Y entonces uno de ellos miró a Martha y dijo:

—Gracias, preciosa. Ha sido un magnífico trabajo.

—Sí —añadió Vanning—. Impresionante.

—¡Tú —exclamó el hombre que acababa de hablar, sonriendo tranquilamente a Vanning—, tú te callas! Ya hablarás cuando sea el momento. —Luego, apartando la mirada de Vanning, se volvió hacia la chica y prosiguió—: Ya puedes irte a casa, preciosa. —Se echó a reír de puro disfrute—. Te llamaremos cuando te necesitemos.

—Muy bien —respondió ella—. Allí estaré.

Luego terminó de subir los escalones y, pasando ante Vanning, le miró con ojos vacíos, durante un explosivo segundo, y luego se volvió y desapareció en la noche.

Los tres hombres se acercaron más a Vanning. Dos de ellos llevaban las manos en los bolsillos de sendos trajes de oscuro estambre tropical, pero las manos solas no podían abultar tanto en los bolsillos, y Vanning se dijo que debía dejar de pensar en una escapatoria.

—Vamos a dar un paseíto por la calle —propuso uno de ellos.

Los cuatro cruzaron la calle, caminando por la otra acera hasta un sedán grande, color verde brillante, que era lo único que se interponía ante la

densa oscuridad de la medianoche.

El hombre que ya había hablado antes anunció:

—Ahora vamos a dar una vuelta en coche.

Subió al asiento delantero. Vanning se sentó en el posterior, con un hombre a cada lado. Su cerebro estaba en blanco. Tenía la boca seca y empezaba a sentirse frío por dentro. Entonces, el automóvil se puso en marcha, avanzó por la calle, dobló una esquina y tomó velocidad. Viraron de nuevo. Iban hacia el centro, pero entonces se desviaron por una calle amplia y enfilaron hacia el puente de Brooklyn.

—Si nos lo dices ahora —propuso el que conducía—, te dejaremos salir y podrás volver a tu casa.

—Eso estaría bien —respondió Vanning.

—¿Por qué no nos lo dices ahora? —insistió el hombre—. Tarde o temprano, terminarás hablando.

—No —rechazó Vanning—. No puedo decir nada.

—No puedes decir nada ahora, porque eres un duro. Pero no por mucho tiempo. Cuando te ablandemos, dirás lo que queremos que digas.

—No es eso —protestó Vanning—. No me gusta que me hagan daño. Si lo supiera, os lo diría.

—Corta ya —replicó el hombre—. Eso es el cuento de la lágrima. ¿Sabes lo que vas a sacar con esta historia? No sacarás nada.

—Mala suerte —dijo Vanning—. Entonces, ninguno sacaremos nada.

—Es un duro —observó el conductor—. Me parece que es demasiado duro. ¿A vosotros qué os parece?

—Yo digo que es demasiado duro —respondió el que se sentaba a la izquierda de Vanning.

Era un hombre corpulento, con gafas. Se quitó las gafas muy lentamente, las guardó en un estuche y se metió éste en el bolsillo.

—¿Tú qué dices, Sam?

—Sí, es demasiado duro —respondió el hombre de su derecha, un tipo bajo y delgado, pero fuerte, con muy poco cabello en su cabeza. Tenía los brazos cruzados, pero empezó a descruzarlos lentamente.

—No soy nada duro —objetó Vanning—. Estoy muerto de miedo.

—Además es un bromista —comentó el que conducía. Estaban en el puente de Brooklyn. Las luces pasaban velozmente junto al coche, y otras destellaban en los lados de otros coches, y toda la luz rebotaba a su alrededor como relámpagos capturados en una bóveda negra.

—¿Qué te parece aquí? —preguntó Sam.

—Espera un segundo —replicó el conductor—. Espera a que salgamos del puente.

—Creo que el puente es el mejor sitio —intervino el hombre que antes llevaba gafas.

—Nos esperaremos un poco —decidió el conductor—. Sólo un poco, Pete. En seguida tendrás tu diversión.

—¿Diversión? —repitió Vanning.

—Pues claro —contestó Pete, y se echó a reír—. Cuanto más grandes son, más me divierto.

—Siempre y cuando estén atados de pies y manos, ¿verdad?

—Ya veo que voy a divertirme mucho contigo —dijo Pete.

El sedán verde salió del puente de Brooklyn y se metió en el barrio de Brooklyn a gran velocidad, lo atravesó, salió de la ciudad y llegó a una zona de solares y colinas de escasa altura.

—Creo que ahora sería un buen momento —dijo Pete—. ¿Qué te parece, John?

—Espera un poco —respondió el conductor.

—Ya casi hemos llegado —observó Sam—. ¿Qué te parece, John? Sólo para que vaya haciéndose a la idea.

—Puede que tengas razón —concedió John—. Y luego lo tumbáis en el suelo y lo sujetáis ahí. No quiero que vea el sitio hasta que estemos dentro. O sea que, si queréis, podéis empezar a trabajarlo.

Pete se volvió y lanzó contra Vanning un puñetazo que le alcanzó en un lado de la cabeza, y un instante después Sam le golpeó en la mandíbula con una nudillera de metal. Inclinó la cabeza, observando el dolor y el vértigo, sintiendo otro golpe, y otro, y otro más, y luego cayó al suelo y comenzaron a darle puntapiés. Se preguntó cuánto tardaría en perder el conocimiento. Alzó la mirada y vio la nudillera de metal descender hacia él, se arrojó a un lado, y los nudillos pasaron de largo junto a su cabeza. Entonces, el canto de un zapato le dio en la boca y Vanning comprendió que sólo había una manera de poner fin a aquello. No les interesaba matarle, y si iba a sacar alguna satisfacción de todo el asunto, aquél era el momento de conseguirla.

Se levantó del suelo, hizo una finta hacia Pete, giró y lanzó ambos puños contra el rostro de Sam. Tuvo la oportunidad de repetir, pero, en lugar de aprovecharla, Vanning giró de nuevo y dedicó su atención a Pete. Se inclinó, apartándose de su brazo extendido, se introdujo por debajo del

brazo, situó el codo bajo su barbilla e hizo presión con el codo, enviándole la cabeza hacia atrás. Entonces le golpeó en la boca, repitió el golpe en la boca con la misma mano, y a continuación usó ambas manos sobre su cara. Eso fue todo lo que pudo hacer con Pete, porque Sam había sacado un revólver y estaba echando maldiciones y un buen chorro de sangre fluía de su nariz.

—¿Ya empezamos con las balas? —preguntó Vanning.

—Guarda la pistola —ordenó John.

—Me entran ganas de agujerearlo.

Sam sostenía la pistola a escasos centímetros de la cabeza de Vanning.

—Te he dicho que guardes la pistola —repitió John—. Eres demasiado nervioso con las armas, Sam. Eso no es bueno. Ya sabes que con esas cosas no se juega. Te lo he dicho un montón de veces. Anda, dale la pistola a Pete.

—Sí —farfulló Pete, escupiendo sangre—. Déjame a mí la pistola.

—Ten cuidado —le advirtió John—. Nos espera una noche muy larga. Limítate a cubrirlo y que no se mueva del suelo.

El pie de Pete cayó sobre el pecho de Vanning, aplastándolo contra el suelo del coche y el respaldo del asiento delantero.

—Quédate quieto —le ordenó Pete—. Limítate a quedarte quieto y a lamentar lo que has hecho.

—A mí me ha parecido divertido —contestó Vanning—. ¿No ha sido divertido?

—La verdadera diversión aún no ha empezado.

El coche tomó una curva muy cerrada, haciendo chirriar los neumáticos. Vanning cerró los ojos y se dijo que ya era hora de aceptar la situación tal y como era. Y era muy clara y muy sencilla: aquella noche iba a perder la vida. Resultaba inevitable que sucediera un día u otro, y aunque lo había sabido durante todo el tiempo, trató de postergarlo cuanto pudo. Ése era el modo más natural de tomárselo, y no podía culparse por actuar de un modo natural. En resumidas cuentas, era una de esas circunstancias tan desgraciadas comenzada un día en el que sencillamente no le tocaba sacar buenas cartas. Habría podido morir aquel día, o el siguiente, o una semana después. Habría podido morir un día cualquiera de los varios centenares transcurridos durante los meses que separaban aquel momento del presente, así que todo se reducía a que había pasado aquel tiempo viviendo de prestado y la única cuestión era la de cuándo llegaría la hora de pagar.

El coche tomó una serie de curvas, recorrió largos tramos sin curvas, de nuevo curvas, y finalmente describió un amplio círculo disminuyendo de velocidad.

—Tápale los ojos con algo —pidió John.

—¿Para qué? —objetó Sam—. Ésta es su última parada.

—No hables así —intervino Vanning—. Me asustas.

—Pon aquí la mano —ordenó Pete. Estaba manipulando un pañuelo grande, doblándolo y volviéndolo a doblar. Luego lo enrolló en torno a la cabeza de Vanning, ajustándolo firmemente, y lo anudó.

—Está demasiado apretado —dijo Vanning.

—¡Qué lástima!

El automóvil se había detenido. Descendieron. Llevaron a Vanning a través de una especie de campo. Sentía el roce de hierba alta en sus tobillos. Luego, la hierba alta fue sustituida por tierra apisonada, y siguió así unos minutos, hasta que llegaron a unos escalones que debían de ser de madera, a juzgar por los crujidos. Después, los ruidos de una llave en una cerradura y de una puerta al abrirse, la sensación de penetrar en una espaciosa habitación, de atravesarla mientras unas manazas le empujaban, le retenían, volvían a empujarle. En seguida, un largo tramo de escaleras, un corredor, otra puerta que se abría ante él, el sonido de un interruptor de pared, la luz que se filtraba a través del tejido que vendaba sus ojos. Ordenó a sus labios que compusieran una sonrisa. Logró formarla. Había algo de fatalismo en ella, y una pizca de desafío. Por debajo de la sonrisa, estaba terriblemente asustado.

OceanofPDF.com

4

Sobre el río purpúreo descendía una claridad color lavanda. Cruzaba un enorme transbordador abarrotado de gente. El transbordador había desconectado sus motores y flotaba hacia el embarcadero cuando, de pronto, una ola monstruosa surgió de la nada y embistió al buque por estribor y lo hizo volcar. Ya no se veía la gente. Sólo el transbordador, flotando con la quilla hacia el cielo. Y el río, plácido de nuevo. Fraser contorsionó su rostro sobre la almohada y profirió un quejido. Abrió sus ojos. Los cerró otra vez, los abrió otra vez y vio a su esposa sentada a su lado, mirándole.

—Estás muy preocupado —dijo ella.

—¿Qué estaba haciendo?

—Hacías ruidos.

—¿He dicho algo?

—Nada comprensible. ¿Quieres que te traiga algo?

—No. Enciende la luz, por favor.

Ella encendió una lámpara junto a la cabecera. Fraser parpadeó y se restregó los ojos. Tendió la mano hacia una mesita al lado de la cama y buscó a tientas un paquete de cigarrillos y un estuche de cerillas. No, ella no quería un cigarrillo; quería que volviera a dormirse. Encendiendo su cigarrillo, Fraser saltó de la cama, se acercó a la ventana y miró al exterior. El río Este era un trémulo resplandor negro y las luces, puntas de lanza que horadaban una noche que ardía sin llama.

Aspiró varias bocanadas breves del cigarrillo.

—No logro quitármelo de la cabeza.

—Tendrías que cobrar horas extraordinarias. Trabajas las veinticuatro horas del día.

—No siempre.

—¿Quieres un vaso de agua?

—Puedo ir a buscarlo yo.

—Déjame que vaya yo.

Se levantó de la cama y Fraser quedó a solas en la habitación. Sintió ganas de vestirse y salir del apartamento. Estaba poniéndose los calcetines

cuando ella regresó con el agua. Su mujer esperó a que terminara el vaso y luego cogió sus zapatos y volvió a guardarlos en el armario.

—Quítate los calcetines —le ordenó— y déjate de tonterías.

—Tengo ganas de hacer algo.

—Algo, pero ¿qué?

—No lo sé —contestó Fraser.

—Ojalá te buscaras un empleo en Wall Street. Si sigues así, te saldrán canas dentro de nada.

Se sentó junto a él, en el borde de la cama. Puso una mano en su hombro. Por un tiempo, permanecieron sentados en silencio. Luego Fraser se puso en pie y caminó hacia la cómoda. Abrió el cajón superior y extrajo una carpeta de papel marrón, de la que empezó a sacar papeles. Se quedó allí, de pie ante la cómoda, estudiando diversos documentos.

La situación se prolongó varios minutos, hasta que ella se le aproximó. Él la miró, y estaba con los brazos cruzados, diciéndole:

—Déjalo correr.

—Vuelve a la cama.

—No puedo dormir con la luz encendida.

—Ponte el antifaz.

—Esto es una falta de consideración.

—Lo siento —se excusó Fraser—. No puedo evitarlo.

—Pero ¿qué ocurre? ¿Cuál es el problema?

—Demasiados puntos que no logro explicarme.

—Mañana. Por favor, cariño. Mañana.

—Vuelve a la cama. Yo me iré a la otra habitación.

Ella volvió a la cama. Fraser salió del cuarto. Encendió la luz de la sala y se sentó, con todos los documentos. Al cabo de unos minutos, entró ella en la sala.

—No puedo dormir —explicó—, si tú no duermes.

Él recopiló los papeles y comenzó a guardarlos otra vez en la carpeta.

—De acuerdo —asintió—. Ya he terminado.

Ella le detuvo.

—No, todavía no. No podrás dormir en toda la noche. Siéntate aquí. Háblame. Cuéntamelo.

Fraser sonrió.

—Tienes una nariz muy bonita.

—Es demasiado huesuda.

—A mí me parece muy bonita.

Le pasó un dedo por el puente de la nariz. Luego apartó su mirada de ella y empezó a golpear con un puño sobre la palma de la otra mano, suavemente, con insistencia.

—Me permiten que lo haga a mi manera —comenzó—. Si lo estropeo, es culpa mía, mía y de nadie más. Estoy seguro de que sé lo que hago, pero no soy infalible. Ningún hombre lo es.

—No necesitas justificarte ante mí. He ido a la universidad. Entiendo las cosas.

Fraser dejó escapar un suspiro.

—Se trata de una situación muy difícil. Es como uno de esos criptogramas en los que, cuantas más partes resuelves, más complicado resulta lo demás.

—Ya lo solucionarás.

—Tengo mis dudas.

—¿Lo dices en serio?

Fraser la miró y asintió con la cabeza, lentamente.

—Es un mal caso, cariño. Malo de verdad. Con lo que tengo ahora mismo, podría detenerlo mañana. Con lo que hay contra él, podrían llevarlo a juicio y habría cien probabilidades contra una de que lo condenaran a muerte. Por eso me resulta un poco difícil dormir.

—Pero si es eso lo que merece…

—Si lo es…

—¿Es esto lo que te tiene preocupado?

—En circunstancias ordinarias no me preocuparía. Pero este asunto se presenta muy extraño. Según los papeles, el hombre es un atracador y un asesino. Todo encaja. Todo concuerda. Tienen testigos, huellas dactilares, una tonelada de deducciones lógicas que apuntan a él. Y lo que tengo yo es un bloqueo mental.

—¿Por qué? ¿El viejo factor humano?

—Sólo una teoría.

—Tú tienes una teoría y ellos, los hechos.

—Ya lo sé —replicó Fraser—. Ya lo sé. Ya lo sé. —Se frotó la nuca—. Si pudiera hablar con él. Hablar en serio, quiero decir. Si no estuviera en una situación tan delicada. Es un jaleo del demonio, y cada vez que entro en el cuartel me miran con cara de pena.

—Necesitas ayuda en este caso.

—Necesito un milagro.

—Estás haciendo cuanto puedes.

—Eso es lo que me molesta —contestó Fraser—, El mejor trabajo de seguimiento que jamás haya realizado. Conozco todos sus movimientos. He llegado a un punto en que puedo dejarlo por la noche y volver a recogerlo cuando sale por la mañana. Sé qué come en el almuerzo, qué marca de crema de afeitar utiliza, cuánto gana con el trabajo de dibujante. Lo sé todo, salvo lo que me hace falta saber.

—Es un tipo listo.

—No es listo —protestó Fraser—. Es otra cosa. Y estoy seguro de ello: es inteligente, pero no listo. Hablando de paradojas, ésta se lleva la palma.

—No puedes ver en las mentes. No eres una calculadora. Sólo tienes un cerebro y un par de ojos. Deja de atormentarte.

Fraser se puso en pie. Cruzó la sala, regresó al sofá y se quedó contemplando la pared.

—Es una vergüenza —exclamó—. Es una condenada vergüenza.

—¿A qué te refieres?

—Tuvieron que perder la pista de los otros. Eso es lo que se saca cuando se dedica personal de segunda a un caso importante. Cuando pienso lo torpemente que lo han llevado…

—Eso es culpa de ellos, no tuya.

—Será culpa mía si Vanning acaba en la silla.

—¿Por qué estás tan seguro de que es inocente?

—No estoy seguro.

—Entonces, ¿qué te preocupa?

—Para alguien que ha ido a la universidad, me parece una pregunta bastante tonta.

—¿Estás enfadado conmigo?

—Estoy enfadado conmigo mismo.

Ella tiró de él hacia el sofá, le sujetó la cabeza entre sus manos y le hizo volverse a mirarla.

—Te prepararé un té.

—Mejor café.

—He dicho un té.

—Muy bien, un té.

Ella se fue hacia la cocina. Fraser permaneció un rato sentado en el sofá, y luego se dirigió a la cocina. Su mujer estaba de pie ante el fogón.

Se detuvo detrás de ella y le preguntó:

—¿Me permites que te aburra un poco?

—Te lo ruego.

Respiró hondo.

—Con mis saludos a Esopo —empezó—. Tres hombres atracan un banco en Seattle. Se escapan con trescientos mil dólares. Llegan hasta Denver. En Denver se registran en un hotel bajo nombres supuestos. Tienen un contacto en Denver, un individuo llamado Harrison. A este Harrison le corresponde hacerse cargo del dinero y guardarlo en lugar seguro, distribuirlo por distintos canales o algo así. ¿Me sigues?

—He oído la historia un millar de veces.

—Escúchala una vez más. El tal Harrison se presenta en el hotel. Sale con uno de los hombres, un individuo inscrito bajo el nombre de Dilks. Ahora presta atención, porque de esto hay testigos. Dilks llevaba una pequeña cartera negra. El dinero. Muy bien, hasta aquí todo son hechos. ¿Pasamos a la teoría?

—¿La tuya?

—No; la del cuartel general. Harrison y Dilks salen a dar un paseíto. Y, de pronto, a Dilks se le ocurre una idea brillante. Decide que trescientos mil dólares son una suma muy atractiva. ¿Y por qué habría de entregársela a Harrison? ¿Por qué no quedársela para él? Espera hasta que Harrison y él llegan a una calle oscura y solitaria, saca una pistola y mata a Harrison. Luego se escapa y esconde el dinero. Aquí dejamos la teoría y volvemos a los hechos.

—Aquí tienes el té.

—Déjalo en la mesa. Escucha. Dilks se va de Denver. Pero han quedado sus huellas en la pistola que se encontró junto al cuerpo de Harrison. Ha abandonado un descapotable azul con matrícula de California. La policía se pone a trabajar y efectúa sus comprobaciones. Y resulta que este tal Dilks no se llama Dilks en absoluto, sino que es un antiguo oficial de la Marina llamado James Vanning. Así que empiezan a buscarlo.

—¿Limón?

—Sólo una gota. En una noche como esta, me hace falta un té caliente.

—Te hará bien. Dicen que es lo mejor cuando hace calor.

—¿Quieres que siga? —preguntó Fraser. Ella asintió con un gesto, y él prosiguió—: Se exprimen sus cerebros tratando de comprender a este Vanning. Nada de antecedentes, excepto algunas multas de tráfico sin

importancia, y muy antiguas. Antes de la guerra había trabajado como ilustrador publicitario en Chicago. Se ganaba bastante bien la vida. ¿Por qué un hombre así decide robar un banco? ¿Por qué comete un asesinato?

—Muchos hombres volvieron de la guerra con las ideas torcidas y se metieron en problemas.

Fraser asintió.

—Eso es lo que dice Seattle. Eso es lo que dice Denver. Eso es lo que dice el cuartel general. Quizá tengan razón.

—¿Entonces?

—Quizá están equivocados. Ahora, dime: ¿quieres que termine de explicártelo?

—No te he interrumpido —protestó ella, dirigiéndole una mirada de indignación—. Sólo hacía un comentario.

Fraser removió el azúcar en su taza. Sopló sobre el té y tomó un sorbo de prueba.

—Demasiado caliente —decidió—. Dejaré que se enfríe un poco. —Volvió a respirar hondo y se inclinó hacia delante—. Así que empiezan a buscar a Vanning. No logran encontrarlo. Buscan a los otros dos hombres. Ni rastro. Pasa el tiempo y vemos a esos dos hombres aquí, en Manhattan. Los seguimos. Estamos a punto de detenerlos, pero entonces nos ponemos brillantes y los perdemos de vista.

»Y entonces recibimos una llamada de alguien que ha visto a un hombre que coincide con la descripción de Vanning. Lo investigamos. Es Vanning. Y el cuartel general quiere ir a por él, pero Seattle no tiene intención de perder los trescientos mil dólares, y además hay que asegurarse bien. El cuartel general no está de acuerdo con Seattle, pero Seattle aduce que sería muy bonito dar con el dinero al mismo tiempo que se detiene a Vanning. Por supuesto, Denver protesta, porque Denver quiere resolver un caso de asesinato. Se produce algún retraso y finalmente me asignan a mí el asunto, y se supone que yo he de zanjar esta pequeña discusión entre las tres ciudades.

»De manera que me concentro en Vanning. Espero. Espero un poco más. Le sigo como nunca he seguido a nadie. Y sigo a la espera de alguna señal de que esté gastando, escondiendo o invirtiendo una gran cantidad de dinero. Nada. Ni rastro. Solamente Vanning, día tras día, y si no me doy prisa y les llevo algo concreto me ordenarán detenerlo.

—Y tendrán razón.

—No, no tendrán razón. Estarán cometiendo un terrible error. ¿Por qué han venido a Nueva York los otros dos hombres? Porque Vanning está aquí. Le han seguido la pista. Saben que se halla en algún lugar de la ciudad y se proponen dar con él. Quieren el dinero. Si detenemos a Vanning, perdemos la oportunidad de llegar a los otros hombres a través de él. El cuartel general dice que podemos olvidar a los otros, pero yo tengo la sensación de que jamás aclararemos este asunto si no los detenemos a los tres.

—Pero ¿no es Vanning el asesino?

—Sí.

—¿Con toda seguridad?

—Sí.

—¿En tu opinión personal?

—Sí.

—¿Entonces?

Fraser agachó la cabeza. Golpeó la superficie de la mesa con sus puños.

—No lo sé. No logro desprenderme de esta sensación. Es un asesino, y sin embargo no es un asesino.

Ella volvió su cabeza hacia un lado y estudió cuidadosamente a su marido.

—Ese Vanning ¿es familiar tuyo o algo así?

Él asió la taza de té y bebió unos sorbos.

—Me gustaría que trataras de entenderme. Si fuera cosa de una corazonada o de una premonición, me reiría de mí mismo. Pero se trata de algo mucho más profundo. —Se inclinó hacia ella, por encima de la mesa —. Conozco a Vanning. Llevo meses andando tras él, observando sus menores movimientos. He estado en su habitación cuando él había salido, cuando me constaba que aún tardaría media hora en terminar su comida en algún restaurante. He estado con Vanning hora tras hora, día tras día. He vivido su vida. ¿Es que no te das cuenta? Le conozco. Le conozco. —Y el resto le salió en voz baja, atropelladamente, con tensión—: Yo le comprendo.

Su mujer se incorporó, recogió las tazas de té de encima de la mesa y las llevó al fregadero. Hizo girar el grifo y salió un chorro demasiado potente. Lo cerró un poco. Con rapidez y eficacia, las tazas fueron lavadas, secadas y vueltas a depositar en el armario de la cocina. Mientras cerraba la puerta del armario, oyó que él se levantaba de la mesa, y se volvió para verlo salir de la cocina. Iba a seguirlo, pero entonces su mirada se posó en la blanca y

lisa superficie de la mesa y vio algo sobre ella que le hizo fruncir el ceño. Se aproximó a la mesa.

Solamente en una ocasión había visto antes aquella señal de extrema agitación, durante una noche en la que su hijo menor, enfermo de neumonía, acababa de sufrir la crisis.

Permaneció allí, junto a la mesa, contemplando los minúsculos fragmentos de uña.

OceanofPDF.com

5

—Muy bien —dijo John—. Dejad que vea dónde está.

La venda de los ojos fue retirada. Vanning parpadeó unas cuantas veces y luego miró a John. Era el mismo John. Los mismos hombros encorvados, más bien anchos, la misma cara curtida y arrugada, con una nariz grande y aplastada y unos gruesos labios que no tenían mucha sangre. La misma corbata estrecha. Todo igual, incluso el cabello cortado a cepillo que le cubría la cabeza como una capa de virutillas de acero.

John se puso un cigarrillo en la boca y lo encendió. Estaba sentado en el borde de un sofá. Sam y Pete se mantenían de pie junto a la pared, como estatuas. Eso dejaba a Vanning en el centro del cuarto, bajo la luz que caía lentamente del techo sobre su cabeza. Sentía algo de dolor en la cara, por las nudilleras metálicas, y notaba algo de vértigo, pero no tanto que le impidiera permanecer erguido sobre sus dos pies. Volvió la espalda a los dos hombres que continuaban junto a la pared. Miró a John.

—¿Y bien? —dijo John.

—Es tu turno —respondió Vanning.

Se miraban como si estuvieran solos en la habitación. John se recostó sobre un codo, cruzó las piernas y aspiró una larga y contemplativa bocanada de su cigarrillo. Luego, soltó el humo en una rápida exhalación y observó:

—Lo único que quiero es la pasta.

—No sé dónde está.

—Dilo otra vez —le pidió John—. Dilo otra vez y escúchate atentamente a ti mismo. Verás qué tonto te suena.

—Ya sé que suena tonto, pero así son las cosas y yo no puedo cambiarlas.

John contempló los zapatos bicolores —blanco y negro—, el traje, la camisa y la corbata azul y negra, y comentó:

—Llevas una ropa bonita.

—A mí me gusta.

—Cuesta dinero.

—No es ropa mala —admitió Vanning—, pero tampoco es de primera calidad. No es el tipo de ropa que llevaría si tuviera tanto dinero como tú

crees.

—Es un punto —concedió John—. Pero no muy importante. ¿Qué estás haciendo últimamente?

A Vanning le gustó la pregunta. Era más una respuesta que una pregunta. Le decía algo que estaba anhelando saber, y le ofrecía la base para una posible estrategia.

—No gran cosa. —Sopesó varias ideas en su mente, eligió una de ellas y añadió—: Tengo un estudio fotográfico en la parte alta de la ciudad, en el West Side. Me da lo suficiente para vivir. Tiene cuarto de baño y una cama plegable, así que me ahorro el alquiler.

John miró el suelo y echó humo hacia una descolorida alfombra violeta. Vanning estudió el rostro de John y se dijo que había sido una jugada inteligente. Por lo menos, sabía que no tenían idea de dónde estaba viviendo. Se hizo rápidamente una composición de lugar. Le habían visto en el Village. Le siguieron, llamaron en seguida a la chica y le dijeron que le diera conversación, que lo sacara del bar y lo llevara a aquel restaurante en una calle oscura y vacía. Era razonable. Encajaba. Se trataba de una manipulación típica de John. Porque John tenía algo de talento. No era exactamente un tonto, pero era más duro que listo, y probablemente se daba cuenta, pues tenía la costumbre de esforzarse por ser listo.

—Mira —insistió John—. Tú eres bastante inteligente. Tú estás de un lado y yo de otro. Eso está claro. Así que partiremos de ahí. Hay que llevarlo de esta forma. Para seguir viviendo y llevar una vida larga y feliz, lo que has de hacer es decirme dónde pusiste el dinero. Entonces, te mantendremos aquí hasta que tengamos el dinero y luego te dejaremos ir. ¿Qué te parece el plan?

—Me parecería magnífico —replicó Vanning—, si no fuera porque no sé dónde está escondido ese dinero, y por eso mismo no puedo decírtelo. ¿Qué te parece a ti?

—Me parece muy mal. Puedo entender que un hombre pierda un billete de diez dólares. Quizás, incluso, un billete de cien dólares. Pero no puedo entender que un hombre deje escapar de sus manos trescientos mil dólares, así, por las buenas. Y eso nos lleva a otra cuestión. Si verdaderamente perdiste el dinero, lo perdiste en Colorado. Y eso significa que no estarías aquí. Estarías aún en Colorado, buscándolo.

—Colorado es un sitio muy grande.

—También trescientos mil dólares es una cantidad muy grande. La mayoría de la gente que conozco estaría buscando con lupa por todo el estado, centímetro a centímetro.

—Tal vez tú y yo no conozcamos a la misma gente.

John tiró el cigarrillo al suelo, esperó hasta que empezó a quemar la alfombra y entonces lo pisó. Contempló la colilla aplastada.

—Así no vamos a ninguna parte —concluyó. Luego, miró a Vanning sin levantar la cabeza—. ¿No crees?

Vanning suspiró.

—No podemos ir a ninguna parte. Yo no sé dónde está. Te digo que no sé dónde está.

—No te excites —sugirió John—. Tenemos mucho tiempo.

—Yo no lo veo así. Si lo creyera, trataría de ganar tiempo, de negociar. Os pediría alguna seguridad de que me soltaríais cuando tuvierais el dinero, y a mi vez os daría seguridades de que os iba a dejar en paz.

—Eso está de más —respondió John—. ¡Pues claro que nos ibas a dejar en paz! No tiene sentido que recurras a la policía, cuando precisamente anda buscándote.

Vanning frunció el entrecejo.

—¿Qué quieres decir, que me están buscando?

—Te buscan por asesinato —explicó John—. ¿No lo sabías?

—Me llevas mucha delantera —admitió Vanning—. No recuerdo haber asesinado a nadie.

John sonrió con paciencia y comprensión, sin apresurarse a responder. Luego, con un gesto de la mano, dijo suavemente:

—Vamos, vamos.

Vanning, sin mover la cabeza, veía parte de la ventana que tenía al lado, y se preguntó si podría llegar hasta ella de un solo salto. Se preguntó cuánta distancia habría hasta el suelo. Haciendo un gran esfuerzo, apartó la ventana de sus pensamientos e insistió:

—¿Cuánto sabes?

—Sabemos que tú lo mataste —contestó John—. Sabemos que la ley te ha identificado. Hay gente que te vio con él aquella noche. Así que se enteraron de tu aspecto. Y la licencia del coche. Esa es otra. Tu descripción coincidía con la del propietario del coche. Y otra cosa más, la definitiva: compraste el coche en Los Ángeles y sacaste allí la licencia. Eso les dio un

registro de tus huellas, y las huellas eran las mismas que las que había en la pistola.

—¿Cómo has sabido todo esto?

—Es el tipo de información que circula fácilmente. La prensa, los comentarios de la gente, cosas así. Anduvimos buscándote por Denver algún tiempo, hasta que nos llegó un soplo de Nueva Orleans. Luego recibimos otro soplo de Memphis. Y más tarde otro, de Nueva York. Supusimos que te quedarías en Nueva York una temporada. Es un bonito lugar para esconderse. Al final, te vieron en un bar del Village. El hombre que había hecho el contacto te perdió en un atasco de tráfico, pero pensamos que tarde o temprano volveríamos a dar contigo. Y así han ido las cosas, conque quizá ahora podamos entendernos.

—Ojalá pudiéramos —respondió Vanning—. Ojalá tuviera algo que deciros.

—Ponte en mi lugar —le rogó John—. Estoy ansioso por pillar ese dinero. Estoy tan ansioso, que hasta te daría una parte. Digamos cincuenta mil. ¿Qué tal te suena?

—Suena estupendo. Y eso es lo que hace que me sienta tan desgraciado. No sé dónde está el dinero.

John se puso a reír.

—¿Es tu última palabra?

—Mi última palabra —afirmó Vanning.

—No —replicó John—. Yo no lo creo.

Se volvió hacia los dos hombres que permanecían inmóviles junto a la pared.

—¿Bien? —inquirió Pete.

—Muy bien. —John echó a andar hacia la puerta—. Lo dejo en vuestras manos.

Más allá del dolor, más allá del vértigo y de todo el rojo brillante, más allá del alud de rocas que rebotaban con estruendo, y más allá de la negra inundación veteada con más rojo, con lívidos destellos de púrpura; más allá de todo eso, había una quietud, la quietud del recuerdo. Y trató de avanzar a tientas hacía ella. Salió al resplandor dorado de una tarde de primavera en Colorado, en el coupé descapotable de color azul claro que había comprado en Los Ángeles después de licenciarse, y estaba conduciendo en dirección a

Denver con la intención de quedarse algún tiempo en esa ciudad antes de seguir tranquilamente hacia Chicago.

El descapotable ronroneaba por la carretera de montaña, y la radio ronroneaba con él una suave rumba de Noro Morales. La capota estaba plegada y el firmamento era muy claro. Resultaba alentador saber que la guerra había terminado y que la agencia de Chicago era de las que mantienen sus promesas: una empresa grande con estabilidad y energía. Su trabajo les había gustado, y respondieron a su carta que volviera y comenzara a trabajar. Le preguntaron si siete mil quinientos al año le parecían bien. Estaba pensando que antes de la guerra le pagaban cinco mil al año. Esto demostraba qué clase de empresa era. Se sentía contento de regresar. Chicago era un buen lugar, y en un futuro no muy lejano conocería a una chica agradable, se casaría y fundaría un hogar. Era magnífico tener treinta y dos años y estar vivo y sano. Era maravilloso empezar otra vez la vida.

Iba silbando al ritmo de Noro Morales y el descapotable flotaba sobre el asfalto.

De repente, en la lejanía frente a él, allá donde la carretera ascendía entre curvas por la ladera, se produjo un ruido violento, como el de un automóvil que hubiera chocado contra algo. Vanning pisó a fondo el acelerador, el descapotable saltó hacia delante y tomó una serie de curvas, recorrió como una bala un tramo recto en el que la carretera se sumergía en un túnel, salió al otro lado para virar en otra curva y entonces descubrió una bifurcación, una carretera muy angosta que se abría casi en ángulo recto, y vio el accidente.

Era un coche tipo familiar y estaba volcado junto a una roca. Cerca de la roca había dos hombres tendidos en una pequeña extensión de verde brillante, y un tercer hombre en mangas de camisa se apoyaba sobre la roca.

Vanning enfiló el descapotable por la carretera angosta y corrió hacia la escena del accidente. Mientras detenía el descapotable, el hombre que seguía en pie empezó a andar hacia él. Tenía una cara curtida y una cabellera semejante a una capa de virutillas de acero. Bajo su hombro izquierdo había un artilugio de cuero, suspendido por medio de unas correas, y el hombre se llevó allí la mano, extrajo algo, se acercó a Vanning y le apuntó con el revólver a la cara.

—Salga del coche —le ordenó—. Écheme una mano.

—¿Por qué la pistola?

—He dicho que salga del coche.

Vanning saltó del descapotable y empezó a andar junto al hombre. Los dos que había en el suelo se agitaban y gemían. Uno de ellos, un hombre corpulento con gafas que le colgaban de una oreja, logró sentarse con esfuerzo, se puso bien las gafas y miró a su alrededor con expresión estúpida. El otro, pequeño y delgado, pero fuerte, con calvicie incipiente, permanecía sumido en la inconsciencia.

El hombre de la pistola preguntó:

—¿Cómo estás, Pete?

—Me parece que estoy bien —respondió el hombretón—. Me había quedado sin aliento. —Miró a Vanning—. ¿De dónde has sacado a éste?

—Acaba de llegar.

El hombretón volvió la cabeza para contemplar el automóvil de Vanning.

—Es un golpe de suerte.

—Sí, hoy tenemos un día verdaderamente afortunado —respondió el hombre de la pistola. Miró el automóvil destrozado—. Verdaderamente afortunado. Toma la pistola y vigila a este tipo. Voy a ver cómo está Sam.

—Quizá deberíamos darnos prisa —opinó Pete.

—Por eso hemos chocado. Teníamos demasiada prisa. No dejes de apuntarle. Parece nervioso.

—¿Por qué habría de estar nervioso? —quiso saber Vanning.

—Tú te callas —dijo Pete. Hundió el cañón del arma en la espalda de Vanning y lo mantuvo allí—. ¿Cómo lo ves, John?

—Me parece que está acabado —respondió el hombre de la cabellera como virutillas de acero—. Creo que se ha roto la cabeza. Pero todavía respira.

—¿Crees que durará mucho?

—No lo sé.

—Ya te dije que Sam era un conductor asqueroso. Te advertí que en un apuro no nos serviría de nada.

—Cierra la boca. Estoy tratando de pensar qué vamos a hacer ahora.

—¿Lo dejamos aquí?

—Por eso te he pedido que cierres la boca, porque cada vez que la abres demuestras que naciste sin sesos. ¿Cómo vamos a dejarlo aquí? Míralo. Todavía está vivo.

—Ya lo sé, John, pero tú mismo has dicho que no va a durar mucho. ¿Por qué dejar que sufra? Si le pegamos un tiro le haremos un favor. Lo único que he de hacer es…

—Deja esa pistola donde está —ordenó John—. Y mantén la boca cerrada mientras decido qué hacemos.

En aquel momento, el hombre del suelo emitió un quejido y abrió los ojos.

—No sé, John. No tenemos mucho tiempo —insistió Pete.

John volvió la vista hacia el herido.

—Sam, conduces como un mono.

Sam dejó escapar otro gemido y cerró los ojos.

—Tú —dijo John, señalando a Vanning—, tú: ven aquí y échame una mano.

—Un momento —dijo Pete—. ¿Qué vas a hacer?

—¿Tú qué crees?

—No podemos llevarnos a Sam —protestó Pete—. Nos hará ir más despacio.

—Seguro, tienes razón —admitió John—. Y si lo dejamos aquí y lo encuentran todavía vivo, lo primero que va a pensar es que le hemos abandonado. No creo que eso le guste mucho. Nunca se sabe. Hasta es posible que le diera por cantar.

—Pero si está muerto no podrá cantar.

—¿Qué te pasa, Pete? ¿No te gusta Sam?

—Nos llevamos bien. Ya lo sabes. Pero ¿por qué hemos de correr más riesgos?

—No vamos a pegarle un tiro —decidió John—, y no se hable más. Nos lo llevamos con nosotros, y si encontramos un médico en alguna parte veremos si puede salir de ésta. —Miró de reojo a Vanning—. Venga, tú. Vamos a trabajar.

Vanning y John cargaron al herido hasta el descapotable y lo depositaron en el asiento trasero. Luego, John corrió hacia el vehículo destrozado, se metió en él y volvió a salir con una cartera negra. La llevó al descapotable, la arrojó al suelo junto al asiento del conductor y le dijo a Vanning:

—Métete ahí dentro y cierra la capota.

—¿Qué quieren de mí? —preguntó Vanning—. ¿Por qué no se llevan el coche? Déjenme aquí.

—¿Para que des la descripción del coche a la policía? —John sonrió, complacido por su agudeza. Sacudió la cabeza—. De ninguna manera. Tú vienes con nosotros. Conducirás el coche. Pete, quédate en el asiento de atrás y cuida de Sam.

—Sigo pensando —protestó Pete— que sería mejor pegarle un tiro a Sam.

—Sigo pensando —replicó John—, que harías bien en quitarte esas ideas de la cabeza.

—No es que tenga nada contra él. Es sólo que yo…

—Vamos —le interrumpió John—. En marcha.

Estaban todos en el coche, la capota estaba echada y el coche rodaba. Volvieron a la otra carretera, avanzaron por ella y trepó hacia las cumbres serpenteando por la ladera. Vanning miró el retrovisor.

—Mantén la vista en la carretera —le ordenó John.

—Estoy poniéndome un poco nervioso —advirtió Vanning.

—También yo —dijo John, y alzó el revólver para que Vanning viera que aún lo tenía—. Será mejor que nos tranquilicemos los dos, y quizá entonces no ocurra nada.

—¿Pongo la radio?

—No —rechazó John—. Yo te distraeré. Te contaré un cuento. Éranse una vez tres hombres malos. Muy, muy malos. Atracaban bancos. En Seattle, atracaron un banco y se escaparon con trescientos mil dólares en billetes de mil. Después, robaron un coche tipo familiar y se largaron de Salt Lake City. Iban persiguiéndoles, así que debían correr. Iban a tanta velocidad que tuvieron un accidente y el coche se averió. Pero entonces llegó un hombre muy amable y les ayudó. Tenía un coche azul y se tomó la cosa con mucha tranquilidad.

Desde el asiento posterior les llegó la voz de Pete, lamentándose:

—No veo por qué has tenido que hablarle de los trescientos grandes.

—Le hablo de lo que me parece —replicó John—. Además, tengo la extraña sensación de que va a quedarse con nosotros un buen rato. —Se volvió hacia Vanning—. ¿Qué dices a eso? ¿Te gustaría?

—Me encantaría —contestó Vanning.

—Desvíate por el próximo cruce —dijo John—. Hay una carretera que lleva a Leadville. Hay un médico allí; bueno, creo que era en Leadville. Hace mucho tiempo de esto, pero este médico, si no recuerdo mal, estaba dispuesto a llegar a un acuerdo. De todos modos, probaremos.

Un cuarto de hora más tarde, el descapotable azul llegó a Leadville y comenzó a dar vueltas por la población, mientras John intentaba recordar dónde paraba el médico.

Finalmente, se detuvieron ante un hotel y John entró y volvió a salir al cabo de unos minutos. Siguieron calle abajo, giraron y pararon frente a una estructura de madera que mucho tiempo atrás había desistido de luchar contra la decadencia. John se apeó del coche, miró hacia ambos lados, esperó a que un par de mujeres de edad madura cruzaran la calle y se perdieran de vista, y entonces le hizo un gesto a Pete. Mientras éste sacaba a Sam del automóvil, John entró en la derruida vivienda, empujando ligeramente con su pistola a Vanning, que avanzaba apenas un poco por delante de él cuando llegaron al vestíbulo.

El médico les pidió quinientos dólares al momento y quinientos más a pagar en tres semanas, cuando Sam estuviera de nuevo en condiciones de viajar. John le dio el dinero al médico y, acto seguido, Vanning, Pete y él salieron de la casa y regresaron al coche.

—Ahora iremos a Denver —anunció John.

Llegaron a Denver cuando el sol empezaba a ponerse. Se inscribieron en un pequeño hotel de un barrio pobre y les asignaron una habitación bastante grande en el tercer piso. John mandó al botones en busca de licor. El botones regresó con licor, cubitos de hielo, botellas de *ginger ale* y varios paquetes de cigarrillos. John le dio un billete de un dólar y Vanning miró al botones, pero éste sólo miraba el billete de un dólar. Se apresuró a retirarse, cerró la puerta y la habitación quedó en silencio.

John destapó una botella y empezó a manipular el hielo y el *ginger ale.* Pete estaba tendido en la cama y cada pocos instantes se lamentaba por lo de Sam y se quejaba de cómo resolvieron el asunto. Finalmente, John le amenazó con golpearle en la cabeza con una botella si no se callaba.

—No puedo dejar de preocuparme —alegó Pete.

—Sal a tomar el aire —le aconsejó John—. Preocúpate en la calle. No. Espera un momento. Tengo otra idea. Quédate aquí. Apúntale con la pistola un minuto. Quiero echar un vistazo al cuarto de baño.

—¿Qué hay en el cuarto de baño? —preguntó Pete.

—Suele haber una claraboya, cuando está en el último piso.

Pete dirigió la mirada a Vanning y le apuntó con el revólver.

—No estamos en el último piso.

—Quiero asegurarme —respondió John—. No dejes de apuntarle.

John entró en el cuarto de baño, salió y anunció:

—Está bien. No hay claraboya ni ventanas. —Dirigió una sonrisa a Vanning—. Métete ahí dentro.

Vanning pasó al cuarto de baño y cerraron la puerta tras él. Les oía hablar en la habitación contigua. De pronto, sus voces disminuyeron de volumen y, aunque aplicó el oído a la rendija de la puerta, no alcanzó a entender qué decían. La conversación en voz baja se prolongó un buen rato. Y luego se extinguió y no hubo nada. Esa nada duró un tiempo muy largo, y Vanning no lo entendía.

De pie ante la puerta, preguntó:

—¿Cuánto tiempo más vais a tenerme aquí encerrado?

No hubo contestación.

—Empieza a faltar el aire —dijo.

Sin respuesta.

—Por lo menos —insistió—, podríais darme un cigarrillo.

Nada.

—O un trago.

Y tampoco hubo respuesta.

—¡A lo mejor no hay nadie ahí! —dijo en voz alta—. A lo mejor habéis salido a dar un paseo.

Ninguna respuesta.

—Muy bien —anunció—. Voy a averiguarlo.

Abrió la puerta y se encontró mirando la habitación vacía.

La habitación estaba terriblemente vacía. La puerta, cerrada. El que la habitación estuviese vacía resultaba tranquilizador, pero eso era sospechoso. Estaba demasiado bien. Lo que daba aquella ridícula sensación de ir bien las cosas era el revólver, que parecía devolverle serenamente la mirada desde el lugar en que reposaba, contrastando su color negro con la blanca colcha. Se aproximó a la cama, tomó el revólver y se lo metió en el bolsillo. Sin ningún motivo en especial, fue hacia la ventana y miró al exterior. Vio un callejón, un cielo oscuro y nada más. Cruzó la habitación, asió una botella de whisky medio vacía, la miró y volvió a dejarla. Cogió un deteriorado paquete de cigarrillos y se puso uno de ellos en la boca. No sabía qué hacer. Se dijo que, razonando tranquilamente, sin duda llegaría al meollo de la situación. Y se sentó en la cama, fijó la vista en el suelo y trató de razonar tranquilamente.

Lo que hubieran debido hacer con él, si no eran tontos, era llevarlo hasta algún lugar solitario, en los bosques o en un callejón oscuro, y entonces matarle y desaparecer a toda prisa de Denver. Ésa era la forma de obrar sin meterse en complicaciones. Abandonarlo en el hotel y dejarlo a solas con el revólver sobre la cama era una maniobra muy extraña, y la única manera de averiguar la respuesta consistía en ponerse en el lugar de ellos y tratar de pensar como ellos pensarían. Se dijo que debería mostrarse lo bastante inteligente como para enfrentárseles, si ellos deseaban provocar un enfrentamiento. Se dijo que, a pesar de que John y él se movían en ámbitos muy distintos, debería aventajarle en agudeza o, al menos, igualarlo.

Aun sabiendo que la bebida no le serviría de ayuda, decidió tomar una copa. Se incorporó, anduvo hacia la cómoda sobre la que habían dejado las botellas y el hielo, y se detuvo en seco, primero frunciendo el ceño, luego abriendo los ojos hasta que le hicieron daño y, por fin, frunciendo otra vez el ceño. Miraba la superficie de la cómoda, pero no las botellas, sino la cartera.

Allí estaba, enfrente mismo de él. La cartera negra que John sacó del coche accidentado. Una cartera nueva de cuero finamente granulado. Fuera cual fuese su contenido, la llenaba por completo y le daba un aspecto abultado. Él sabía qué había allí, pero prefirió ignorarlo. Se obligó a olvidar la cartera, dejar el revólver otra vez sobre la cama, marcharse del hotel y abandonar Denver. Y deprisa, al momento. Apresurarse en llegar a Chicago, ponerse a trabajar ante el tablero de dibujo, conocer a una chica agradable y fundar una familia. Olvidarse de la cartera. No tocar la cartera.

—Usa tu cabeza —se dijo en voz alta—. No la toques.

Se frotó los ojos. Hubo chasquidos y castañeteo de dientes. Su cabeza se agachó y comenzó a agitarse.

—Vamos, hombre —insistió—. Déjalo correr.

Y entonces alzó la cabeza y contempló la cartera. Allí estaba, gruesa, negra, brillante y repleta. Tenía algo de suntuoso. Parecía muy pagada de sí misma, allí encima de la cómoda.

Vanning se aproximó a la cómoda y sus manos se tendieron hacia la cartera, pero de pronto se desviaron y se cerraron en torno a la botella más cercana. Se sirvió whisky en un vaso alto, estudiando la cantidad que acababa de verter, diciéndose que jamás había tomado tanto whisky de una sola vez. Llevó el vaso hacia la puerta del cuarto de baño, se apoyó en ella y se puso a mirar la cartera, sin desviar los ojos ni siquiera cuando echaba la

cabeza hacia atrás y alzaba el vaso hacia su boca. Entonces cerró los ojos, el whisky corrió por su garganta y estalló en su estómago. Y el vaso vacío se deslizó de su mano yerta y chocó contra el suelo y produjo un ruido considerable al hacerse añicos.

El ruido resonó en el cerebro de Vanning. Pensó en acercarse a la ventana y gritar pidiendo ayuda. Pero se rió de sí mismo. Se rió a carcajadas. El sonido de la risa le resultó atractivo, de un modo un tanto misterioso, y se rió con más fuerza aún. Quizá si reía con la suficiente fuerza acudiría alguien, le vería y hablaría con él. Lo necesitaba desesperadamente. Deseó que hubiera alguien a su lado, alguien con quien discutir la situación. Su vista se fijó en la cartera.

Se frotó las manos y se acercó otra vez a la cómoda. Volvió a restregarse las manos. Asió la cartera, la alzó, la llevó hasta la cama, la abrió y vio billetes de los Estados Unidos.

Billetes de mil dólares. En pequeños fajos: diez billetes en cada fajo, y contó treinta fajos. Eso ascendía a trescientos mil dólares, se dijo. Devolvió los fajos a la cartera, la cerró y se la quedó mirando.

Y entonces se levantó de la cama de un salto, aferró la cartera y salió de la habitación. Anduvo por el corredor hacia la escalera. Inmediatamente antes de llegar a ella, alguien se le situó detrás y apretó algo contra su costado.

—Siga andando. Pórtese bien —le conminó aquel individuo.

Vanning volvió la cabeza y vio a un desconocido. El hombre llevaba sombrero panamá blanco, traje verde claro, camisa verde oscuro, corbata amarilla y un pañuelo amarillo que asomaba en gran parte, y graciosamente, del bolsillo superior. El hombre era alto y robusto, y tenía un rostro anguloso, de tez bronceada por el sol.

—Siga andando —repitió el hombre— hasta la planta baja y hacia la derecha, y saldremos por una puerta lateral.

—Puede quedarse con el dinero —le ofreció Vanning.

—No quiero el dinero.

—¿Es usted policía?

El hombre lanzó una risotada que, de repente, se cortó en seco.

—Limítese a seguir andando.

Llegaron al rellano del segundo piso. La pistola presionó ligeramente el costado de Vanning, luego apretó con más fuerza, lo que provocó en Vanning una mueca de dolor, y siguió escaleras abajo con el hombre junto a

él y la pistola contra él, hasta llegar al vestíbulo. Allí había unas cuantas personas sin hacer nada, del modo en que sólo es posible no hacer nada en los vestíbulos de hotel.

—Como se le ocurra lloriquear —le advirtió el hombre—, aprieto el gatillo. Ahora vaya hacia esa puerta lateral, como si fuésemos los dos a dar un paseo.

Se dirigieron a la puerta lateral. El hombre abrió la puerta, salieron a una calle oscura y echaron a andar por ella sin abrir la boca hasta que el hombre ordenó a Vanning que doblara una esquina. Un minuto después le ordenó que doblara otra. Estaban en un estrecho callejón, iluminado débilmente por la amarillenta luz que salía de las ventanas de los segundos pisos.

—Ahora —dijo el hombre, colocándose enfrente de Vanning—, entrégueme esa cartera.

Vanning le tendió la cartera. Miró al hombre, que sonreía. Vanning suspiró. Vio que el revólver se alzaba y apuntaba hacia su pecho. Volvió a suspirar.

—Lo sabía —comentó.

—Es duro —reconoció el hombre—, pero no hay otro remedio.

—¿Puede concederme un minuto?

—Demasiado.

—Medio minuto.

—De acuerdo.

—¿Tengo alguna oportunidad?

—No pierda el tiempo pidiéndome una oportunidad. Si quiere que hablemos del tiempo, hablaremos del tiempo, pero si empieza a pedirme una oportunidad sólo conseguirá que me enfade.

—¿Trabaja para John?

—Correcto.

—¿Por qué le ha llamado?

—John siempre me llama a mí para este tipo de cosas. No le gusta hacerlas él mismo.

—Entonces, ¿por qué no utiliza a Pete?

—Porque Pete es un cabeza de chorlito. Pete tiene la costumbre de cometer errores.

—Ya entiendo.

—Me alegra que lo entienda. Me alegra que haya quedado todo claro.

—Excepto una cosa.

—Pregunte. Si puedo contestarle, le contestaré.

—¿Por qué me han dado esto? —preguntó Vanning con total sinceridad, extrayendo con absoluta ingenuidad el revólver de su bolsillo y mostrándoselo al hombre.

El hombre miró el revólver y entonces Vanning bajó la vista hacia él y advirtió que verdaderamente era un revólver y que lo tenía en la mano. Alzó la vista hacia la cara del hombre y advirtió su consternación. Y cuando la consternación empezaba a convertirse en rabia, Vanning apretó el gatillo, volvió a apretarlo, lo apretó otra vez: los disparos rebotaron a uno y otro lado, arriba y abajo, mientras el hombre descendía en un ascensor invisible. Vanning retrocedió un paso. El hombre estaba tendido en el suelo, retorciéndose, los brazos extendidos, el revólver caído junto a su muñeca, los dedos agitándose espasmódicamente. Luego se agitó todo su cuerpo, en un movimiento convulsivo que le hizo volverse boca arriba. Se retorció una vez más, sus ojos se abrieron del todo y su boca se abrió un poco, estaba muerto.

Vanning echó a correr. Corrió tan deprisa como pudo. Había una colina. Corrió colina arriba. Había un campo. Corrió a través del campo. Había un arroyuelo. Se metió en el arroyo y el agua le cubrió hasta las rodillas, luego hasta la cintura, después hasta el pecho, y levantó un brazo en alto. Se preguntó por qué hacía eso. Miró el brazo, la cosa que colgaba de la mano: la cartera. Trató de recordar. No logró recordar haber cogido la cartera. Pero debía haberla cogido. No había llegado sola hasta su mano. No estaba viva. O tal vez sí. El agua le cubrió hasta la barbilla. Pensó en soltar la cartera, dejar que se hundiera en la corriente. Se dijo que las balas habían golpeado al hombre, que el hombre se había desplomado y había soltado la cartera. Y él se había quedado contemplando al muerto. Después recogió la cartera y echó a correr con ella.

Esa parte de la historia era demasiado para él. No tenía la pistola. Tenía la cartera. Había dejado la pistola allí y se había llevado la cartera. Se preguntó para qué quería la cartera. Se preguntó por qué la había sacado de la habitación, para empezar. Esta pregunta tenía una respuesta. Su propósito era entregar la cartera a la policía. Hasta ahí, todo estaba bien. Pero no alcanzaba a comprender por qué le había quitado la cartera al muerto. Quizá la respuesta era idéntica a la de la primera pregunta. Quizá pensó en llevarla a la policía. Sin embargo, esta explicación se le antojaba un tanto débil, porque no recordaba que la idea hubiera pasado por su mente. Lo único que

comprendía con total claridad era que acababa de matar a un hombre, que estaba en posesión de una cartera con trescientos mil dólares y que andaba huyendo. Y que estaba muy, muy asustado por causa de la cartera.

Poco a poco, a medida que su resistencia física disminuía, la mente se le fue aclarando, y empezó a reunir fragmentos y a sacar conclusiones. Lo peor de todo era que John mantuvo su arma tan pegada a él que nadie pudo verla, ni siquiera el médico de Leadville, el empleado del hotel de Denver ni la gente del vestíbulo. Nadie la había visto. Lo único que habían visto era a John, a Pete y a él mismo, juntos en el descapotable azul y juntos en el hotel, y por eso la situación era tan lamentable. Pero tenía que haber una salida por alguna parte. No podía quedar así. Tal vez en cuestión de diez o veinte minutos recobraría su dominio y se sentiría dispuesto a ir en busca de la policía para contarle lo sucedido.

La idea estaba en él, sólida y compacta, muy pura y lógica. Pero apenas duró unos instantes. En seguida comenzó a desvanecerse, porque se relató a sí mismo la historia tal y como se la relataría a la policía, y le pareció una historia ridícula. Le pareció un poco fantasiosa y bastante absurda. El cuarto de baño, por ejemplo. Le habían metido en el baño, pero sin cerrar la puerta. Eso era sólo el principio, y a partir de ahí la cosa se volvía decididamente cómica. Habían salido de la habitación, dejándole en el baño pero con la puerta sin cerrar. Salió del baño. Y allí, sobre la cama, esperándole a él, había un revólver. Y encima de la cómoda, una pequeña cartera negra, hinchada y reluciente, con todo aquel dinero en su interior. Se imaginó las caras de los policías, los vio mirarse e inclinarse hacia él con la incredulidad reflejada en sus ojos. Con todo, tenía un arma poderosa a su favor: conservaba la cartera.

Se aferró a este punto. Aún la tenía, y podía presentarse a ellos y entregársela. Sí, aún tenía la cartera. Se rogó a sí mismo que creyera que, en efecto, continuaba en su poder, mientras alzaba sus manos, se las miraba y veía dos manos blancas sobre el fondo negro del bosque. Y no había ninguna cartera.

Transcurrieron unos instantes vacíos, sin ideas, sin movimientos, sin nada. Luego, un intento de razonar. Después, la comprensión de que no era capaz de razonar, de que los hechos quedaban demasiado lejos de él. Estaban allí, una hora antes, tal vez dos horas antes, a kilómetros de distancia. Acaso durante los minutos en que estuvo sumergido en la corriente, o diez minutos después, en aquellos extensos bosques. Tal vez

una hora más tarde. Pero no había manera de situarlo con certeza ni de recordar cuándo o dónde había dejado caer la cartera de sus manos.

De nuevo Vanning vio los rostros de los policías. Grandes caras rosadas que formaban un círculo en torno a él, se cerraban en torno a él. Y una de ellas era más grande que las demás, y los labios se movían. Podía oír la voz. La voz le golpeó y rebotó. Se tambaleó hacia la voz y ésta le golpeó de nuevo.

La voz dijo:

—Usted afirma que salió de la habitación llevando la cartera en la mano. ¿Es eso cierto?

—Sí —respondió Vanning.

—¿Qué pensaba hacer con la cartera?

—Entregársela a ustedes.

—Muy bien. Entonces, ¿qué?

—El hombre apareció por detrás y me puso una pistola en la espalda. Salimos del hotel. Luego, cuando llegamos a ese callejón, me quitó la cartera y me dijo que lo sentía, pero que no tenía más remedio que eliminarme.

—¿Y luego?

—Saqué una pistola que llevaba en el bolsillo y lo maté.

—¿Así de fácil?

—Sí —afirmó Vanning.

—¿Y qué hizo él con su pistola?

—No la utilizó.

—¿Por qué no?

—Supongo que estaría demasiado sorprendido. Imagino que lo último que esperaba era que yo sacara una pistola.

—¿Era suya la pistola?

—No —explicó Vanning—. Ya les he dicho cómo la conseguí.

—Sí, nos lo ha dicho, pero no sé si realmente pretende que nos lo creamos. No importa. Dejaremos eso al margen. Está usted en el callejón con ese hombre. El hombre está muerto. Usted sigue allí de pie, mirándolo. Entonces, ¿qué hace?

—Echo a correr.

—¿Por qué?

—Tengo miedo.

—¿A qué le tiene miedo? No ha hecho nada malo. Ha matado a un hombre, pero ha sido en defensa propia. Está justificado. ¿Qué le asusta?

—La cartera. Vi que la llevaba en la mano. No recordaba haberla cogido, pero ahí estaba, en mi mano.

—Bueno —concedió el policía—, tampoco ahí hay nada malo. Aún conservaba la cartera. ¿Por qué no fue a la policía de Denver a entregarla?

—Tenía miedo. Suponía que no iban a creer mi declaración. Ya ven cómo suena. Es una de esas historias que no encajan.

—Me alegro de que lo comprenda —dijo el policía—. Eso hace las cosas más fáciles para ambos. Conque está usted corriendo a través de los bosques sin soltar la cartera. ¿Qué pasa entonces?

—Ya no tengo la cartera.

—Se escapa de un tirón y echa a correr, ¿es así?

—Sencillamente, ya no tengo la cartera —insistió Vanning—. No recuerdo dónde la perdí. Calculo que estuve dos o tres horas en el bosque, y no pude andar todo el tiempo en línea recta. Era un bosque espeso, con muchos matorrales, había una zona pantanosa, pude perder la cartera en un millón de sitios. ¿No se dan cuenta de mi estado? ¿No ven lo confuso que me sentía? Traten de comprenderlo. Estoy dispuesto a someterme a cualquier prueba. Por favor, créanme.

—Naturalmente —asintió el policía—. Le creo. Todos le creemos. Está claro como el agua. Usted cogió la cartera. Echó a correr con ella. Eso es lo que dice, y eso es lo que creemos. Y eso nos lleva a la otra cuestión. Para conseguir la cartera, tuvo que matar a un hombre. Conque hemos dado la vuelta y volvemos al principio, y por Dios que está usted metido hasta el cuello. Es una lástima que tuviera que mezclarse con malas compañías. Está usted detenido bajo las acusaciones de robo y asesinato en primer grado.

—Pero yo me he entregado voluntariamente. Yo he venido hasta aquí. No tenía por qué hacerlo.

—No ha traído la cartera.

—No sé dónde está.

—¡Oh, vamos, no sea así! ¿Por qué no termina de una vez con eso?

—Le digo que no sé dónde está. La dejé caer en alguna parte. La perdí. Mire, yo no tenía por qué venir aquí, para empezar, y contarles todo esto. Habría podido seguir huyendo. Pero vine aquí.

—Es un punto a su favor —admitió el policía—. De hecho, cuenta con algunos puntos a su favor. Falta de antecedentes. El hecho de que el otro

hombre tenía una pistola en la mano cuando usted lo mató. El hecho de que le aguardaba un empleo en Chicago. Es posible que todo eso junto le valga de algo. Quizá podamos buscar una salida. A ver qué le parece esto: díganos dónde ha escondido la cartera.

—No puedo decírselo. No sé dónde está.

El policía contempló las caras de los otros y suspiró. Luego se volvió hacia Vanning. Su rostro se le aproximó, amenazante.

—Muy bien; como quiera. Todavía puede ayudarse usted mismo un poco, aunque prefiera seguir mostrándose terco respecto a esos trescientos mil dólares. Lo que puede hacer es declararse culpable de robo y asesinato en segundo grado. Es un respiro dejarlo en asesinato en segundo grado. Podría salirle por diez años. Si se porta bien, podría cumplir en cinco años, quizá incluso en dos o tres, si tiene suerte.

—No lo haré. No quiero arruinarme. Soy inocente. Soy joven y no quiero echar a perder mi vida.

El policía se encogió de hombros. Todos los policías se encogieron de hombros. Los bosques se encogieron de hombros y el firmamento se encogió de hombros. A ninguno de ellos le importaba especialmente. No significaba nada para ellos. No significaba nada para el universo, con la excepción de aquella cosa minúscula, viva y móvil llamada Vanning, y lo que significaba para él era miedo y fuga. Y esconderse. Y huir de nuevo. Y seguir escondiéndose.

Permaneció en los bosques otro día y otra noche. Atravesó los bosques hasta que halló una zona despejada, y luego una vía férrea. Pasó un tren de carga y lo tomó en marcha. Más tarde subió a otro tren de carga, y a otro más, hasta que al fin llegó a Nueva Orleans. Adoptó el nombre de Wilson y consiguió trabajo en los muelles. La paga era buena, y con las horas extraordinarias pronto acumuló lo suficiente para seguir viajando.

En Memphis se llamó Donahue y trabajó de camionero. Después de Memphis, una breve estancia en Washington y finalmente Nueva York, con trescientos dólares en el bolsillo. Allí se llamó Rayburn y alquiló una habitación en el Village. Adquirió material de dibujo y se pasó dos semanas trabajando furiosamente, preparando un portafolio.

Luego se dedicó a visitar agencias con el portafolio, y al cabo de una semana recibió su primer encargo. Al principio usaba un espeso bigote y gafas oscuras, y se peinaba con raya en medio. Más adelante prescindió de las gafas, y después del bigote, y con el tiempo volvió a peinarse como

antes. Sabía que estaba corriendo un riesgo considerable, pero no podía hacer otra cosa. Tenía que librarse de la vacía sensación, de la grotesca certidumbre de que era un hombre perseguido.

Trabajaba, comía, dormía. Se las arregló para ir tirando. Pero era muy difícil. A veces resultaba casi insoportable, sobre todo por las noches, cuando podía ver la luna desde su ventana. Sentía debilidad por la luna. Le dolía, pero necesitaba verla allí arriba. Y más allá de esta necesidad, tan lejana y fútil, estaba la necesidad de tener a alguien a su lado, alguien que mirara la luna junto a él, que compartiera la luna con él. Se sentía muy solo. Y, a veces, en su soledad, se preocupaba demasiado por su edad y se decía que le faltaba la cosa que más anhelaba en el mundo: una mujer a la que amar, una mujer con la cual poder formar una familia. Un hogar. Hijos. Casi lloraba cuando empezaba a pensar en ello y se daba cuenta de lo lejos que lo tenía. Estaba loco por los niños. Todo valdría la pena, todas las luchas, dolores y preocupaciones, si algún día podía casarse con alguien auténtico y verdadero, y tener hijos. Cuatro hijos, cinco hijos, seis hijos, y crecer con ellos, enseñarles cómo se usa un balón de fútbol, jugar con ellos en la playa mientras su madre los contempla sonriente, tan feliz y orgullosa, y sentarse a la mesa y ver enfrente el rostro de ella, y los rostros de los niños, y despertarse por la mañana y salir a trabajar sabiendo que hay algo por lo que trabajar. Todo esto era para él tan inalcanzable como la luna, y a veces le parecía que la luna sacudía su gran cabezota perlada y le decía que era imposible, que más le valdría olvidarlo todo y dejar de atormentarse.

Al cabo de un rato, la luna se fue ensanchando y se convirtió en una habitación brillantemente iluminada que tenía dos caras incrustadas en el techo. Una de las caras era grande y llevaba gafas. La otra, grisácea y huesuda, terminaba en un cráneo casi calvo.

Las caras descendieron del techo y se estabilizaron, uniéndose a torsos que se sostenían sobre piernas. Y Vanning gimió.

Luego parpadeó unas cuantas veces y se llevó una mano a la boca. Cuando la apartó, estaba ensangrentada. Miró la sangre. Sintió sabor a sangre en la boca.

Se abrió una puerta. Vanning se volvió, y vio que John había entrado en la habitación. Le dirigió una sonrisa.

John tenía las manos metidas en los bolsillos del pantalón, se mordía el labio y no miraba a ningún sitio en particular. Vanning se puso en pie, se

tambaleó, tropezó con el sofá cama y cayó sobre él.

Pete se aproximó a Vanning.

—No —dijo John.

—Deja que lo trabaje yo solo —pidió Pete—. Sam me estorba.

—Le has pegado demasiado fuerte —alegó Sam—. Se ha quedado inconsciente en seguida. Así no es manera.

—No necesito a Sam. Trabajo mejor yo solo —insistió Pete.

Se quitó la nudillera del puño derecho. Se frotó las manos y dio un paso en dirección a la cama, pero John le contuvo:

—Déjalo estar. No te acerques.

—¿Puedo beber un poco de agua? —preguntó Vanning.

—Desde luego —contestó John—. Sam, trae un vaso de agua.

Sam salió de la habitación. Pete permaneció junto a la cama, frotándose las manos y sonriendo a Vanning. El silencio llenó la habitación y se cuajó en el centro de ella. Finalmente, John contempló a Vanning.

—¿Duele mucho? —quiso saber.

—Dentro de la boca. Tengo un corte.

—¿Has perdido algún diente?

—No sé. No me importa.

—Deja que lo trabaje yo solo —propuso Pete de nuevo.

John miró a Pete.

—Lárgate de aquí ahora mismo —le ordenó.

Pete se encogió de hombros y salió de la habitación. John sacó su revólver de la sobaquera y jugó con él un rato. Suspiró unas cuantas veces, frunció el ceño otras tantas, hizo muecas como si quisiera ahuyentar una mosca de su cara y luego se acercó a la pared y se apoyó en ella, contemplando a Vanning.

Se hizo de nuevo el silencio y se aposentó en el centro de la habitación. Vanning escupió al suelo la sangre que se le acumulaba en la boca. Sacó su pañuelo, se enjugó los labios y miró las manchas de sangre, resplandecientes sobre el lino blanco. Miró a John y comprobó que seguía allí, apoyado en la pared, devolviéndole la mirada. Permanecieron los dos así varios minutos, hasta que se abrió la puerta y llegó Sam con un vaso de agua.

Vanning tomó el vaso y, sin mirarlo, lo alzó hasta su boca, se atragantó con el agua y golpeó el rostro de Sam con el vaso. El vaso le dio en un lado

de la cara, se rompió y algunos pedazos de vidrio atravesaron la piel de Sam. Sam metió una mano bajo la chaqueta.

—No —le disuadió John.

—Sí. Déjame.

Los ojos de Sam estaban vacíos. John le preguntó:

—¿Qué le has echado al agua?

—Nada —replicó Sam.

—Sal —dijo Vanning—. Prueba a beber agua con sal cuando tengas la boca llena de cortes.

John se acercó unos pasos a Sam, y le hizo un gesto con el revólver para que abandonara la habitación. John se volvió hacia Vanning.

—¿Ves cómo están las cosas? Les gusta. Se divierten así. Esto es lo que te espera. Cada pocos minutos se les ocurrirá una idea nueva y querrán probarla contigo.

—Siento mucha lástima por mí mismo —reconoció Vanning—, pero no puedo hacer nada al respecto.

—Te diré una cosa. Si crees que a mí me gusta esta situación, estás loco.

—Entonces, ¿por qué no le pones fin?

—La pasta.

—Ponte en mi lugar. Supón que si no hablas vas a acabar de mala manera. ¿Hablarías?

—Desde luego —contestó John—. No soy idiota. Me ahorraría el mal rato. El dinero significa mucho para mí, pero no tanto.

—¿Crees que significa tanto para mí?

—Creo que estás enfadado, eso es todo. Estás tan furioso que no eres capaz de pensar correctamente. Si no, es que eres uno de esos imbéciles que creen que está de moda ser un héroe.

—Te equivocas —respondió Vanning—. Soy demasiado maduro para hacerme el héroe. Estoy demasiado asustado para estar furioso. Y tengo el suficiente sentido común para comprender que vais a matarme si no os digo dónde está el dinero. Por eso estoy en tan mala situación. No sé dónde está, y no hay forma en que pueda convenceros de ello.

John suspiró otra vez.

—Llevo en este juego mucho tiempo. Una vez, me condenaron a siete años. Cuando salí, estaba decidido a portarme bien. Y lo hice durante algún tiempo. Estuve trabajando en una fábrica de cerveza en Seattle. Conocí a una chica. Puede que fuera feliz, no lo recuerdo. De todas formas, mi salud

era buena, comía bien, casi no bebía. Luego empecé a ver cosas. Empecé a ver cuántas facilidades da la gente a cualquier vivo que quiera aprovecharse. Incluso la gente importante. Así que ya puedes figurarte qué sucedió. Volví al viejo juego. Algunas naderías, al principio. Algunas gasolineras, una tienda de vez en cuando. Después, un banco pequeño en Spokane. Y un banco más grande en Portland. Finalmente, el trabajo importante de veras, en Seattle. Y tenía que ser el último.

—No te servirá de nada —le advirtió Vanning—. ¿Cómo vas a venderme nada si no estoy en situación de comprar?

John prosiguió como si Vanning no le hubiera interrumpido.

—Tenía que ser el último. Tras el reparto y los gastos, calculé que me quedarían poco más de doscientos grandes. Luego iba a esperar un poco, hasta que se enfriaran las cosas. Pensaba volver a Seattle en busca de esa chica. Mira, quiero enseñarte algo.

Manteniendo empuñado el revólver, John utilizó la otra mano para extraer una billetera del bolsillo de atrás de su pantalón. La abrió y se la tendió a Vanning. Dentro de una funda de celuloide había una foto de la chica. Era muy joven. Parecía tener menos de veinte años. Su cabellera descendía en largos bucles sueltos que jugaban con sus hombros. A juzgar por su expresión, resultaba fácil deducir que era poco más que una niña, y probablemente no demasiado brillante.

Vanning le devolvió la billetera. Se mordió el labio inferior, pensativamente, y dictaminó:

—Es bonita.

—Una buena chica.

John se guardó la billetera de nuevo en el bolsillo.

—¿Lo sabe?

—Lo sabe todo.

—¿Y qué piensa de ello?

—Nada en particular, —replicó John—. Pero no le importa. Está dispuesta a esperarme. Y luego nos iremos juntos. ¿Sabes lo que siempre he querido tener? Una embarcación.

—¿Para pescar?

—Solamente para viajar. Un yate. Conozco muy bien los barcos. He trabajado embarcado en cargueros, yendo y viniendo de la costa Oeste a Sudamérica. Una vez trabajé en el yate de un tipo rico. Siempre he querido

ser el dueño de una embarcación. El Pacífico es un charco muy grande. Y está lleno de islas.

—He visto algunas de esas islas.

—¿En serio? —John se inclinó hacia delante, sonriendo con interés.

—Bastantes. Pero no tuve tiempo de prestar atención al paisaje. Había demasiado movimiento, y el humo lo tapaba todo.

—Ya entiendo. —John hizo un gesto de asentimiento—. Pero piensa en un viaje desde la costa Oeste, con toda esa agua para navegar. Todas esas islas ahí esperando. Una embarcación de unos doce metros de eslora, con motor diésel. Y viajar de una isla a otra. Y mirarlas bien todas. Nada de agentes de la propiedad molestándole a uno con su propaganda. Solamente mirarlas, y dejar que sean ellas las que hagan su propaganda. Y elegir yo libremente.

—No te quedarías por mucho tiempo.

—No me conoces.

—No te conoces a ti mismo. Empezarías a pensar en otro banco y en otros trescientos mil dólares. Tú eres así, John. No es culpa tuya.

—¿De quién es la culpa?

—¿Quién sabe? Algo debió ocurrir cuando eras pequeño. Quizá no hubiera los suficientes parques de juego en tu ciudad.

John sonrió con deleite.

—Hablas como un abogado. Es curioso. Me caes bien. Eres valiente. No armas escándalo. Sabes controlarte. Tal vez te deje venir conmigo en mi yate.

—Sería estupendo.

John contrajo el rostro y desvió la mirada más allá de Vanning.

—Apuesto a que verdaderamente podríamos llegar a ser amigos. ¿Cómo te llamo?

—Jim.

—¿Un cigarrillo, Jimmy?

—Muy bien.

Luego, después de encender los cigarrillos, John continuó:

—Eso es lo que tengo en mente. El yate. Y te equivocas si crees que voy a volver. Nunca volvería. Una isla pequeña, esa chica y yo; no necesito más. Tendríamos todo lo necesario. Imagínatelo.

—Eso hago —respondió Vanning—. Pero hay una pieza que no encaja. El dinero. ¿Por qué necesitas tanto dinero?

—El bote. Suministros. Gastos generales. Hay que contarlo todo.

—Pero no llega a doscientos mil dólares, ni de lejos. Si hiciéramos una lista pormenorizada, verías qué poco te hace falta.

—La haremos luego. Cuando tenga el dinero.

Vanning aspiró el humo de su cigarrillo. Le gustaba lo que estaba ocurriendo. Le daba tiempo, y tiempo era lo que más anhelaba. Con tiempo podía pensar, y si pensaba lo bastante quizá se le ocurriera algún plan. Hasta ahora, la atmósfera había sido de absoluta falta de esperanzas. Ahora, en cambio, tenía una razón para pensar que quizá había una manera de seguir con vida.

—Cuando tenga el yate —prosiguió John—, no pienso esperar. Me embarcaré con ella y zarparemos. ¿Te has parado alguna vez a pensar cómo le agobian a uno las ciudades? Se cierran a tu alrededor, como muros de piedra que fueran estrechándose. Le da a uno la sensación de que va a acabar aplastado. Sucede poco a poco, pero te imaginas que sucede rápidamente. Te entran ganas de gritar. Quieres correr. No sabes hacia dónde correr. Crees que si echas a correr, algo va a detenerte.

—A mí no me molestan las ciudades —dijo Vanning.

—Las ciudades me hacen daño a la vista. Y tampoco me gusta el campo. Lo que me gusta es el agua. Sé que una vez esté en el agua, navegando, alejándome, me sentiré bien. Ya no estaré nervioso.

—No pareces una persona nerviosa.

—Tengo los nervios hechos polvo —explicó John—. Me cuesta horrores dormirme. ¿Qué tal duermes tú?

—Estos últimos ocho meses no han sido muy buenos.

—Ya verás qué bien duermes cuando arreglemos este asunto.

—Supongo que sí.

—¿Qué me dices, Jimmy?

Vanning estrujó el cigarrillo, contempló cómo el extremo encendido se separaba del tabaco restante, contempló las briznas de tabaco que caían del envoltorio de papel. La emoción se convirtió en una cosa desconocida, reemplazada ahora por la curiosidad. Quería que John siguiera hablando. Quería una explicación de los acontecimientos de Denver, de aquella peculiar combinación de revólver y cartera y habitación vacía. Pero no podía pedirla. Si preguntaba, y si John le daba una respuesta, quedaría extrañamente obligado con John, y no podía permitírselo. No tenía nada que ofrecer a cambio.

—Lo estoy pensando —respondió.

—Excelente —dijo John, y había un ligero matiz de desesperación en su voz—. Sigue pensándolo. No te preocupes por eso. Piénsalo bien. Ya nos ingeniaremos algo.

Intercambiaron sonrisas, y John siguió hablando del yate. Empezó a hablar de embarcaciones en general. Parecía conocer el tema. Siguieron un rato con las embarcaciones, hasta que poco a poco regresaron al asunto.

—Es curioso —comentó John— cómo hemos dado contigo esta noche.

—Curioso e inteligente.

—¿Por qué inteligente?

—La chica —explicó Vanning.

—¿Qué chica?

—Vamos, hombre —dijo Vanning, y su corazón trepó a lo alto de un trampolín y esperó allí.

—¡Ah! —exclamó John—. Te refieres a esa chica. La chica del restaurante. No me fijé mucho en ella. ¿Qué pasa con la chica?

—Ésa es la cuestión —respondió Vanning—. ¿Qué pasa con ella?

—Tú deberías saberlo.

—Lo único que sé es que no habría podido trabajar mejor. No soy el hombre más listo del mundo, ni mucho menos, pero tampoco es normal que me engañen de esta manera.

John se echó a reír.

—Estás muy equivocado —le contradijo—. Esa chica no trabaja para nosotros. No la habíamos visto nunca.

—No sé por qué pretendes hacerla quedar bien.

—Puede que quieras verla de nuevo. Quizá te gusta.

—Estoy loco por ella —afirmó Vanning—. ¿Y por qué no? Fíjate en todo lo que ha hecho por mí. Debería comprarle un ramo de orquídeas.

—Lo dices como si verdaderamente te importara.

—Me importa porque es una de esas cosas que hacen que un hombre desee darse de patadas a sí mismo. Ya estuvo mal que le dirigiera la palabra, para empezar. Pero lo que más me duele es haberle permitido llevarme a un callejón con un solo farol y mortecino.

—Quizá todo haya sido para bien —observó John—. Ahora podremos arreglar este asunto y la vida volverá a ser bella.

—Y agradable. No olvides lo de agradable.

—Bella y agradable —asintió John, y sonrió, y de pronto dejó de sonreír.

Porque Vanning estaba demasiado cerca de él, y Vanning estaba moviéndose, la mano de Vanning se movía, tendiéndose hacia el revólver, apartándose ligeramente del revólver cuando éste empezó a desviarse, cerrándose en torno a la muñeca de John. Y Vanning retorció la muñeca de John, la retorció con fuerza, y el revólver escapó de la mano de John mientras Vanning seguía retorciendo. Luego, Vanning lanzó un breve derechazo que alcanzó a John en un lado de la cabeza. Cuando John trató de enderezarse, Vanning le golpeó de nuevo, y una vez más, y John se desplomó, chocó con el borde de la cama plegable e intentó ponerse de nuevo en pie.

Vanning dejó que se incorporase a medias, dejó que comenzara a abrir la boca. Entonces Vanning echó su mano derecha hacia atrás, apretó fuertemente el puño, lo lanzó en línea recta, directo, limpio, explosivo. Los ojos de John se cerraron y John se aflojó, cayó al suelo, rodó sobre él y se quedó inmóvil.

Vanning se dirigió a la ventana y miró al exterior. Un poco más abajo había una cornisa. Salió por la ventana y se situó sobre la cornisa, miró hacia abajo, vio otro reborde y descendió hasta él mientras observaba cómo estaba situado el techo del porche. Seguía descendiendo. Suspendido de las puntas de sus dedos, logró llegar hasta un punto razonablemente próximo al techo del porche, y entonces se soltó. No hizo mucho ruido al caer sobre el techo del porche, pero a él le pareció un trueno. Esperó allí, y el eco del trueno se desvaneció y no se oyeron más ruidos. Saltó desde el techo del porche y comenzó a preguntarse si habrían dejado puestas las llaves en el sedán verde.

OceanofPDF.com

6

Había otro transbordador, mucho mayor que el primero. Y la ola gigante se aproximaba de nuevo. Fraser abrió los ojos, giró la cabeza y vio un rayo gris lavanda que se filtraba por entre las persianas. Rodó hasta el borde de la cama y se puso en pie, e inmediatamente su esposa se despertó y se incorporó.

—Voy a vestirme —anunció Fraser.

—¿Tan temprano?

—No habría debido dejarlo solo ayer por la noche.

—Vuelve a la cama.

—No —contestó—. He de asegurarme. —Se dirigió a la cómoda. Abrió un cajón y extrajo un estuche de cuero marrón unido a una larga correa. Se vistió rápidamente, se colgó del hombro el estuche y cobró todo el aspecto de encaminarse a las carreras de Jamaica.

—¿Desayuno?

—No, no tengo tiempo.

—¿Un vaso de zumo de naranja?

—No. Gracias, cariño, pero he de salir a paso ligero.

—Llámame —le pidió ella—. Quiero saber qué ocurre.

Él asintió y salió a toda prisa de la habitación. En el ascensor se sintió impaciente, y más impaciente todavía en la calle, que estaba bastante vacía, sobre todo de taxis. Tuvo que recorrer una manzana antes de dar con uno.

El taxi le llevó hasta Greenwich Village y se detuvo a media manzana de distancia del lugar adonde quería ir. Cubrió a buen paso el resto del camino, entró en un edificio situado enfrente del que ocupaba Vanning y subió a la habitación que había alquilado con el propósito de vigilarlo. Abrió el estuche de cuero y extrajo unos gemelos.

Delante de la ventana, se llevó los gemelos a los ojos y los enfocó en el cuarto de Vanning. Vio la habitación vacía y una cama en la que no había dormido nadie. Se quedó allí, de pie ante la ventana, con los gemelos frente a sus ojos, y la habitación vacía le devolvió la mirada.

Guardó los gemelos en su funda. Eran excelentes. Habían costado una buena cantidad, y de no haber sido tan caros los habría dejado en aquella habitación, pero la casa no era muy recomendable y algunos de los

inquilinos tenían la costumbre de visitar las habitaciones ajenas valiéndose de una ganzúa. Sin embargo, había dejado de importarle que le robaran los prismáticos. Depositó el estuche sobre una mesa y salió de la habitación.

Tenía que llamar a alguien, y Fraser decidió ponerse en contacto con el cuartel general. Abajo había un teléfono público. Insertó una moneda, movió su mano hacia el disco y descubrió que no estaba telefoneando al cuartel general, sino a su esposa. Seguramente aguardaba sentada junto al aparato, esperando la llamada, porque contestó al instante.

—Se ha ido —dijo Fraser.

—¿Estás seguro?

—¡Te digo que se ha ido!

—Por favor, no te excites.

—Lo he echado todo a perder.

—Por favor…

—Me sentía muy seguro de mí mismo. Cuando hablé con él, ayer por la noche, hubiera jurado que volvería a su habitación para meterse en la cama. Estuvo trabajando en el tablero de dibujo. Hoy tenía una cita con un director artístico. Lo comprobé todo. Estaba segurísimo, tengo un talento especial para eso, siempre sé lo que me hago, soy magnífico…

—No sigas, por favor.

—Voy a dimitir…

—Basta. Ven a casa…

—No —replicó Fraser—. Tengo ganas de dar un paseo. Hay una escuela primaria por aquí cerca. Creo que me matricularé en el jardín de infancia.

—Quédate ahí. Es posible que vuelva.

—No. Se ha ido.

—Te digo que te quedes.

—¿Todavía te gusto?

—Sí.

—¿Te gusto? —insistió—. ¿De verdad?

—Sí, cariño.

—No creo que tenga mucho para gustarte. No debería mezclarte en mis problemas.

—Si no lo hicieras, no me gustarías. Pero ¿quieres gustarme mucho, mucho?

—Sí —respondió Fraser—. Quiero gustarte mucho, mucho.

—Entonces quédate ahí.

—No volverá.

—Puede que sí. Por favor, quédate.

—¿Para qué?

—Hay una posibilidad…

—No lo creo. Creo que lo han encontrado.

—¿Quiénes?

—Los otros hombres. Es la primera vez que no vuelve a dormir a su habitación. ¿Qué otro tipo de empleo crees que podría buscar?

—Estoy a punto de enfadarme contigo.

—Me parece que iré al cuartel general.

—No quiero que lo hagas.

—Tengo que ir. Debo decírselo. En seguida. Y acabar de una vez con todo este maldito asunto. Voy al cuartel…

—No…

—Hasta luego…

—He dicho que no. No cuelgues…

—¿Por qué?

—Quiero hablar contigo.

—¿De qué?

—De nosotros.

—¿Tú y yo?

—Y los niños —añadió ella.

—Muy bien, habla. Te escucho.

—Tengo fe en ti. Eres el mejor hombre que jamás he conocido. A veces, me dan ganas de parar a los desconocidos por la calle para hablarles de mi marido. Y los niños están orgullosos de ti. Y yo estoy orgullosa…

—Tendrías que verme ahora.

—¿Significa algo para ti que te diga que tengo fe?

—Hace que me sienta peor —contestó.

Habló en voz muy baja. Había llevado una vida bastante tranquila, teniendo en cuenta su profesión, y aparte la excitación técnica y las distintas vicisitudes, no había sufrido más desilusiones y reveses que cualquier otro hombre. Pudo superarlo todo sin excesivo pesar ni disgusto hacia sí mismo, pero en aquellos momentos se sentía sumamente abatido y estaba muy próximo a odiarse él mismo. No por lo que había hecho, sino por la relación entre la ruina de su carrera y el futuro de su esposa y de sus hijos. Tenía la sensación de que había puesto a su familia en una situación muy insegura.

Y no porque fueran a echarle a la calle. No lo echarían a la calle. Llevaba demasiado tiempo en el trabajo. Su historial era excelente.

Eso era. Su historial era demasiado excelente. Le darían unas palmaditas en la espalda y le dirían que se olvidara de aquel caso. Le dirían que se tomara una semana de vacaciones, que volviera al trabajo descansado. Pero volvería con la inflexible y helada convicción de que había comenzado su decadencia. Y, en realidad, ya había comenzado. A partir del instante en que informara al cuartel general de aquel asunto, comenzaría a descender a gran velocidad, sin que hubiera ningún apoyo ni elevación a la vista. Y eso era lo que debía hacer: informar del asunto, y rápidamente.

—Tengo que colgar. Voy al cuartel.

—Haz una cosa por mí, por favor. —Había desesperación en su voz, como si hubiera podido verle el interior de la mente—. Quédate ahí una hora más. ¿No puedes esperar una hora?

—Va contra las normas. Estas cosas hay que advertirlas al momento.

—Te pido que corras el riesgo.

—Es un riesgo elevado —replicó.

Y lo decía en serio. A pesar de su historial, a pesar de todos los años que llevaba en el puesto, no podía ignorar los procedimientos de rutina sin arriesgarse a ser despedido. Aunque le apreciaban, solían tomarse muy en serio aquel tipo de cosas. Quizá sí que lo echaran a la calle, después de todo, para dar ejemplo.

—Ya sé que es un elevado riesgo —admitió ella—. Pero aun así, hazlo. Hazlo por mí.

Fraser se mordió el interior del labio.

—¿Una hora?

—Nada más una hora.

Había una extraña certidumbre en la voz de su mujer. A pesar de todo, tuvo que sonreír. Fue una sonrisa tensa, cansada.

—Estás queriendo hacerme creer algo —respondió—. Quieres que crea que eres clarividente.

—Prométeme que te quedarás ahí una hora.

Esperó unos largos instantes, y luego contestó:

—De acuerdo.

—¿Lo prometes? ¿En serio?

—Sí.

Y dejó el auricular en su soporte. Volvió a subir por la polvorienta escalera, entró en la habitación, tomó los gemelos y se dirigió a la ventana.

OceanofPDF.com

7

Había un gris mañanero en el cielo cuando el sedán cruzó el puente de Brooklyn. Y había algo de azul pálido en el cielo cuando Vanning aparcó el automóvil en una callejuela cerca de la calle Canal. Utilizó el metro para regresar al Village, y al entrar en su habitación lo primero que hizo fue comenzar a preparar las maletas. Al cabo de unos minutos, sin embargo, cambió de idea y se sentó en una silla junto a la ventana y fumó cigarrillos mientras reflexionaba sobre diversos aspectos. Estaba seguro de que ignoraban su dirección. Se dijo que no debería estar demasiado seguro de nada. Lo lógico, en aquellos momentos, era hacer algo sencillo, algo fácil. Y lo más fácil que se le ocurrió fue dormir.

Durmió hasta entrada la tarde, se duchó, se afeitó y, tras una inspección en el espejo, llegó a la conclusión de que presentaba un aspecto demasiado vapuleado para acudir a la agencia de publicidad en la que debía entregar sus ilustraciones. Después del desayuno, usó el teléfono del restaurante y le dijo al director artístico de la agencia que le dolía el estómago. El director artístico le citó para el día siguiente, bromeó con él acerca de los efectos del alcohol y le indicó que la leche era la mejor medicina para un estómago delicado. Vanning le dio las gracias y colgó el teléfono. Luego tomó el metro en dirección a la parte alta de la ciudad. No sabía adonde se encaminaba. Quería alejarse del Village. Quería pensar.

El deseo de abandonar la ciudad, de ponerse a viajar y seguir viajando, no dejaba de acosarle. Pero no se trataba de viajar, sino de huir. Y el deseo se veía refrenado por el conocimiento de que la huida era una reacción sin un motivo razonable. La retirada no era más que otra forma de esperar. Y estaba harto de esperar. Tenía que hacer algo concreto, y la única manera de hacer algo consistía en actuar a la ofensiva.

Era parte de una muchedumbre en la avenida Madison, a la altura de las calles Setenta, y nadaba en planes y proyectos, descartándolos uno tras otro. Los proyectos se alejaban, indiferentes, a medida que él los desechaba. Se detuvo en un *drugstore y* pidió un helado de naranja. Sentado frente a la copa, tomó una cuchara, se dio unos golpecitos con ella sobre la palma de la mano y se propuso empezar desde el comienzo, tomando los fragmentos de uno en uno para ver si podía construir algo con ellos.

No había muchos fragmentos. Estaba John. Estaba Pete y estaba Sam. Estaba el sedán verde. Estaba la casa en las afueras de Brooklyn. Nada de eso le servía de mucho. Estaba el hombre que había muerto en Denver. Y eso no era bueno. Estaba la propia Denver. Estaba la policía de Denver. La policía.

Una voz le interrogó:

—¿Quiere comerse ese helado de naranja o piensa bebérselo?

Vanning alzó la mirada y vio el rostro desprovisto de expresión de un dependiente del *drugstore,* que le aclaró:

—Está derritiéndose.

—Derritiéndose —repitió Vanning.

—Pues claro. ¿No lo ve?

—Dígame una cosa.

—Lo que quiera. Soy un prodigio.

—Estoy seguro de que lo es. Estoy seguro de que sabe todo lo que se puede saber acerca de los helados de naranja.

—Y también acerca de la gente.

—Sigamos con el helado de naranja.

—Como usted diga. En este mercado ya no domina la oferta. Ahora hay que complacer al cliente.

—No es difícil complacerme —dijo Vanning—. Sólo siento un poco de curiosidad por este helado de naranja.

—Le aseguro que no encontrará mosquitos en él. Le echamos insecticida todos los días.

—Me refiero al modo en que se derrite.

—En invierno no se derrite, caballero. Pero estamos en verano. En verano hace calor. Por eso se derrite el helado. ¿Correcto?

—Correcto, para empezar. Pero sigamos a partir de aquí.

—Lo que usted diga. Tan pronto como haya preparado un blanco y negro para la Miss América que está esperando.

Vanning aguardó. Hundió la cucharilla en la blanda bola de color naranja claro y la dejó allí. El dependiente regresó y le preguntó:

—¿Por dónde íbamos?

—El helado de naranja. Fíjese, ya casi se ha derretido del todo.

—Así son las cosas. La vida es dura.

—Pero suponga que usamos el cerebro. Suponga que lo congelamos de nuevo. Quiero decir que una cosa tal vez parezca estropeada, pero si le

damos un tratamiento adecuado podemos devolverle la normalidad y conseguir que resulte útil.

—Eso es lo que yo siempre he dicho —asintió el dependiente—. Nunca hay que darse por vencido. Algún día seré el dueño de Manhattan. Fíjese en mi carrera.

—Bien por usted —aprobó Vanning. Recogió la cuenta, dejó una moneda de cincuenta centavos en el mostrador y se dirigió a las cabinas telefónicas. Sentía un zumbido en su mente, un zumbido sano. Le gustó la sensación que le producía, su sonido silencioso. Entró en una cabina, cerró la puerta, buscó monedas sueltas en su bolsillo e introdujo una en la ranura.

—¿Número, por favor?

—Quiero hablar con Denver.

—¿Dónde ha dicho, señor?

—Denver, Colorado.

—¿Qué número, señor?

—La jefatura de policía. Y no corte la comunicación, por favor. Ya le indicaré cuando haya terminado.

—Un momento, señor.

Tuvo que esperar un rato. Luego, la operadora hubo de esperar a su vez mientras Vanning salía de la cabina a buscar el cambio necesario. Ella estableció la conexión, él arrojó monedas de diez y de veinticinco centavos en el aparato y esperó.

Y finalmente la oyó decir:

—Nueva York al habla. Un momento, por favor.

—¿Sí? Dígame —respondió una voz.

Vanning se acercó el micrófono a la boca.

—¿Es la jefatura de policía de Denver?

—Exactamente. ¿Quién llama?

Vanning dio el nombre de un periódico neoyorquino.

—Sección de sucesos —añadió—. Le habla Rayburn, subjefe de redacción. Pensaba que quizá ustedes podrían ayudarme.

—Espere un minuto.

La voz fue sustituida por otra. Y luego por una tercera. Y una cuarta.

La cuarta voz dijo:

—Muy bien, ¿en qué podemos serle útiles?

—¿Con quién hablo, por favor?

—Hansen. Homicidios. ¿Cuál es su problema?

Vanning repitió la presentación en los mismos términos que a la primera vez.

—Estábamos pensando en publicar una crónica acerca de un asesinato que se cometió en Denver hace algún tiempo.

—Eso no me dice mucho.

—Hace ocho meses.

—¿Resuelto?

—No lo sabemos. Sólo nos han llegado unos rumores muy someros.

—¿Conoce algún nombre?

—No —respondió Vanning—. Por eso les he llamado. No tenemos nada en los archivos, pero, a juzgar por lo poco que hemos podido averiguar, creemos que se trata de uno de esos casos sensacionales.

—¿No puede decirme nada más?

Vanning fijó la vista en la pared, más allá del teléfono, y pensó que era el momento de colgar. Estaba cometiendo una locura. Era un riesgo excesivo. Si permanecía demasiado tiempo al aparato, si cometía algún desliz, localizarían la llamada. Quizá ya estuvieran haciéndolo. No lograba entender por qué no interrumpía la conversación. Por un momento deseó que localizaran la llamada, que lo detuvieran, que terminara el asunto de una vez por todas, de la manera que fuese. Al momento siguiente, quiso colgar el auricular, salir del *drugstore y* alejarse del barrio. Pero algo le mantenía pegado al teléfono. No sabía qué era. Su mente estaba repleta de una multitud de malabaristas que dejaban caer sus pelotas por todos los rincones.

—Sabemos que la víctima fue un hombre —explicó al fin—. El asesino fue identificado, pero logró escapar.

—Espere un minuto. Voy a consultar los archivos.

Vanning encendió un cigarrillo. El teléfono en silencio era como un océano sin olas. Echó el humo sobre el micrófono y contempló cómo se dispersaba. Transcurrió el minuto. Transcurrió otro minuto. Y un tercero. Y un cuarto. La operadora le habló durante unos segundos, y Vanning le dijo que esperase al final de la conversación y le indicara entonces cuánto debía a la compañía telefónica. Luego el teléfono volvió a quedar mudo. Y transcurrió otro minuto.

Y entonces oyó de nuevo la voz de Denver, diciéndole:

—Puede que sea esto. ¿Sigue ahí?

—Le escucho.

—Hace ocho meses. Un hombre llamado Harrison. Lo mataron a tiros a unas cuantas manzanas de distancia del hotel Harían. El sospechoso es un tal James Vanning. Todavía anda suelto.

—¡Eso es!

—¿Y qué quiere?

—¿Puede facilitarme alguna información?

—Nada que sirva para redactar un artículo. Claro que yo no soy periodista.

—Cualquier información.

—Escuche: si le parece que el caso es importante, ¿por qué no nos manda a alguien?

—Lo haremos si creemos que la historia es aprovechable.

—Lo dudo, pero es usted quien paga la llamada. ¿Quiere anotarlo?

—Estoy listo. Adelante.

—Harrison, Fred. Detenido en seis ocasiones. Cumplió condena por robo. Detenido en 1936 bajo acusación de asesinato, pero el caso fue sobreseído por falta de pruebas. Cuando cayó asesinado estaba en libertad condicional. A partir de ahí, estamos a oscuras. Motivo ignorado. Ni rastro del sospechoso.

—¿Están seguros del sospechoso?

—Absolutamente. Encontramos sus huellas en la pistola. El coche de Vanning estaba aparcado junto al hotel Harían. Vanning se había inscrito en el Harlan bajo el nombre de Dilks, junto con otros dos hombres.

—¿Sus nombres?

—Smith y Jones. Ya ve usted con qué hemos de trabajar.

—¿Saben algo más de Vanning?

—Fue visto con Harrison en el vestíbulo del hotel, unos diez minutos antes del asesinato. Alguien recuerda que salieron juntos del hotel. Ya no volvió a ser visto.

—Mire qué más se sabe de él —le pidió Vanning—. No puedo prometerle nada, pero es posible que saquemos a la luz algunos datos que quizá le sean útiles. Dígame algo más de ese hombre.

—No hay mucho que decir. A primera vista, parece el trabajo de un asesino profesional. Pero este Vanning nos tiene intrigados. Carece totalmente de antecedentes. Trabajó como ilustrador publicitario en Chicago. Sirvió en la Marina con el grado de teniente, oficial de control de

daños en un buque de guerra. Condecorado con la Estrella de Plata. Una hoja de servicios excelente. Ninguna relación anterior con la víctima. Es un caso sin pies ni cabeza. Sabemos que fue él quien lo hizo, y eso es todo. ¿Ha dicho que tiene algunos datos nuevos?

—Es posible que tenga algo para usted. Cuestión de unos días. Todavía no estamos seguros, pero hay una relación que parece interesante.

—¿Por qué no me lo dice ahora?

—No quiero quedar como un tonto. Después de todo, tal vez no signifique nada. No quiero perder mi empleo. Sólo soy el subjefe, recuerde. Hay un jefe por encima de mí.

—Déjeme hablar con el jefe. Esperaré al aparato.

—Un momento —contestó Vanning—. A ver qué puedo hacer. —Apartó la cara del auricular y gritó al vacío—: Johnny, ¿está el jefe por ahí? —Dejó pasar un tiempo. Luego se llevó otra vez el micrófono ante la boca—. Espere un momento. No cuelgue.

—Estoy esperando.

Vanning encendió otro cigarrillo, aspiró el humo a bocanadas cortas y rápidas y cerró los ojos. Profundas arrugas de intensa concentración le surcaban la frente. De pronto, hizo chasquear los dedos. La idea era brillante y no le veía ningún fallo. Extrajo de un tirón el pañuelo que le asomaba del bolsillo del pecho, lo colocó sobre el micrófono y, adoptando un tono de voz agudo y nasal, empezó:

—Al habla Callahan. Redactor jefe de la sección de sucesos.

—Aquí Hansen, del departamento de homicidios de la policía de Denver.

—¿Qué le ha contado Rayburn?

—Nada. Sólo ha preguntado. Pero ha dado a entender que podían ustedes decirme algo. Ha dicho que él no tenía suficiente autoridad; por eso he pedido hablar con usted.

—Si Rayburn fuera un buen periodista no me haría perder el tiempo de esta forma. No sé por qué siempre he de cuidarme yo de todo.

—Oiga, Callahan, ese problema queda entre usted y Rayburn. Yo soy policía. Estamos tratando de capturar a un asesino, y usted trata de conseguir un reportaje. Si podemos ayudarnos mutuamente, muy bien. Pero lo que no voy a hacer es servirle toda mi información desde aquí mientras usted se queda sentado en Nueva York y se reserva la suya. Si tiene algo

que le parece útil para nosotros suéltelo. Si no, deje de malgastar su tiempo y el mío.

—Supongo que tiene usted razón.

—Supongo que sí.

—De acuerdo —accedió Vanning—. Se lo diré, pero quiero que entienda que no hay nada concreto. Es una simple información que nos llegó casi diría que por casualidad. Un tipo nos llamó y nos contó una historia acerca de un atraco a un banco de Seattle. Hace cosa de ocho o nueve meses, según dijo. Un golpe serio, trescientos mil dólares. Al parecer, este atraco estaba relacionado con un asesinato en Denver. Hemos llamado a Seattle, y nos han dicho que siguieron el rastro de los atracadores hasta Colorado.

—Muy interesante.

—¿Le resulta nuevo?

—Completamente nuevo. Dígame una cosa: ¿Cuántos hombres intervinieron en el golpe de Seattle?

—Tres —respondió Vanning, y al instante trató de retener la palabra antes de que llegara al teléfono, pero ya la había pronunciado, ya había llegado a Denver.

—Tres hombres. Es decir, Dilks, Smith y Jones. Eso incluye a Vanning en el atraco. Voy a comprobarlo con Seattle. Creo que nos ha dado usted algo utilizable. ¿Querrá esperar un momento al teléfono, por favor?

—No tarde mucho —rezongó Vanning.

Inspiró profundamente y vació los pulmones soplando hacia el pañuelo extendido sobre el micrófono. Se preguntó cuánto tiempo llevaría encerrado en aquella cabina. Tenía la sensación de haber estado allí un día entero y de haber cometido un error detrás de otro. Había que recordar demasiadas cosas, y ya había olvidado una de las más importantes: la cuestión referente a Sam, el hecho de que Sam no había estado presente en Denver. Entonces Sam estaba en Leadville, al cuidado de aquel médico. Tres hombres en el atraco de Seattle. Tres hombres en el asunto de Denver. Le dieron ganas de golpearse en la boca. Pero ya estaba hecho. Ya se había implicado en Seattle, además de Denver, asignándose el lugar de Sam en el atraco. Aunque sólo era un suplente, se había convertido en el protagonista. Él era la estrella, la principal atracción; era el chivo expiatorio, el ignorante que se merecía todos los golpes de mala suerte que estaba recibiendo. La llamada telefónica no era más que otro grave error en una larga cadena de graves errores. Se engañaba a sí mismo, como lo había estado haciendo desde el

principio. Él no era un delincuente, ni siquiera un delincuente aficionado. Él era un ilustrador publicitario, un adulto, un ciudadano corriente que creía en la ley y el orden, un hombre para quien toda emoción excesiva era neurótica y antinatural. Su lugar no estaba en aquella confusión, en aquel círculo que giraba y giraba demasiado velozmente.

La voz de Denver sonó de nuevo en sus oídos.

—¿Callahan?

—Sigo aquí.

—Estamos comprobando con Seattle. ¿Puede esperar?

—Esperaré.

—Bien. No tardaremos.

Vanning se puso otro cigarrillo en la boca, pero no tuvo ganas de encenderlo. Alzó la mano hasta sus ojos y se preguntó por qué no le temblaban los dedos. Quizá ya había llegado demasiado lejos para eso. Quizá la ausencia de temblor era una mala señal, en realidad. Permaneció sentado en la cabina, la cabeza gacha, lleno de compasión hacia sí mismo, lleno de compasión hacia todos los pobres diablos que alguna vez se hubieran visto mezclados en un asunto como el suyo. Y luego, alzando lentamente la cabeza, empezó a sonreír. La situación era tan desgraciada que casi resultaba cómica. Si la gente pudiera verle en aquellos momentos, sin duda sus reacciones serían muy diversas. Algunos se compadecerían de él. Otros sonreirían, como él lo estaba haciendo. Tal vez otros se reirían de él, igual que se reirían de Charlie Chaplin sumergido en agua caliente en algún lugar del Klondike.

Suspiró. Pensó en los otros hombres, miles de ellos, centenares de miles, que trabajaban en fábricas, en oficinas; que tomarían una cena casera; que se acomodarían en el salón con sus esposas y sus hijos para escuchar a Bob Hope; que se irían a dormir a una hora razonable y dormirían verdaderamente, sin esperar del futuro más que otro día de trabajo y otra velada hogareña con su familia. Esto era lo único que podían esperar, y Vanning se dijo que de buena gana daría el brazo derecho por ser uno de aquellos hombres.

—¿Callahan?

—¿Sí?

—No se retire. Estoy con usted en un instante. Seguimos hablando con Seattle por el otro teléfono.

—Dése prisa, ¿quiere?

—Al momento vuelvo con usted.

Vanning encendió una cerilla y la aplicó al cigarrillo que esperaba en su boca. Aspiró una bocanada de humo, la exhaló, volvió la cabeza y vio a una muchacha que aguardaba junto a la cabina. Parecía harta de esperar y su postura era típica: la mano en la cadera, la cabeza ladeada, los labios apretados en una expresión sarcástica, como diciendo: «Sí, hombre, tómate todo el día; no vale la pena pensar en los demás». Él sonrió con aire de culpabilidad, y la expresión de la joven cambió y le lanzó una mirada feroz. Enfadada, ganaba en atractivo. Una chica guapa y de aspecto altivo; guapa, esbelta, al estilo de las que abundan en la avenida Madison. Se acercaba la hora del cóctel y sin duda quería confirmar su cita en Theodore's o en el Drake, y era un escándalo que él la hiciera perder el tiempo de aquella manera. Algo verdaderamente injusto. Lo único que ella quería era confirmar una cita, y lo único que él quería era seguir con vida. La expresión de la chica había vuelto a cambiar y parecía muy preocupada por no poder utilizar el teléfono. Él se sintió un poco disgustado consigo mismo, porque la mueca de preocupación de aquella joven le producía una curiosa satisfacción. Por lo menos no era el único individuo preocupado en todo el mundo.

La chica se agitó y emitió un suspiro de exasperación.

Vanning abrió la puerta de la cabina, se asomó al exterior y explicó:

—Estoy llamando a Denver.

—¡Qué maravilla!

—Siento muchísimo que la cosa vaya tan lenta.

—Los dos lo sentimos.

—Quizá en una de las otras cabinas…

—No, querido. Todo el mundo está llamando a Denver.

—Procuraré terminar rápidamente.

—Hágalo, por favor. Quiero anular la cita antes de que él se presente allí.

—Pensé que iba a confirmar la cita —comentó Vanning.

—Quiero anularla. Espero que no le importe.

—Depende. A lo mejor es un chico simpático.

—Es muy aburrido —dijo la joven—. Quiere casarse. ¿Qué hace con ese pañuelo en el teléfono?

—Estoy resfriado y no quiero contagiar a nadie.

Denver habló de nuevo. Vanning cerró la puerta y devolvió su atención al aparato.

—Creo que ha descubierto algo, Callahan —dijo la voz—. En Seattle están excitadísimos. Dicen que el atraco en cuestión fue obra de tres hombres. Escaparon en un automóvil. Dos actuaron en el banco y otro esperaba en el coche. Uno de ellos era corpulento, muy fornido de pecho y hombros. Llevaba un sombrero de fieltro y una chaqueta de solapas anchas, con el cuello subido. Probablemente, ese era Vanning, alias Dilks. Ahora vamos a comprobar en qué fecha se licenció de la Marina. Por el momento, suponemos que Harrison era el contacto que los esperaba en Denver. Seguramente hubo alguna desavenencia en el reparto y Vanning sacó la pistola, y eso es todo lo que podemos decir hasta ahora. En cuanto al tipo que les contó esta historia, si vuelve a llamar intente concertar una cita con él. Procure que no desaparezca, si puede. Y, oiga, si se entera de algo nuevo, llámenos. ¿Lo hará?

—Puede estar seguro.

—Y gracias por el informe.

—Gracias a usted —contestó Vanning—. Creo que tendremos un reportaje sensacional.

—Ya lo creo. Bueno, hasta otra.

Y en Denver colgaron el teléfono. La operadora le pidió más dinero, y Vanning lo pagó. Devolvió el pañuelo al bolsillo y salió de la cabina, mientras la joven entraba rápida para ocupar su lugar. Cruzó el *drugstore* y compuso sus labios para silbar una melodía, pero no logró que la melodía saliera.

Nuevamente en la avenida Madison, detuvo un taxi, entró en él y se acomodó sobre la tapicería de un material semejante al cuero. El taxi arrancó en dirección sur.

—¿Adónde vamos?

—Quinta avenida esquina con la calle Ocho.

—¿Tiene prisa?

—No —contestó Vanning—. ¿Por qué?

—Sólo por saberlo.

Vanning cerró los ojos, se recostó en el asiento y permaneció así varios segundos. Luego abrió lentamente los ojos y se fijó en la cabeza del taxista. Ante el parabrisas había un considerable tráfico, pero Vanning no lo veía. Estaba estudiando la cabeza del taxista, que llevaba una gorra de paño y se

había sometido recientemente a un corte de pelo. O bien el peluquero era nuevo en el oficio, o no se interesaba en su trabajo: era un corte de pelo horrible.

El taxi tomó una curva, tomó otra y salió a la Quinta avenida.

El corte de pelo era horrible porque se había llevado demasiado cabello del cráneo del taxista y, en lugar de pasar gradualmente de la cabellera al cuello afeitado, quedaba un salto brusco entre el pelo negro y la carne blanca, lo cual daba al taxista un aire ligeramente extraño. Otra cosa era el modo en que se sentaba ante el volante: iba inclinado hacia un lado y parecía no fijarse en los vehículos que tenía enfrente. En cambio, parecía prestar bastante atención al espejo retrovisor.

—¿Quién le ha cortado el pelo? —quiso saber Vanning.

—¿Qué importancia tiene?

—Mucha.

—A mí me da igual —dijo el taxista—. ¿Quién me ve?

—¿No le importa su propio aspecto?

—Lo único que me importa es descargarme de pelo en verano. Si los hombres fuesen más racionales, se afeitarían la cabeza del todo. Es lo mejor que hay para ir fresco.

El taxi giró de nuevo. Se dirigía hacia la Sexta avenida.

—¿Por qué no seguimos por la Quinta?

—Demasiado tránsito.

—Oiga, yo soy neoyorquino —dijo Vanning—. En la Sexta hay el mismo tránsito. Los mismos semáforos.

—¿Quiere que probemos por la Octava?

—Eso se aparta de mi camino.

—Usted dijo que no tenía prisa.

Vanning se inclinó hacia delante.

—Eso dije. Precisamente por eso me pregunto la razón de que no nos quedáramos en la Quinta.

—¿Quiere que desconecte el taxímetro? No necesito el dinero. Me las arreglo bastante bien.

El taxi cruzó la Sexta avenida, cruzó Broadway y siguió hacia la Octava.

—Vaya que sí —prosiguió el taxista—. No tengo necesidad de alargar los viajes. Nunca me ha gustado hacerlo. Y tampoco me gusta que me acusen de eso. Llevo quince años conduciendo un taxi y jamás he alargado

indebidamente un viaje. Me gusta la gente que trata de explicarme cómo se ha de conducir un taxi.

—¿Qué quiere que haga? ¿Que me quede sentado y discuta con usted?

—Me gusta la gente que cree hacerme un favor subiendo a mi taxi. Tengo más dinero en el banco que la mayoría de la gente a la que transporto. Y no hace falta que me dé propina si no quiere. No pido propinas. No quiero que nadie piense que me está haciendo un favor.

—Estamos cruzando la Octava avenida —observó Vanning—. Si esto es un recorrido turístico, ¿por qué no comenzamos por la tumba de Grant?

—¿Quiere que pare el taxi? —preguntó el conductor—. Puede bajarse aquí mismo, si quiere.

—No sería mala idea.

—Pues pararemos aquí mismo —decidió el taxista.

El taxi disminuyó su velocidad y se aproximó a la acera. El conductor se volvió y observó a Vanning mientras éste miraba el taxímetro. El taxista miró más allá de Vanning. Y Vanning estaba sacando el dinero de su bolsillo cuando se fijó en el taxista, cuyos ojos no se apartaban del espejo retrovisor.

—De acuerdo —dijo Vanning—. Olvidemos las discusiones. Siga adelante.

—Quizá sea mejor que baje aquí.

—Siga adelante —insistió Vanning.

—Pues sea sincero conmigo. Si no, no puedo seguir. Ya lo sabe.

—Le he dicho que siga adelante.

El taxi se apartó de la acera y se detuvo ante un semáforo en rojo. El rojo pasó a verde. El tráfico era cada vez más fluido. Vanning cruzó los brazos y se sentó rígidamente en el borde del asiento.

—¿Bajamos por la Novena avenida? —preguntó el taxista.

—Pruebe por la Décima.

—Hay muchos camiones en la Décima.

—De acuerdo. La Novena, pues. Y vaya más deprisa.

—Oiga, señor…

—Ya me ha oído.

El taxi emprendió una carrera por la Novena avenida. Se encendió una luz roja, pero el taxi la ignoró y siguió corriendo hacia el siguiente semáforo en rojo.

—Gire —le ordenó Vanning—. Gire a la izquierda.

—No puedo. Es una calle de una sola dirección. Nos encontraremos todo el tráfico de cara.

—Gire a la izquierda —repitió Vanning.

El taxi comenzó a girar, se desvió para seguir en la Novena avenida, atravesó el siguiente semáforo en rojo y viró hacia una calle lateral. Sonó el silbato de un policía. El taxi siguió acelerando.

—Vuelva a la Quinta —dijo Vanning—. Cruce la Quinta. Vaya hacia el río. No se detenga por nada.

—Será inútil —objetó el taxista—. Estamos en el centro de Manhattan. No tenemos sitio para movernos. Antes de que se dé cuenta, habremos chocado contra algo. Es inevitable.

—No mire hacia mí. Mire al frente. No se pare.

—Si me detengo en medio de un atasco, puede usted saltar y…

—No me diga cómo he de organizarme el día —le interrumpió Vanning—. Limítese a conducir su taxi y veamos si podemos hacer algo inteligente.

—Yo ya hice algo inteligente cuando le dejé subir a mi taxi.

—Conduzca, almirante. Limítese a conducir.

Estaban cruzando la Sexta. Cruzando la Quinta. Encontraron otro semáforo en rojo. Lo ignoraron. Se abalanzaron hacia la parte posterior de un enorme camión, y el camión se detuvo, y el camión se convirtió en un muro de color verde mate enfrente de ellos.

—Por la acera —ordenó Vanning.

Dos ruedas del taxi treparon a la acera y se mantuvieron sobre ella mientras el taxi buscaba una salida. Un hombre apareció ante el taxi, los ojos del hombre se abrieron al máximo y saltó hacia la pared de un edificio. El taxi regresó a la calzada y siguió a toda velocidad atravesando la luz roja que brillaba en Madison.

—Era lo que me hacía falta —se quejó el taxista.

—No se preocupe —dijo Vanning—. Todo saldrá bien. Lo está haciendo estupendamente.

—Me alegra que piense usted así. Me hace sentir mucho mejor.

Otro camión los bloqueó en la avenida Lexington. El taxista hizo girar el volante, pasaron por entre dos automóviles, los dos automóviles se aproximaron y se oyó el ruido de una colisión. El taxi de Vanning prosiguió su carrera, y en la distancia resonó el silbato de un policía. Y otro silbato.

—¿Ha oído eso? —preguntó el taxista.

—Lo he oído.

—¿Sabe que representa la ley?

—Por eso me suena tan bien.

—No me ha comprendido, señor. He dicho la ley. Estoy haciendo todo lo que puedo, pero nos encontramos en una ciudad muy poblada, y hay demasiada ley y poco espacio. Terminarán deteniendo este taxi.

—Y el coche que nos sigue.

—¿Sabe quién viene detrás de nosotros?

—Desde luego —contestó Vanning—. Un sedán verde, ¿no?

—Se equivoca —dijo el taxista—. Eche una mirada. Véalo usted mismo.

Vanning se quedó mirando el impresentable corte de pelo del taxista. Luego, muy lentamente, se volvió, atisbo por la ventanilla posterior, y vio otro taxi. Estaba a cierta distancia de ellos, y había algunos coches entre los dos, pero iba abriéndose paso. Se acercaba.

—¿El taxi? —preguntó Vanning.

—Pues claro que es el taxi. Pensaba que lo sabía usted desde el primer momento.

—¿Cuándo fue el primer momento?

—Cuando subió a mi taxi. Cuando nos pusimos en marcha, en Madison. Entonces vi que se lanzaba de cabeza a ese otro taxi. Por eso se me ocurrió dar un rodeo. Estaba tratando de ayudarle.

Vanning se golpeó la palma con un puño cerrado.

—¡Es John! —exclamó—. Tiene que ser John. Tiene que acabar aquí. Tienen que detenerme, y tienen que detener a John. Esto es el final. Es la única forma en que podía acabar. —Se daba cuenta de que estaba poniéndose histérico, pero no podía evitarlo. Su voz sonó extraña cuando preguntó—: ¿Me oye?

—Le oigo, señor, pero no sé de qué está usted hablando.

—Estoy hablando de un atracador de bancos llamado John.

—¿En el otro taxi?

—Correcto.

—Falso —replicó el taxista—. El tipo del otro taxi no es ningún atracador. Sé muy bien lo que es.

—¿Qué es?

—Policía.

Al principio, no logró hacerlo encajar. Era demasiado remoto. Demasiado elevado o demasiado profundo, y Vanning tuvo que cerrar los

ojos y frotarse los párpados con sus palmas. Luego regresó con la imaginación a la cabina telefónica del *drugstore y* se esforzó en recordar cuánto tiempo se había pasado al teléfono, hablando con Denver. Calculó cuánto tardada Denver en rastrear la llamada y en llamar a la policía de Manhattan, y cuánto tardarían los de Manhattan en mandar un hombre al *drugstore*. Vanning lo calculó en minutos y sacudió la cabeza de modo convulsivo, tratando de olvidar que se encontraba en un taxi lanzado a toda velocidad. Y entonces todos los detalles encajaron, produciendo un ruido tremendo en su cabeza. Y fue demasiado para él.

—Lléveme al río —pidió—. Da igual que me tire al agua.

—No se vuelva loco en mi taxi —contestó el taxista—. Después de cruzar la Segunda avenida me desviaré por una travesía y podrá bajar sin que nadie lo vea. Llevamos una buena delantera.

—¿Cómo sabe que es un policía?

—Lo he visto antes.

—¿Está seguro?

—Le digo que es un policía de paisano. Le he visto trabajar. Lo que tendría yo que hacer es cuidarme de mis propios asuntos. Pero usted me pareció decente. Me pareció un tipo que merecía una oportunidad.

—¿Dónde está esa travesía?

—No muy lejos. A partir de ahora —añadió—, cuando quiera emociones iré al cine.

—Siga —dijo Vanning—. Soy inocente. Créame…

Acelerando para cruzar la Segunda avenida, el taxi casi chocó con otro camión, pero viró, pasó ante el camión y ante un vehículo destartalado y luego giró por una calle amplia. En un lado había una verja que seguía a lo largo de toda la calle, y más allá de la verja se alzaba una sombría pared sin ventanas. Al otro lado había un almacén, y Vanning vio ventanas y algunas puertas abiertas.

Extrajo su cartera, dejó caer un billete de veinte dólares en el asiento delantero y el taxi se detuvo.

—Vuelva a ponerse en marcha —ordenó—. Siga por esta calle. No me importa lo que haga luego.

Tironeó de la manija de la puerta, saltó del taxi, cruzó la calle a la carrera y se lanzó por la puerta abierta más cercana. Mientras entraba en el edificio oyó aproximarse el sonido de una sirena.

El almacén era inmenso. No había mucha luz en la zona por la que Vanning avanzaba. Tenía que moverse lentamente, a causa de la penumbra. En algún lugar del piso de arriba sonaban voces de hombres. Vanning tropezó con una pila de cajas y trató de cogerlas cuando empezaron a derrumbarse.

—Otra vez Charlie Chaplin —murmuró—. Vamos, hombre. Basta de comedia.

Pero le estaba resultando difícil volver a poner las cajas en su lugar. Eran grandes y casi le habían derribado. Se dio cuenta de que estaba sonriendo abiertamente. Y cuando vio que seguía sonriendo, empezó a asustarse un poco. Sonreír en un momento así era algo erróneo, irrazonable. Y lo irrazonable del asunto armonizaba muy bien con sus restantes actos irrazonables.

La absurda llamada telefónica a Denver. No lograba recordar el motivo exacto por el que la hizo. Quizá porque deseaba averiguar cuánto sabían, o por lanzarles un cebo con la esperanza de llegar a un acuerdo. Lo que no recordaba era qué clase de acuerdo había pensado alcanzar. Tenía que haber un punto de lógica en alguna parte, pero en aquel momento, en aquella situación en particular, veía la llamada telefónica como una grave estupidez.

Y las demás estupideces. Como dar por supuesto que el coche que andaba siguiendo al taxi era un sedán verde en el que viajaban John, Pete y Sam. Estuvo totalmente seguro de que era un sedán verde, sin acordarse de que él se había llevado el sedán verde en su escapada desde las afueras de Brooklyn. Recordaba el viaje, pero no el recorrido preciso, ni la situación siquiera aproximada de la casa en la que habían negociado con él. Y tampoco recordaba dónde aparcó el sedán verde. En algún lugar cercano a la estación de metro de la calle Canal, pero eso no le servía de mucho. Había en los alrededores demasiadas calles, demasiados callejones. Y todo aquel conjunto de errores era congruente con el primer tremendo error, el asunto de la cartera, y no le valía de nada pensar que sufría lagunas mentales. Una laguna en la memoria podía ser útil para provocar risas en el tribunal, pero resultaba muy inconveniente para cualquier otro fin.

Todo esto producía gran tristeza y revelaba decadencia de las facultades. Vanning comprendió que debía librarse de aquella propensión negativa. Si se dejaba llevar por ella, le conduciría al miedo total, y si alguna vez llegaba a ese punto, igual le daba pegarse un tiro. La derrota era un remolino, y lo único que cabía hacer era nadar para alejarse de él, seguir

nadando por poderosa que fuera la succión hacia el fondo. Aún le quedaban la vida y la salud. Su cerebro se había atascado varias veces, pero aún era un cerebro y funcionaba.

Su cerebro le decía que el superhombre no existe. Incluso Babe Ruth falló algún que otro lanzamiento, incluso Aníbal sufrió reveses militares, incluso Einstein suspendió las matemáticas en una sorprendente ocasión. Y entonces comprendió que había otra manera de ver las cosas.

La gravedad era una fuerza muy poderosa, pero alguien inventó el paracaídas. Los océanos alcanzaban profundidades abisales, pero alguien inventó un buque capaz de bajar y bajar y luego subir y llegar a la orilla. Vanning se dijo que debía inventar algo que lo sacara de la cuesta abajo y lo enviara de nuevo hacia arriba. Ya era hora. Ya había descendido bastante. Había llegado el momento de comenzar a ascender, de terminar con su estúpida sonrisa y su abandonada sumisión a todos los duendes de mirada maliciosa.

Recorrió el almacén. Había una puerta que daba al sol y al aire. Había unos cuantos hombres junto a la puerta. Algunos iban en mangas de camisa, otros vestían monos de trabajo. Un hombre fornido que llevaba una gorra y fumaba un puro manifestaba en voz alta su entusiasmo por un nuevo peso *welter* llegado de Minneapolis. Vanning avanzó hacia el grupo. Los hombres le bloqueaban la salida. Se volvieron hacia él y le miraron. Él les devolvió la mirada fijamente mientras se les acercaba. Luego miró más allá del grupo, indicándoles así que tenía la intención de salir del almacén. Los hombres siguieron bloqueando la salida. Todos le miraban.

—Me marcho —anunció Vanning.

El hombretón del puro lo apartó de sus labios manchados de tabaco.

—¿Qué estaba haciendo aquí?

—Inspector municipal —explicó Vanning.

—¿Qué inspecciona?

—Las cañerías.

—¿Y cómo están?

—Todavía corre el agua —respondió Vanning—. Con eso ya basta.

El hombretón se apartó del camino de Vanning. Y Vanning cruzó el umbral. Poniendo distancia entre el almacén y él, se dirigió hacia la Primera avenida. Anduvo a buen paso por ella, observándola y buscando un taxi. Así continuó poco menos de cinco minutos, y entonces vio un taxi. El recorrido hacia el centro fue lento. Fumó unos cuantos cigarrillos y después

dio un breve paseo a través de Washington Square. Finalmente, llegó a su apartamento.

Se quitó la chaqueta y tomó asiento junto a la ventana. Permaneció un buen rato allí, sin hacer nada. Desde las aceras del Village ascendía el calor y se abalanzaba sobre él. Se alzó de la silla, se dirigió a la cocinilla y abrió el frigorífico. Mientras se afanaba con botellas y cubitos de hielo, pensando con deleite en la bebida que iba a tomar, disfrutaba con la idea de estar haciendo algo constructivo. Combinó una tercera parte de whisky escocés con dos terceras de soda, añadió una buena cantidad de hielo, regresó con el vaso junto a la ventana, volvió a sentarse y se tomó su tiempo con la bebida.

Después de tres copas se encontraba en un estado mental bastante cómodo. Miró al exterior y vio que el firmamento estaba tomando un tono entre naranja y morado, encendiéndose en ese feroz y frenético resplandor que trata en vano de conquistar el crepúsculo. Cuando éste llegó, Vanning pensó en salir a comer algo.

Encontraba una considerable satisfacción en el hecho de saber que todavía podía salir. Esa parte de la situación era la mejor, la de que ignoraban dónde vivía. O, para expresarlo de otra manera, ignoraban dónde se escondía. Era razonable enfrentarse abiertamente a un hecho como éste, pues había una gran diferencia entre un hogar y un escondite.

OceanofPDF.com

8

Sonó el teléfono en el apartamento de Fraser. Ella corrió a responder. Y lo primero que él le dijo fue un sentido gracias, gracias por todo.

—¿Te encuentras mejor? —preguntó ella.

—Vuelvo a tenerlo.

—Lo sabía. Lo he sabido inmediatamente, en cuanto he oído tu voz.

—Quería llamarte antes…

—Por supuesto…

—Pero no he tenido ocasión. He estado con él desde que ha vuelto a casa esta mañana.

—Pareces muy excitado.

—Es normal. Ha ocurrido algo. Algo grande. Vuelve a estar en casa y yo puedo respirar. Acabo de hablar con el cuartel general. Me han dicho que llamó a Denver. Localizaron la llamada y sumaron dos y dos. Yo sabía que estaba celebrando una conferencia interurbana, pero no pude encargarme del rastreo. Había demasiadas cabinas. Era un *drugstore* muy grande en la avenida Madison. Llamó a Denver y fingió ser periodista. Les contó lo que ya sabían. Denver no logra entender qué pretendía. Y tampoco lo entienden en el cuartel. Pero creo que yo sí lo entiendo.

—¿Quieres decir que está pensando en entregarse?

—Todavía no. Imagino que su propósito era averiguar cuánto sabían.

—¿No es eso lo que haría un criminal inteligente?

—No —rechazó Fraser—. Un criminal inteligente sabría que localizarían la llamada. Todo lo que ha hecho hoy confirma mis ideas acerca de este caso. Cuando salió del *drugstore* se metió en un taxi. Le seguí. De alguna forma, advirtió que era seguido y se las arregló para despistarme.

—¿Cómo has vuelto a encontrarle?

—Regresó a su apartamento. Está ahí ahora, al otro lado de la calle. Yo vigilo la puerta principal.

—¿Se te escapó y volvió a casa?

—Exacto.

—Debe de ser estúpido.

—No es estúpido —objetó Fraser—. Es sólo que no actúa como un culpable. La llamada a Denver. Darse cuenta de que era seguido. Y, en lugar de irse de la ciudad, regresa a su apartamento. Un culpable no haría cosas como esas.

Ella suspiró ante el teléfono.

—Supongo que soy algo torpe, pero no lo comprendo. Dices que es un asesino, pero que no es culpable.

—Ya lo sé. Es un tanto confuso.

—¿Por qué crees que sigue en la ciudad?

—Tengo la impresión de que quiere encontrar a los otros.

—¿Por qué?

—No lo sé —respondió Fraser—. Estoy tratando de dar con una respuesta.

—¿Qué te han dicho en el cuartel general?

—Querían que lo detuviera. Les he pedido algo más de tiempo.

—¿Cuánto más?

—No mucho. Cuarenta y ocho horas.

—¿Tienes algún plan?

—Vagamente.

—¿Algo sobre lo que trabajar?

—Sólo Vanning. Será mejor que cuelgue ya. Estoy empezando a preocuparme de nuevo. Vanning no es suficiente. Necesito algo más. Es como esperar la lluvia en el desierto.

—Tal vez puedas volver a hablar con él.

—Si puedo encontrar una buena excusa.

—Pero sólo quedan cuarenta y ocho horas.

—No me lo recuerdes —le rogó—. Cada vez que miro el reloj me pongo malo.

—¿Hablar conmigo te hace sentir mejor?

—Mucho mejor.

—Quédate ahí y háblame.

—Muy bien, cariño.

—Dime cosas.

—¿Cosas que aún no sepas?

—Lo que tú quieras.

—¿Aunque no sea importante?

—Aunque sean tonterías.

—En el cuartel me han dicho algo curioso —comenzó—. Ni siquiera debería mencionarlo. No tengo ningún derecho a pensar en ello. No en este momento, de todas formas. Todo depende de si te encuentras en un estado de ánimo mercenario.

—Estoy en el estado de ánimo que tú estés.

—Yo no sé cómo estoy, cariño. En estos momentos, lo único que sé es que el dinero es una cuestión secundaria. Ahora desearía no haber dicho nada.

Ella se rió.

—Ya has abierto tu enorme bocaza.

—¿Cuánto tenemos en el banco?

—Mil setecientos.

—En el cuartel han recibido un cable de Seattle —explicó, sintiendo que se rebajaba al hacerlo. Pero pensaba en su esposa y en sus hijos, y en las cosas que quería ofrecerles, y por debajo de todo le impulsaba el deseo de hablar, hablar de cualquier cosa excepto de la gran preocupación que le acuciaba, y lo mismo daba hablar de eso. Por lo menos era algo práctico, una base sólida para una conversación. Y prosiguió—: Si consigo que Vanning nos diga dónde está el dinero, recibiré una recompensa de quince mil.

—¿Quince mil?

—Es un montón de dinero, ¿verdad?

—Quince mil.

—Será mejor que nos olvidemos los dos.

—Creo que sí. Aunque lo detengas, nunca lo dirá.

—Lamento haberlo mencionado.

—No lo lamentes —le animó ella.

—Nos olvidaremos los dos.

—Claro.

—¿Cómo están los niños?

—Perfectamente.

—¿Y cómo estás tú?

—Oh, yo…

—Tengo que colgar —la interrumpió Fraser—. Está ahí, saliendo de la casa. Te llamaré luego.

El auricular emitió un chasquido. Ella colgó el teléfono. Comenzó a encender un cigarrillo, pero, de pronto, se produjo una conmoción en la

habitación contigua, como si los chicos estuvieran enzarzados en una pelea. Ella dejó el cigarrillo y apretó los labios mientras se dirigía a imponer la calma. Cuando entró en el cuarto, el motín terminó inmediatamente y los tres la miraron con cara de inocencia. Trató de mostrarse severa, pero no era muy hábil y en seguida se echó a reír ligeramente. Los niños también se echaron a reír, y ella corrió a su lado, los atrajo junto a sí, los abrazó, los besó y los regañó:

—Pequeños salvajes…

OceanofPDF.com

9

El restaurante era una conocida marisquería, célebre sobre todo por sus langostas. Vanning pidió un tazón de sopa de almejas y una langosta grande. Comió lentamente, deleitándose con la sustanciosa carne rosada que chorreaba mantequilla. Aquella langosta era un lujo; una de las cosas que hacían que la vida mereciera ser vivida. Había un gran número de cosas que hacían que la vida mereciera ser vivida: cosas lujosas, sustanciosas, de mil colores *y* sabores. Luego estaban las cosas tranquilamente agradables, cosas abstractas, ciertas satisfacciones que no podían analizarse en términos estadísticos. Pensó en tales cosas durante algún tiempo, un breve tiempo. La langosta le llevó de nuevo a las otras cosas, y pronto se halló pensando en lujos, en satisfacciones hedonistas. En algún lugar de ese camino aparecieron unos cuantos colores. Había un rosa intenso sobre un fondo de rico bronce. Había un dorado resplandeciente. Había un azul, un azul bueno y definido, no brillante, decididamente no acuoso, pero profundamente azul. Y otra vez el bronce. Un bronce sano. Y todos se sumaban y el resultado era Martha.

El pensamiento se convirtió en acción, y la mano de Vanning se alejó bruscamente de la mesa y se deslizó en el bolsillo de su chaqueta. Por un instante creyó que no estaba allí, y se dijo que si no estaba allí no estaría en ninguna parte. Entonces tropezó con sus dedos, y lo extrajo del bolsillo: el papel doblado, seguro, real y viviente contra la carne de sus dedos. Lo desplegó. Leyó el nombre. Únicamente Martha. Y debajo, la dirección.

Era una dirección falsa, naturalmente. Tenía que ser falsa. Si ella era lo bastante inteligente para engañarle como lo había hecho, sin duda sería lo bastante inteligente como para darle una dirección falsa. Se felicitó por la deducción. Y, sin embargo, no era nada más que eso. Una deducción. Para convertirla en un hecho, tenía que comprobar aquella dirección.

Muy bien. Suponiendo que la deducción fuera errónea y ella verdaderamente viviera allí, él no podría hacer nada al respecto. Desde luego, no tenía nada que ganar con ello. O tal vez sí tuviera algo que ganar. Tal vez si obraba con suficiente astucia podría comerse el pastel, y además, conservarlo. El papel doblado con las señas le facilitaría un posible contacto con John, sin facilitar a éste la localización de su presa.

Era una importante consideración. Un posible contacto con John. Superficialmente, era algo importante, y todavía más importante por debajo de la superficie, pero no se sentía con ánimos de pensar en ello en aquel momento. Había algo de vital y resplandeciente en la posibilidad de que la dirección fuese cierta. Se trataba de una posibilidad sumamente vaga, pero existía, y Vanning se dijo que esa noche habría un cambio de papeles. La presa tenía intención de salir de caza.

No le corría demasiada prisa. Se regaló con un postre de pastel de cerezas con nata. Luego, café solo, un brandy, otro brandy y un cigarrillo. Al salir del restaurante se sentía bien alimentado, y el sabor en su boca era bueno, y aunque estaba empezando otra noche cálida y pegajosa se sentía refrescado por dentro. Y tranquilo. Y lleno de una extraña confianza.

La dirección anotada correspondía a la calle Barrow. Para llegar allí, tuvo que cruzar Christopher y Sheridan Square, y eso le obligó a pasar ante el bar en el que la conoció. Le dominó la audacia, cierto deseo de apostar. Se volvió. Sonrió.

Entró en el bar, y casi inmediatamente reconoció al gordo bebedor de cerveza de la otra noche. El gordo estaba instalado ante la barra, y seguía bebiendo cerveza.

Vanning se acercó a la barra e hizo un gesto al camarero. Mientras el hombre del delantal blanco se aproximaba a tomar el pedido, el gordo se volvió y miró a Vanning.

—Vaya, hombre, ¿qué te parece?

—Hola —saludó Vanning. Dirigió una sonrisa al camarero—. Un brandy y un vaso de agua para mí. Una cerveza para mi amigo.

El camarero asintió en silencio y se alejó.

—Otra noche calurosa —comenzó Vanning.

—¿Qué le trae por aquí?

—¿Qué trae a la gente por aquí?

—Estamos hablando de usted en particular.

—Ando buscándola —respondió Vanning.

—Lo sabía. —Hizo este comentario con énfasis, apretando los labios—. Hubiera apostado cualquier cosa. Era inevitable.

—¿Tan seguro estaba?

—Segurísimo —respondió el gordo, haciendo chasquear los dedos.

—Tal como lo dice, parece que fuera cosa de aritmética.

—Y lo es. Dos y dos son cuatro, y no hay vuelta de hoja. O tal vez debiera decir que uno y uno son dos. Aunque… —El gordo frunció el entrecejo y deslizó un dedo rollizo sobre un charquito de cerveza en la barra—. Aquí tenemos un problema. A veces, uno y uno no son dos en absoluto. Uno y uno son uno. ¿Ve adonde quiero ir a parar?

—No.

—Ya lo verá. Atienda. Le prometo que no voy a soltarle un discurso. Lo diré sencillamente: esa chica y usted forman un equipo natural.

—¿Lo hace usted muy a menudo?

—Hacer, ¿qué?

—Jugar a Cupido.

—Es la primera vez. Por lo general, me ocupo de mí mismo. Pero el asunto de la otra noche fue distinto, fue uno de esos acontecimientos sensacionales. Nunca había visto algo tan claro. Cuando salí de aquí, me dije a mí mismo: apuesto diez contra uno a que la mira. Y no arriesgaba mucho. Y también me dije: apuesto cinco contra uno a que entablan conversación. Luego las probabilidades volvieron a aumentar. Veinte contra uno a que ella le gusta. Cincuenta contra uno a que él le gusta a ella. Cien contra uno a que salen de aquí juntos.

—Siga así. Está ganando dinero.

El gordo interpretó equivocadamente el suave sarcasmo de Vanning.

—Muy bien —respondió—. Si no sucedió así la otra noche, sucederá tarde o temprano. Esa chica y usted son el uno para el otro. En todos los sentidos. Recuerde mis palabras: sucederá tarde o temprano. Lo sé; tan seguro como que estoy vivo. Y me hace sentir bien. No sé si logro explicarme, pero sólo de pensar en esa chica y usted me siento estupendamente. Usted en traje de gala y la chica de satén blanco. Me la imagino vestida de satén. Espléndida, ésa es la palabra. Y todavía iré más lejos: me los imagino a los dos juntos, los veo en un tren, los veo en un barco, en el paseo marítimo de Atlantic City o de cualquier otra parte. Más aun. Me encanta pensar en esto. Me imagino cómo serán sus hijos. Chavalitos mofletudos, todos rubios, todos sanos, con caras rosadas iguales que la de ella, ojos azules y…

—Bueno, ya está bien.

—¿Qué pasa? ¿He dicho algo malo?

—Nada. Ése es el problema. —Vanning suspiró y meneó lentamente la cabeza—. No me interprete mal. No estoy enfadado. Es usted un tipo muy

agradable. Pero no quiero volver a oírle. No quiero volver a verle.

—No se vaya. Casi nunca puedo hablar con alguien. Le invito a una copa. Le prometo que mantendré cerrada mi bocaza.

—Lo siento —rehusó Vanning—. Muchas gracias, pero es usted tan buena persona que me deprime.

Salió del bar. Y se había desvanecido todo, la hermosa sensación que le habían dejado la langosta y el brandy, y el pensar con frialdad. En cambio, sentía cierta confusión y algo de desesperación, juntamente con un poco de soledad y algo de amargura, todo ello rematado con un toque de desconsuelo.

La casa de la calle Barrow era un edificio de ladrillo blanco, de cuatro plantas, exteriormente en buen estado. En un tablero dispuesto perpendicularmente a la puerta principal figuraba una lista de inquilinos, con un botón junto a cada nombre. Vanning encendió una cerilla y empezó a buscar alguna Martha. Recorrió la lista, pasando por unos señores Kostowski, un señor Olivet, una señora Hammersmith, una señorita Silverman, y ya sólo quedaba un nombre, y no creía que fuese el nombre que él buscaba. Era absurdo pensar que ella había sido lo bastante tonta como para darle su verdadera dirección.

Miró el último nombre. Aproximó la cerilla al tablero. Y ahí estaba: Martha Gardner.

Su dedo índice pulsó temblorosamente el botoncito negro. Luego esperó. El dedo pulsó nuevamente el botón. Nuevamente esperó. Luego, un zumbido y Vanning abrió la puerta y penetró en el vestíbulo pequeño pulcramente arreglado. Quienquiera que se encargara del cuidado de aquel lugar, realmente creía en su trabajo. Vanning ascendió por una escalera alfombrada de verde oscuro. Las paredes eran blancas, auténticamente blancas, y se fundían con el silencio que fluía apacible en cada estólido y bien arreglado rellano. No había mucha luz; sólo la suficiente. La chica vivía en un lugar en el que estaba claro que la gente llevaba una vida tranquila.

Cuando llegó al tercer piso, una puerta se abrió ante él. La luz del rellano iluminaba el umbral, se fundía con la brillante claridad del recibidor y caía sobre ella enmarcando su rostro.

Ella vestía una bata acolchada de satén azul. Vanning imaginaba que volvería al interior y le cerraría la puerta. O, si no hacía eso, imaginaba que abriría sus ojos de par en par, o que daría una boqueada, o que manifestaría

su sorpresa de un modo u otro. Pero ella no hizo nada de eso. Ni siquiera prestó atención a las lesiones de su cara. No hubo ninguna reacción en particular, aparte del proceso ordinario de esperar de pie en el umbral y mirarle.

—Me diste tu dirección —explicó él—. ¿Te acuerdas?

—¿Qué quieres?

—Me gustaría aclarar las cosas.

—No creo que sea necesario.

—Pienso que alguien debe una explicación.

—Verdaderamente, no me interesa escuchar tus explicaciones.

Vanning frunció el ceño, mientras asimilaba su respuesta y le daba vueltas durante unos instantes vacíos. Finalmente, le ofreció una sonrisa hosca y contestó:

—Lo has entendido al revés. He querido decir que tú me debes una explicación.

Esta vez fue ella la que frunció el ceño. Le miró, pero no le miraba. Miraba la noche pasada. Él trató de introducirse en su mente, pero desistió al cabo de unos segundos.

Entonces ella dijo:

—Muy bien. Pasa.

Era un apartamento reducido, pero estaba limpio y resultaba atractivo. Armonizaba con el resto del edificio. Una salita con un sofá cama, un cuarto de baño y una cocinilla. Algo en los colchones y en los muebles sugirió a Vanning la idea de que ella misma se había encargado de la decoración. Las tonalidades dominantes eran azul y naranja oscuro. El azul aparecía en diversos matices, desde uno muy pálido hasta otro casi negro. En las paredes, unas cuantas acuarelas pasables y un cuadro a la aguada sumamente interesante.

Mientras contemplaba la aguada, oyó a Martha cerrar la puerta detrás de él. Se dijo que era una idiotez haber ido. Había una puerta de armario no muy lejos, y no era ningún absurdo suponer que tal vez John estuviera escondido en su interior. A pesar de todo, no lamentaba haber acudido. Con John o sin John, estaba allí y se sentía satisfecho de estar allí.

La aguada era sencilla, emanaba serenidad y resultaba agradable. En ella se veía un bote de pesca en una laguna, con una puesta de sol que teñía la cubierta de la embarcación de un azul apagado y de un vivo naranja, un

naranja que se elevaba desde la cubierta y fluía a través del verde grisáceo de las aguas.

—¿Quién ha pintado este cuadro? —quiso saber Vanning.

—No pierdas la calma. Está firmado.

—Comencemos de nuevo. ¿De dónde has sacado este cuadro?

—Lo encontré en una pequeña galería de la calle Tres.

—Es un buen trabajo.

—Me alegro de que te guste.

—No sigas en este plan —le advirtió, sin dejar de mirar la pintura—. No va contigo.

—¿Acaso te importa?

—Sí —replicó. Se volvió de cara a ella. Tenía los brazos cruzados, como si estuviera sentada en el banco del jurado—. Sí, me importa más de lo que tú crees. Quiero saber cómo llegaste a mezclarte con aquellos hombres. Quiero saber cómo es posible que una chica como tú se preste a una mala jugada como la de anoche. Tú no encajabas allí y lo sabes tan bien como yo.

—¿Y tú me dices que no encajaba?

—Eso he dicho.

—Es curioso —observó ella—. He pasado todo el día diciéndome que yo no encajaba en la situación de la noche pasada.

—¿Por qué lo hiciste? ¿Por dinero? Naturalmente. ¿Por qué, si no? Tuvo que ser por dinero.

—¿Hablas siempre tú solo? ¿Contestas siempre tus propias preguntas?

No le gustó la réplica de ella, y tampoco el rumbo que estaba tomando la conversación, pero no podía por menos de admirar la serenidad que ella demostraba; su forma de hablar, ecuánime y tranquila; su forma de mantener la compostura, erguida, perfectamente equilibrada sobre sus dos piernas sin esfuerzo ni tensión.

—¿Por qué lo hiciste? —repitió—. ¿Por qué aceptaste trabajar para ellos?

—No trabajaba para ellos. Y, aunque lo hiciera, ¿qué diferencia habría? Cometiste una fechoría, eres un fugitivo y tarde o temprano tenían que atraparte. No sé nada más. Me parece que no quiero saber más.

—Pero ¿qué estás diciendo? ¿Acaso pretendes burlarte de mí?

—Jamás lo intentaría. No soy lo bastante inteligente, Jim.

—¿Qué has dicho?

—Jim.

—Gracias. Es agradable que recuerdes mi nombre.

—No puedo dejar de recordarlo. Dime, Jim, ¿qué es lo que has hecho? ¿Cómo llegaste a meterte en líos con la policía?

La miró fijamente. Estudió sus ojos como si fuesen diamantes en bruto y él tuviera que tallarlos. Y, finalmente, preguntó:

—¿Crees que aquellos hombres de anoche eran policías?

—¿Y no lo eran?

Vanning empezó a emitir una risotada y la reprimió, convirtiéndola en un tenso nudo de sonido que siguió tensándose más y más hasta transformarse en una boqueada rasposa.

—¡Me parece que ya lo entiendo! —exclamó—. Creíste verdaderamente que eran de la policía. Por eso te fuiste tan deprisa. Y ellos sabían que tú los tomabas por policías. Te utilizaron como cebo, y eso te indujo a marcharte aún más deprisa. Si pensabas que eran policías, si creías que yo era un delincuente al que iban a detener, lo único que podías hacer era quitarte de enmedio y permanecer al margen de la situación. Fue una jugada astuta por su parte. Y yo fui un imbécil por no darme cuenta. Pero me alegro de que haya resultado así, al fin y al cabo.

—Pero todo esto a mí no me dice nada. Es dar vueltas sin salir del círculo.

—Nadie lo sabe mejor que yo.

—Jim. —Se aproximó a él hasta llegar lo bastante cerca como para tocarlo, y entonces se detuvo—. ¿Quiénes son esos hombres? ¿Qué ocurre?

—¿Por qué habría de decírtelo?

—No puedo contestar a eso. Tendrás que contestarte a ti mismo.

Él se alejó unos pasos y se sentó en el sofá cama. Ella le siguió y tomó asiento junto a él.

—¿Quieres que te prepare algo de beber? —preguntó.

—No.

—¿Un cigarrillo?

—No.

—¿Puedo hacer algo?

—Puedes quedarte sentada y escuchar.

Ella se quedó sentada y escuchó. Él habló durante casi media hora. Cuando hubo terminado, cuando ya no tuvo nada más que decir, se miraron el uno al otro, inspiraron y exhalaron el aire al unísono. Él esbozó una

sonrisa, con algo de esfuerzo consiguió mantenerla, y ella le ayudó a lograrlo. Luego, Martha se incorporó.

—Quédate aquí —le pidió—. Vamos a ver si podemos refrescarnos con un poco de limonada.

Él la miró mientras se alejaba en dirección a la cocinilla, un pequeño rincón aislado. Desde el lugar en el que él estaba sentado no podía verla. Entonces, pensamientos de toda clase empezaron a cruzar por su mente, y los pensamientos se peleaban entre sí, y se dijo que ya no tenía ninguna importancia. Daba igual de qué estuvieran hechos los pensamientos, daba igual qué resultado arrojaran: él ya no podía hacer nada. Y eso estaba bien. Incluso se sentía ligeramente contento. Lo único que le interesaba era continuar allí sentado y esperar a que Martha regresara.

Regresó con una bandeja sobre la que había dispuesto una jarra de limonada, un cuenco con cubitos de hielo y vasos. Llenó un vaso de limonada y se lo ofreció a Vanning.

—Bébete esto —ordenó.

—Lo dices como si yo fuera un enfermo y tú estuvieras cuidándome.

—Bébetelo.

Durante algún tiempo, lo único que hicieron fue beber limonada. Después, Vanning dejó su vaso vacío, la miró y preguntó:

—¿Crees que te he contado la verdad?

—Sí, Jim. ¿Me crees cuando te digo que sí?

Él asintió en silencio.

Ella le puso una mano sobre la nuca y le dio unos golpecitos suaves, como si él fuera su hijito.

—Vete a casa ahora. Vuelve a tu tablero de dibujo y termina ese trabajo del que me hablabas. Termínalo del todo. Y luego vete a dormir. Y, por favor, ¿me invitarás a cenar mañana por la noche?

—A las siete.

—¿Dónde?

—Pasaré a buscarte por aquí. Buenas noches, Martha.

Abandonó la habitación sin volverse a mirarla. De regreso hacia su apartamento, anduvo rápidamente. Estaba impaciente por sentarse ante el tablero.

OceanofPDF.com

10

Fraser se dijo que era cuestión de elegir. Estaba en el exterior del edificio blanco, viendo cómo Vanning se alejaba. Durante la caminata desde el bar dejó poco más de veinte metros entre Vanning y él, permaneció en la acera de enfrente mientras Vanning entraba en la casa, y albergó la esperanza de que se encendiera una luz en alguna de las ventanas delanteras. Cuando vio que no era así, se preguntó si sería conveniente subir a visitar los apartamentos interiores. De alguna manera, no le había parecido una buena idea. Tenía la sensación de que procediendo así no obtendría nada útil.

De modo que estaba parado en la calle y veía alejarse a Vanning. Podía elegir entre seguir nuevamente a Vanning o subir a examinar los apartamentos interiores. Fraser tenía un sistema peculiar de hacer preguntas, con el cual obtenía respuestas que a los propios interrogados les parecía que no conducían a ninguna parte, pero que él sabía cómo aprovechar. Probablemente obtendría algo en uno de aquellos apartamentos interiores, pero seguía teniendo la sensación de que no sería bastante.

Decidió continuar con Vanning. Encendió un cigarrillo y siguió a su hombre hasta el lugar en que vivía. Le vio entrar y entonces él cruzó la calle, subió al cuarto que había alquilado, se instaló tras la ventana a oscuras y esperó.

Vio cómo se iluminaba la habitación, y a Vanning moverse como haciendo preparativos. Los gemelos captaban los puntos de luz y las sombras y le permitían distinguir nítidamente los ojos de Vanning, que eran los de un hombre sumido en la confusión, una confusión en la cual se mezclaba una extraña felicidad. Aquella noche había algo distinto en Vanning. Los gemelos lo captaban todo y lo volvían claro, pero claro únicamente en un sentido visual, no en el de análisis. Por algún motivo, Vanning estaba esperanzado y quizá incluso un punto animado, y la imaginación de Fraser empezó a trabajar y siguió trabajando hasta que él la domeñó, diciéndose que la imaginación no tenía lugar en la ciencia. Estaba muy bien en el arte, pero aquello no era un arte; pertenecía más bien al orden de las matemáticas.

Los gemelos se fijaron en Vanning aposentándose ante la mesa de dibujo. Hubo una serie de manipulaciones con un lápiz blando. Vanning no sería nunca un Matisse. Era demasiado preciso. Se planteaba el trabajo más como un ingeniero. Utilizaba escuadra y cartabón. Se inclinaba sobre su obra y la estudiaba minuciosamente tras cada minúsculo movimiento del lápiz.

Era interesante observarle en su trabajo. Tenía un cigarrillo encendido cuyo humo se elevaba por encima de su cabeza en una recta y rígida columna azul, una columna totalmente estable, porque, una vez encendido el cigarrillo, lo depositaba en el cenicero y ya no volvía a prestarle atención. Cuando se consumía por completo, encendía otro y lo trataba de idéntica manera.

Una vez concluido el trabajo a lápiz, Vanning comenzó a mezclar colores de aguada. Esto le llevó largo tiempo. Fraser siguió sentado con sus ojos ardiendo en los gemelos, diciéndose que trescientos mil dólares constituían una fortuna. Un hombre en posesión de trescientos mil dólares no tenía necesidad de pasarse la noche sentado con escuadras y pinturas y los hombros encorvados sobre un tablero de dibujo. Era una observación que se había repetido muchas veces, y que ahora se le presentaba como una conclusión.

Sin embargo, la manera en que Vanning realizaba su trabajo daba pie a otra consideración. Su método era preciso y meticuloso: la laboriosa forma de mezclar las pinturas, la lenta y cuidadosa aplicación de la pintura al papel rugoso. Fraser lo pensó una vez más. Un ingeniero, pensó, un calculador paciente. Tal vez un fanático de la precisión en las cosas. En aquella cosa, al menos. Y la posibilidad de que hiciera lo demás de igual manera no podía descartarse por completo.

Fraser siguió sentado, observando. Y cuanto más tiempo llevaba sentado, cuanto más observaba, más subjetivo se volvía. Cuanto más subjetivo se volvía, más empezaba a dudar de sí mismo. Había muchas cosas que ignoraba. Sobre zoología, a pesar de que había leído muchos libros. Sobre cristalografía, a pesar de que en cierta ocasión siguió un curso en el museo. Sobre judo, a pesar de haber sido alumno de un auténtico experto. Sobre Vanning, a pesar de que se había repetido muchas veces que conocía a Vanning.

Y sobre psicología, y neurología, y sobre la forma en que los seres humanos piensan, actúan, reaccionan. Todos los libros eran buenos y

representaban una considerable suma de estudios de experimentación y de sistematización basados en años de tarea investigadora. Pero era una disciplina que estaba en su infancia. Aún quedaba mucho por conocer, incluso para los mejores. Y estos mejores eran los tutores de Fraser, y Fraser se dijo que él sólo era un novicio. Si él hubiera sido otra persona que hubiese estado examinando a Fraser, habría asegurado que era un hombre humilde por naturaleza. Pero él era Fraser, y decía que era un bobo por haber llegado a pensar que Fraser era un libro de texto viviente acerca de Vanning.

Era mucho lo que ignoraba acerca de Vanning. Todo hombre ignoraba mucho acerca de los demás hombres. Se concedía demasiada importancia a la conversación. Sin embargo, gran parte de ella no era más que un telón destinado a ocultar lo que ocurría en la mente. ¿Cuántos locos andaban sueltos por la calle, engañando a todo el mundo? No era ningún disparate, pues, admitir la posibilidad de que Vanning fuese una víctima de la demencia precoz, sumamente hábil en el disimulo, fundamentalmente un hombre bueno que bajo el influjo de su enfermedad se convertía en un terror y un asesino. «Reflexiona sobre esto», se dijo Fraser.

«Y reflexiona también sobre los demás caminos.» Porque existían muchos caminos. El camino que él había elegido podía no ser el correcto. Y era como si estuviera viajando en automóvil a lo largo de una carretera, y cuanto más lejos avanzaba por ella, mayor era su preocupación por si se había equivocado de ruta. Pero, al igual que cualquier hombre sentado tras un volante, intentaba convencerse de que iba por buen camino. Una racionalización. Sabía que era una racionalización, pero no podía hacer nada al respecto. Lo único que podía hacer era permanecer sentado y preocuparse.

Visto a través de los gemelos, Vanning se afanaba con un pincel. El interior de los gemelos se convirtió gradualmente en un pequeño mundo aparte dotado de un poder magnético. Fraser se convirtió en un objeto imantado, atraído hacia ese pequeño mundo. Y cuando llegó a él, empezó a hablar con Vanning.

—Hábleme de usted —le dijo.

Los labios de Vanning no se movieron. Estaba concentrado en su trabajo. Pero, de alguna manera, respondió:

—Soy un hombre en apuros.

—Ya lo sé —replicó Fraser—. Cuénteme qué le pasa.

—¿Por qué habría de hacerlo? ¿Me ayudaría usted?

—Si creyera que merece mi ayuda, sí.

—¿Cómo puedo lograr que me crea?

—Cuénteme la verdad —le propuso Fraser.

—A veces la verdad es muy extraña. A veces resulta desconcertante, y la gente se niega a creerla.

—La superficie de este asunto es desconcertante. Estoy dispuesto a admitir que, por lo que respecta al fondo, también lo sea.

—No creo que lo admitiera —objetó Vanning—. No creo que nadie pueda admitirlo.

—Póngame a prueba.

—No —rechazó Vanning—. Lo siento, pero no puedo correr el riesgo.

—¿No quiere salir de este aprieto?

—Salir de este aprieto es muy importante para mí. Seguir con vida es aún más importante.

—¿No confía en mí?

—En la situación en que me hallo, no puedo confiar en nadie.

—¿Eso es todo?

—Me temo que sí. Lo siento.

Fraser iba a hacerle otra pregunta, pero en aquel preciso instante el pequeño mundo quedó sumido en la oscuridad. Se convirtió en una negrura carente de sentido, hasta que apartó los gemelos de sus ojos y comprendió que había estado viendo cómo Vanning se apartaba del tablero de dibujo, se metía en la cama y apagaba la luz.

La habitación al otro lado de la calle estaba a oscuras, una habitación para el sueño, y a Fraser le gustó la idea de echarse también él a dormir un rato. Le gustó mucho esa idea. Sonriendo melancólicamente, llevó su asiento un poco más cerca de la ventana, apoyó un codo en el alféizar y permaneció sentado, con los ojos entreabiertos, esperando.

OceanofPDF.com

11

Vanning tenía la impresión de que aquella noche el sueño acudiría con facilidad. Cuando finalmente le llegó, el sueño fue como un vapor que lo envolviera. Vanning se sumergió en él, cayó flotando a través de él, hundiéndose más y más a través de las interminables mareas de una tranquila somnolencia. Y en algún lugar de aquellas profundidades la marea se invirtió y comenzó a formar un arco ascendente que le llevaba hacia la superficie. Trató de oponerse a la marea, pero ésta siguió arrastrándole inexorablemente en su círculo. Cuando alcanzó la superficie, cuando sus ojos estuvieron abiertos de par en par contemplando el negro techo, intentó continuar en el círculo y sumergirse de nuevo. Pero no podía cerrar los ojos.

La preocupación era la causa. No podía ser más que la preocupación. Se encontraba otra vez en el apartamento de ella y se oía hablar con ella, y oía las contestaciones que ella le daba. Y presentía un elemento insatisfactorio, y se preguntaba qué sería.

Repentinamente, saltó de la cama y encendió la luz. El despertador, sobre el escritorio, marcaba las tres y cuarto. Recordaba haber salido del apartamento de ella hacia las nueve y media, más o menos. Contó con los dedos. Un lapso aproximado de seis horas.

Era un largo tiempo. Demasiado largo. Era tiempo desperdiciado, y no podía seguir cometiendo tales errores. Especialmente el tipo de errores que se referían a una mujer. Aquella noche había comenzado de una forma mecánica, y eso era bueno, y luego se había permitido pasar de lo mecánico a lo emocional, y eso era muy malo. Ella no le había dado nada; nada, al menos, que él pudiera utilizar. Y él le había dado mucho. Se lo había dado todo. Si ella decidía utilizarlo, lo que podía hacer carecía de límites. Y en seis horas podía hacer mucho.

No se tomó la molestia de anudarse los cordones de los zapatos, y tropezó con ellos cuando bajaba las escaleras. Se salvó de la caída aferrándose a la barandilla. Una vez en la calle, empezó a andar a paso rápido y terminó con lo que casi equivalía a una carrera. Cuando llegó ante el edificio de ladrillo blanco de la calle Barrow, estaba jadeando.

El botón junto al nombre de ella, un botón brillante y tentador. Pero Vanning descubrió que estaba pensando en un callejón. Se dirigió hacia la

travesía lateral que cruzaba perpendicularmente la calle Barrow y allí encontró una angosta callejuela, y lo primero que vio en la oscuridad de la callejuela fue una luz que procedía de la ventana de un apartamento interior, en el tercer piso de un edificio cuya fachada daba a la calle Barrow.

Supo que era aquella casa sin necesidad de contar los edificios.

Mientras penetraba en el callejón iba pensando en una puerta trasera, y se preguntaba cómo salvaría el obstáculo de la cerradura. Pero entonces descubrió un patio ajardinado, uno entre varios patios que daban al callejón, y al fijarse en los árboles vio que había unos cuantos bastante altos. Uno, sobre todo, destacaba bajo la luz que surgía de la ventana. La luz bañaba las ramas más elevadas y se filtraba entre ellas, creando charcos de plata sobre las hojas negras.

Vanning se aproximó a la verja que separaba el patio del callejón. Permaneció junto a ella unos instantes, contemplando las resplandecientes hojas y frotándose las manos, y entonces se encaramó a la verja con rapidez y agilidad y se situó al pie del árbol.

Alzó la mirada de nuevo y volvió a frotarse las manos. Por fin, se quitó la chaqueta.

La ascensión no fue fácil. Era un árbol muy grande, grande en todos los sentidos y, sobre todo, en el grosor del tronco. En varios puntos el tronco era demasiado liso, y Vanning se sintió resbalar, sintió la tensión de sus piernas, se dijo que no debía ir con tantas prisas. Descansó un rato, siguió trepando, se asió a una rama, se encaramó a fuerza de brazos, y se encontró metido de lleno entre el ramaje, y las hojas le rozaron la cara.

Algunas de las ramas más delgadas le causaron dificultades, y tuvo que mantenerse cerca del corazón del árbol, donde el espesor era mayor. Ascendió medio metro más, y otro medio metro, y medio metro todavía. Se volvió cuidadosamente, de cara a la ventana iluminada.

Y la vio allí. Ya no vestía la bata acolchada de satén azul. Estaba ataviada con un vestido amarillo orlado de verde. Había un cigarrillo en su boca y su mano sostenía un vaso de *highball.* Se acercó a la ventana y se volvió, situándose de espaldas. Luego se apartó a un lado y él dejó de verla. Sólo quedó la ventana iluminada y la habitación sin movimiento. Y Vanning esperó.

Una sombra cayó sobre la luz. Vanning se inclinó hacia delante. La vio de nuevo. Estaba otra vez ante la ventana, y la veía de perfil. Sonreía. Sus labios se movían. Bebió un sorbo del vaso de *highball.* Aspiró una

bocanada de humo. Los dedos de Vanning se tensaron con fuerza, aferrando la rama que le sostenía. La vio gesticular con el cigarrillo. Luego, volvió a desaparecer de la ventana.

Hubo otro rato de espera, que se prolongó una eternidad. Entonces vio otra vez la sombra que oscurecía la luz. Y de nuevo Martha, apoyada en el alféizar. Y una segunda sombra que caía sobre Martha y permanecía allí.

Y entonces vio una mano que sujetaba otro vaso de *highball*. Una mano de hombre, un fragmento de manga de una chaqueta de hombre. Humo de cigarrillo entre Martha y aquella mano. Y ningún movimiento, nada; solamente otro compás de espera. Pero, de pronto, un movimiento brusco por parte de Martha. Se alejó de la ventana. Todo lo demás siguió ante su vista: la mano de hombre, el vaso, la manga de la chaqueta. Y poco a poco la manga se movió hacia el espacio iluminado, y apareció una chaqueta, y un hombro, y una cabeza de hombre que giraba lentamente hasta quedar de perfil. Y allí estaba él.

John.

OceanofPDF.com

12

Fue suficiente. La sensación era de vacío total, y sin embargo había en ella fragmentos rotos. Vanning inició el descenso. Suspiró más de una vez, meneó la cabeza más de una vez y, cuando llegó al suelo, hizo chocar suavemente sus puños, meneó de nuevo la cabeza y sonrió mostrando los dientes. No estaba furioso contra John. No estaba furioso contra nadie; ni siquiera contra sí mismo.

Tuvo que reconocer el mérito del asunto. Parte de él se debía a John, por organizar la cosa desde un principio, pero la mayor parte le correspondía a ella, por la absoluta perfección con que actuó. Cada movimiento, cada palabra, cada pequeño gesto había llevado la marca de un estilo impecable. Si ésa era la profesión que ella había decidido ejercer, indudablemente que la ejercía con inigualable excelencia.

Mientras recorría el callejón, enfundando sus brazos en las mangas de la chaqueta, se daba cuenta de que estaba racionalizando, pero no le importaba. En aquellos momentos, estaba demasiado cansado para que algo pudiera molestarle. El delantero contrario había pasado corriendo por su lado y él se había lanzado para intentar el blocaje y había fracasado. Lo único que podía hacer era apoyarse sobre sus codos y escuchar cómo la multitud ovacionaba al otro equipo por el tanto acabado de marcar.

Continuó por la calle lateral, dobló la esquina para salir de nuevo a Barrow y siguió andando por Barrow, escuchando el sonido de sus propias pisadas que rompía el negro silencio. Le pareció que sus pasos tenían un eco. Le pareció que había un ruido más allá del eco. Entonces, el ruido y el eco se confundieron y avanzaron hacia él, y él se detuvo en seco y esperó, y el sonido era sencillamente el de unos pasos cada vez más cercanos. Y esperó sin moverse.

—Muy bien —dijo una voz—. Espere ahí.

Vanning se volvió. Vio al hombre. La oscuridad era bastante densa allí, y sin embargo comenzó a experimentar la sensación de que ya había visto a aquel hombre antes. Y entonces vio la pistola.

—¿Voy a necesitarla? —preguntó el hombre, señalando el arma que sostenía en su mano.

—Vale más que la tenga a punto.

—La guardaré en el bolsillo —le advirtió—. Separe un poco los brazos. Quiero ver qué lleva encima.

El hombre se metió la pistola en un bolsillo mientras llegaba junto a Vanning. Le cacheó ligera y rápidamente, se alejó un paso y esperó a que Vanning hiciera algo.

—¿Qué quiere? —preguntó Vanning.

—Aún no estoy seguro.

—Pues decídase. A estas horas ya suelo estar en la cama.

—Venga, caminemos —le ordenó el hombre.

Siguieron andando por Barrow y cruzaron Sheridan Square. El hombre parecía caminar junto a Vanning, pero en realidad iba un poco retrasado.

—Vayamos al parque —propuso el hombre—. Quiero tener una charla con usted.

—¿Por qué la pistola?

—Adivine.

—¿Es policía?

—Lo adivinó.

El hombre le mostró una placa.

—Me alegro —dijo Vanning—. No sabe usted cuánto me alegro. Ahora ya no es cosa mía. Ahora está todo en sus manos.

—Me llamo Fraser.

—¿A quién le importa su nombre? ¿A quién le importa su historia? Usted es un policía y va a detenerme. ¿Por qué no lo dejamos así?

—Porque la cosa no es tan sencilla.

—Muy bien. Deténgame y lo veremos.

—Vamos al parque a conversar un rato.

—Usted manda. Usted es el médico.

—Es curioso que diga eso. Siempre quise ser médico. Y tal vez lo sea, en cierto modo. Me gusta pensar que puedo ayudar a la gente, en lugar de hacer desgraciadas sus vidas. Últimamente me he dedicado a estudiar psicología.

—Bien por usted.

—Le estaría agradecido si me ayudara.

—¿En sus deberes escolares?

—Llámelo así, si quiere.

—¿Por qué no me detiene? Limítese a detenerme, por favor.

—Vamos al parque.

—Estoy cansado —protestó Vanning—. No se imagina usted lo cansado que estoy. Me alegro de que por fin me haya atrapado y sólo deseo que me detenga.

—¿Por qué lo hizo?

—¡Oh, vamos! —replicó Vanning—. No empiece con eso ahora. Ya me interrogarán bastante dentro de poco.

—Tuvo que haber un motivo. Nunca hacemos cosas así sin un motivo.

—Lea los periódicos de mañana y se enterará de todos los detalles.

Después de esto, el policía permaneció en silencio. Cruzaron otra calle, recorrieron otra manzana. Estaban llegando al parque de Washington Square. Anduvieron sobre la hierba, llegaron a un camino asfaltado y el policía señaló un banco.

Tomaron asiento. El policía sacó un paquete de cigarrillos.

—¿Quiere uno?

—Lo que sea, con tal de complacerle —contestó Vanning. En seguida sonrió cansadamente—. No, no he querido decir eso. No hace más que cumplir con su obligación. Sí quiero un cigarrillo, gracias.

El policía encendió una cerilla. Se formó un velo de humo entre Vanning y el policía.

Aspiraron el humo del tabaco, lo exhalaron y contemplaron cómo ascendía.

—Ya hacía un rato que le había echado el ojo —dijo por fin el policía.

—No hace falta que me lo diga.

—¿Se había dado cuenta?

—No. Me despistó por completo. Pero no me sorprende. Hubiera debido imaginarlo.

—Desde luego —asintió el policía—. Tal y como iba corriendo por la calle… ¡Si hasta vi que llevaba los zapatos sin anudar!

Vanning le frunció el ceño al humo, que formaba una extraña figura ante sus ojos. Parte del humo volvió hacia atrás, se le metió en los ojos y le hizo parpadear. Pero siguió con el ceño fruncido.

—Muy bien —dijo el policía—. ¿Cuál es su nombre?

—Van…

—¿Cómo?

—Van.

—Van, ¿qué más?

—Van Johnson.

—Sea razonable, hombre.

—Van Rayburn.

—Es un nombre poco corriente, Van.

—Queda muy bien con el Johnson.

El policía se puso todo lo cómodo que permitía el banco del parque. Aspiró una larga bocanada del cigarrillo.

—Bueno, vamos a ver —comenzó—. Resulta que voy andando por la calle a las tres y media de la madrugada y me topo con un hombre que va a algún sitio muy apresuradamente. A toda velocidad, diría yo. Conque decido no perderlo de vista y averiguar qué ocurre. Sigo a este hombre hasta la calle Barrow. Veo que se mete por la calle lateral, y luego por el callejón. Veo que trepa a un árbol. Lo primero que pienso es que ha visto demasiadas películas de Tarzán, pero entonces me doy cuenta de que se ha situado enfrente de una ventana iluminada. Así que pienso que se trata de un fisgón. Y todavía sigo pensando que se trata de un fisgón. Es decir, a menos que me convenza usted de lo contrario.

Vanning miró fijamente al policía.

—¿Y eso es todo?

—¿Por qué me lo pregunta? ¿Es que hay algo más, acaso?

—No —respondió Vanning.

—Dígame, Van. ¿Cuál es su problema? ¿No tiene ninguna amiga?

—La tenía —contestó Vanning—. O, al menos, creía tenerla. Hasta hace unos minutos.

—Así me gusta —aprobó el policía—. Cuéntemelo todo, por favor.

—Hace unas horas estaba con ella —prosiguió Vanning—. La acusé de coquetear con otro individuo. Ella me dijo que no era cierto. Acepté su palabra y me fui a casa. Pero no podía dormir. Tenía que comprobarlo por mí mismo, sin que ella lo supiera. Por eso he subido al árbol.

—Y él estaba allí con ella, ¿no es así?

—¿Usted qué cree?

—No creo nada. Lo sé. Me basta con verle la cara. Dígame, Van, ¿cómo se gana la vida?

—Soy ilustrador publicitario.

—Muy bien. —El policía se puso en pie—. Eso es todo, Van. Váyase a la cama. Olvídese de ella. Si le ha mentido una vez, le mentirá de nuevo. Si consiente en volver a verla, se merecerá todas las patadas en el trasero que reciba luego.

Vanning se levantó del banco y se situó de cara al policía.

—¿Me deja marchar?

—¿Por qué no? Lo único que ha hecho ha sido trepar a un árbol.

Vanning se volvió y echó a andar. Al cabo de un rato sintió que se asfixiaba, y el dolor en sus pulmones era sofocante. Se preguntó qué le estaba ocurriendo, hasta que poco a poco comprendió que había estado conteniendo el aliento. Expulsó con violencia el aire estancado. Aspiró aire puro. Aspiró desesperadamente, como si estuviera encerrado en un reducto donde quedara muy poco aire.

Las calles desfilaban hacia él como una serie de formas negras, vivas pero inmóviles. Le producían una clara sensación de incomodidad, y tenía prisa por llegar a su habitación. Cuando hubo llegado, abrió la puerta con un movimiento rápido y espasmódico y la cerró de igual manera. Luego apoyó su espalda en la puerta y contempló la habitación.

—¡Bueno! —exclamó—. Aún seguimos aquí.

Pasó al cuarto de baño y se echó agua en la cara. Pero sus manos no alcanzaban a proporcionarle toda la fría humedad que necesitaba. Puso un tapón en el desagüe, llenó el lavabo de agua fría, sumergió la cabeza y la mantuvo un rato bajo el agua. Cuando levantó la cabeza se vio la cara en el espejo y se sonrió a sí mismo.

—Lo único que has hecho ha sido trepar a un árbol —ironizó.

El rostro del espejo le devolvió la sonrisa durante unos segundos. Luego, cuando dejó de sonreír, se quedó sin expresión.

—Anímate, hombre. La cosa no es tan mala. Vuelve a sonreírme.

El rostro le miró fijamente.

—¿Qué te pasa? Esta noche has tenido mucha suerte. Deberías estar contento. Esta es tu noche afortunada.

Y, en silencio, el rostro le contestó:

—Esta noche es esta noche. Pero a continuación viene mañana.

—No seas aguafiestas, ¿quieres? Dicen que el mañana nunca llega.

—No saben lo que dicen.

—Quien no sabe lo que dices eres tú —replicó Vanning—. Me pones enfermo, hermano. De veras que me deprimes. ¿Por qué no te vas a dormir?

—Lo intentaré.

—No te preocupes: dormirás.

—Eso espero.

—Pues claro que dormirás. Lo único que has de hacer es cerrar los ojos y no pensar en nada.

—Parece fácil, dicho así, pero a veces los pensamientos siguen llegando como aire pegajoso por una ventana abierta. No es posible dejarlos fuera. Cuanto más se esfuerza uno, más deprisa vienen. Tienes una cita con ella mañana a las siete de la tarde. ¿Te das cuenta? Este es tu mañana. Pensarás en ello. Pensarás en John. Pensarás en Denver. ¿Cómo dijeron que se llamaba? Harrison, ¿no? Tú mataste a Harrison. A ver si eres capaz de no pensar en eso. Tú lo mataste, y no hay que darle más vueltas. Ellos saben que tú lo mataste, y ahora que ya has empezado podrías pensar también en Seattle. Y aquí es donde entran los trescientos mil dólares, lo cual te lleva a la cartera. Vaya si te mueves ahora, ¿eh? Otra vez estás preguntándotelo, preguntándotelo como ya te lo has preguntado un millar de veces; preguntándote por qué John te dejó en aquella habitación del hotel, allí sólo con la pistola y la cartera. Quizá si pudieras explicarte eso tendrías una puerta que podrías abrir; algo que contarle a un abogado, un poco de munición utilizable… Trata de explicártelo. Trata de explicarte todo el asunto. En alguna parte ha de haber una respuesta. ¿Te das cuenta de cómo son las cosas? ¿Acaso eres capaz de no pensar en todo esto? ¿Dónde dejaste caer la cartera? ¿Cómo puedes creer que lograrás dormir?

—Si tuviera a alguien con quien hablar…

—Me tienes a mí.

—¿Tú? No me hagas reír. Tú me ayudas como el yodo ayuda en las quemaduras por el sol.

Más tarde, cuando su cabeza se recostó en la almohada, la almohada le pareció hecha de granito. Intentó soportarlo, pero al cabo de un rato se le hizo intolerable y se incorporó en la cama. Encendió la lámpara. Encendió un cigarrillo.

En el cenicero próximo a la cabecera, las colillas se convirtieron en una familia que fue creciendo a lo largo de la noche.

OceanofPDF.com

13

Para un hombre que llevara una vida normal, habría sido un hermoso día. El clima era agradable. Lucía un sol brillante, pero por el Hudson subía una brisa del océano que le daba un respiro a Manhattan. Hubo un buen desayuno y un tranquilo viaje en autobús. La Quinta avenida parecía animada y satisfecha, quizá un punto pagada de sí misma, pero eso era algo que la Quinta avenida podía permitirse.

En la agencia de publicidad, el director artístico quedó complacido con su trabajo y le pasó otro encargo. Eso era bueno. El plazo de entrega era generoso, y eso era aún mejor. También el almuerzo fue bueno. Y en la calle Cincuenta y siete estaban exponiendo la obra sumamente interesante de unos artistas nuevos, de modo que el resto de la tarde transcurrió suavemente, al ritmo preciso.

En una de las principales galerías de la calle Cincuenta y siete entabló conversación con uno de los pintores surrealistas de mayor éxito, y los dos pasaron de óleo en óleo, discutiendo acerca de la importancia de la sombra en el surrealismo, el efecto del color en la sombra, el efecto de la sombra en el color, el efecto del color y la sombra en la línea, y se convirtió en una de esas conversaciones que muy fácilmente podrían prolongarse durante años. El surrealista estaba interesado en el punto de vista de Vanning, y la cosa condujo hasta una invitación a cenar. Rechazándola cortésmente, Vanning explicó que ya tenía un compromiso para aquella noche.

—Vaya, lo siento.

—También yo.

—Quizá pudiera aplazarlo.

—Podría, pero me parece que no lo haré.

—¿Negocios?

—En cierto modo. Quizá otro día, ¿de acuerdo?

—Naturalmente —respondió el pintor—. Estaré aquí todos los días hasta que termine la exposición, al final de agosto. ¿De verdad le gusta mi trabajo?

—Mucho. Tiene profundidad. Tiene técnica. Una técnica excelente. Llegará lejos, estoy seguro.

—Me alegra mucho oírle decir eso. Le hablaré de usted a mi esposa. Hay mucho sentido en lo que dice. No habla como los especialistas de costumbre. Su juicio es equilibrado, objetivo, tranquilo. Normalmente, a mi esposa no le hablo de las opiniones que la gente expresa sobre mi trabajo. De hecho, sólo le cuento lo que me afecta profundamente. Comprenda, estoy muy unido a mi esposa. Llevamos casados dieciséis años.

Vanning clavó la vista en un punto de la pared, por encima de la pintura más alta.

—¿Es que la han tomado conmigo?

—¿Cómo dice?

Vanning siguió mirando fijamente la pared.

—¿Por qué han de machacarlo siempre?

—Lo siento, pero no comprendo.

—Olvídelo. No he dicho nada. Es algo que hago de vez en cuando. No se preocupe. Venga, choque esos cinco. Espero que su esposa y usted sean siempre muy felices juntos. No hay nada como tener una esposa y estar locamente enamorado de ella, ¿cierto?

En el rostro del pintor, la expresión de desconcierto fue sustituida por una radiante sonrisa, y, al tiempo que le estrechaba la mano, prosiguió:

—Mi esposa lo significa todo para mí. Más que mi arte. Por eso no seré nunca un pintor verdaderamente grande. Pero no me importa. El éxito en el amor es el éxito en la vida. ¿Está usted casado?

Vanning asintió.

—No es un buen matrimonio —explicó—. No confío en ella. Tendría que dejarla marchar. Sé que no es buena para mí. Éste es el aspecto práctico. El otro aspecto me supera ampliamente.

—Dele una oportunidad. No es más que un ser humano. Y probablemente joven. Puede usted moldearla. Hágame caso; soy mucho mayor que usted. Al principio, en París, mi esposa me daba muchos problemas. Era un diablillo. ¿Sabe lo que hice? Me declaré en huelga de hambre. Al cabo de dos días sin comer, se arrodilló ante mí llorando como una chiquilla. Le dije que comería si preparaba una cena a mi gusto. Preparó un banquete. Hicimos una fiesta para los dos, nos emborrachamos y nos reímos hasta caer inconscientes. Eso es vivir, amigo. Eso es amar.

—Hay algo en lo que dice.

—Peléese con ella. Arme ruido. Dele excitación. Dele color. Dele hijos. Mi esposa y yo tenemos tres chicas y un muchachito. Todas las noches llego

a casa y encuentro un festival, un desfile de belleza, una deliciosa ópera cómica en mi propia casita. ¡Y vaya griterío! Es maravilloso.

—Debe de serlo —asintió Vanning.

Sonrió. Le dio al pintor unas palmaditas en el hombro y salió de la galería. En la calle, caminando por Lexington en dirección sur, siguió sonriendo, y muy gradualmente apareció un fruncimiento de ceño, de modo que sonreía y fruncía el ceño al mismo tiempo, dando la impresión de ser un hombre enfrascado en profundos pensamientos, un tanto divertido por lo que estaba pensando, un tanto intrigado. Y cuando la sonrisa se desvaneció y el ceño permaneció, daba la impresión de ser un hombre que había llegado a una decisión respecto a algo.

Aún tenía una hora que matar. Anduvo, contempló escaparates, siguió andando, entró en una camisería y compró varias camisas, algunas corbatas, unos cuantos pares de calcetines y un ostentoso batín de brocado. Tal ostentación en su propia persona le sugirió una idea, y poco después estaba adquiriendo una caja de dulces de más de dos kilos y un frasco grande de un carísimo perfume. Luego volvió a casa, se duchó y se afeitó, estrenó una de las camisas, se puso frente al espejo y comenzó a experimentar con una corbata nueva.

Unos minutos antes de las siete iba andando por la calle Barrow.

También esta vez la puerta estaba abierta cuando llegó al rellano del tercer piso. Ella estaba arreglada. Sonreía.

Se le acercó un paso.

—¡Qué elegante vienes!

—Te he traído unos regalitos —anunció, tendiéndole los paquetes con envoltorio de fantasía.

—¿Para mí?

Tomó los paquetes y se los quedó mirando.

—Había pensado comprarte pieles, pero no sé cuáles son tus preferidas.

Ella no prestó atención al comentario. Vanning decidió dejarlo pasar. Entraron en la sala. Ella abrió los paquetes. La enorme caja de dulces le arrancó un murmullo de deleite. La adornada caja del perfume le hizo dar un paso atrás y abrir mucho los ojos. Él la estudiaba como si la tuviera bajo un microscopio.

Señalando el perfume, ella protestó:

—No debiste hacerlo.

—¿Por qué no?

—Es muy caro.

—¿Crees que no puedo permitírmelo?

Ella siguió mirando el perfume.

—Es un dineral.

Vanning no respondió. Estaba encendiendo un cigarrillo. La cosa empezaba tal y como él lo había deseado. Los regalos habían llevado la conversación al dinero, y el dinero, a su vez, podía conducir a la cartera. De ella dependía que fuera así. Esperó, diciéndose que debía obrar con la mayor precaución. Se enfrentaba con una mujer del tipo más inteligente y peligroso de todos. Superficialmente, una inocencia de voz suave, una sinceridad sin adornos. Bajo la superficie, una ajedrecista capaz de realizar jugadas sorprendentes sin piezas ni tablero.

—En serio —insistió ella—. No habrías debido gastarte todo este dinero.

—No es tanto, en comparación.

—En comparación ¿con qué?

Vanning se fijó en la forma en que ella lo miraba.

—En comparación con lo que tengo.

—No sabía que tuvieras mucho.

—Depende de lo que tú entiendas por mucho.

Ella se echó a reír.

—Puede que no me lo hayas contado todo acerca de ti.

—¿Por ejemplo?

—Puede que hayas heredado una fortuna.

—Es posible.

—¿Lo intento de nuevo?

—Pues claro —asintió Vanning—. A ver si lo adivinas.

Estaban el uno frente al otro, y era como si hubiese floretes entre ellos. Vanning intentaba desprenderse de sus propios pensamientos, de su estrategia; intentaba asimilar los pensamientos de ella a fin de examinarlos y determinar cuánta ventaja le llevaba. Porque, aun en aquel breve lapso, ella ya le había tomado la delantera, y avanzaba frente a él con paso firme pero tranquilo, mostrando una seguridad amenazadora, una serena superioridad como la de una pantera jugando con una cebra.

—Quizá me has tenido engañada todo el tiempo —sugirió—, y esto es una especie de broma. ¿No serás un joven genio de las finanzas?

—Vuelve a intentarlo.

—Has ganado una fortuna jugando a las cartas.

—¿Acaso doy la impresión de ser una persona hábil en el juego?

—Por eso precisamente podrías ser hábil. Porque no lo pareces. O quizá sería mejor decir astuto. La gente más astuta da la impresión de ser exactamente lo contrario.

—Es una buena observación —admitió Vanning—. Tomaré nota de ella para futuras referencias.

—Hazlo, sí. Ya verás lo conveniente que resulta, en ocasiones.

—Todavía te queda otro intento.

—Comamos primero —propuso Martha—. Pienso mejor con el estómago lleno.

Salieron hacia el restaurante elegido. Era uno de esos lugares donde la gente se concentra en la comida, pero cada reservado era un lugar de encuentro por sí mismo. Se concedía importancia a la intimidad, pero era una intimidad despreocupada. Mientras esperaban a que les sirvieran, su conversación se contagió de la atmósfera del lugar y se convirtió en una charla plácida e insustancial, salpicada de risas. Martha tenía un magnífico sentido del humor, que oscilaba de forma maravillosa entre lo seco y lo robusto. En algunos momentos, Vanning se encontró disfrutando de su compañía, sin pensar para nada en preocupaciones ni peligros. Ella comenzó a narrarle divertidas anécdotas del trabajo, y sus imitaciones de diversos clientes resultaron de primera categoría. A veces, Vanning se echaba a reír a carcajadas, y a veces sonreía y asentía con admiración mientras ella parodiaba a la perfección a un indeciso comprador de cristalería.

Cuando llegaron los filetes, dejaron de tontear. La comida era excelente y los dos concentraron en ella toda su atención.

Más tarde, con el brandy, se miraron el uno al otro.

—Todavía te queda un intento —insistió Vanning.

—Oh, sí. Lo había olvidado.

—Yo no.

—¿Quieres comprobar lo lista que soy?

—Ya sé lo lista que eres —respondió él—. Ahora quiero comprobar tus dotes de adivinación.

—¿Y si no se trata de una adivinación?

—Si no es adivinación, es deducción. Si no es deducción, es que sabes leer los pensamientos, y te pondré a trabajar en Broadway. Bien; vamos allá. Esta vez es la que cuenta.

Le dirigió una sonrisa. Ella no se la devolvió. Un extraño silencio se convirtió en una burbuja que fue haciéndose más y más grande en el centro de la mesa, y Vanning la veía a través de la burbuja. Veía su cara, y eso era todo lo que podía ver. Estaba asustado, y no sabía por qué. No había motivos para estarlo. La situación no presentaba ningún peligro inmediato. Pero estaba muy asustado y, gradualmente, mientras seguía contemplando a Martha, comprendió que no era a Martha a quien temía. Ni a John. Ni a la policía. Tenía miedo de sí mismo.

Y entonces, de pronto, hubo un estallido en su cerebro y el restaurante, Martha, la mesa, el brandy, todo adquirió la sustancia y las dimensiones de una horrible realidad. Horrible únicamente porque era real, tan real que no podía ignorarse. Estaba enamorado de ella.

Imposible y, además, ilógico. Pero era un hecho. La atracción y el sentimiento quedaban más allá de toda posibilidad de medida, más allá del análisis. La cosa en sí era clara y definida, por más que las razones fueran vagas y remotas y por más que él no sintiera ningún deseo de pormenorizar tales razones. Había una misteriosa concordancia entre esta situación y otra cosa que le había ocurrido antes, pero en aquellos momentos no era capaz de recordar qué era esa otra cosa. Su mente estaba demasiado atareada admitiendo el hecho, la espantosa realidad de que se había enamorado de aquella mujer. Se habían cerrado los grilletes, de un metal cruel e irrompible, y estaba aprisionado. Y también esto constituía una temible paradoja, pues no sentía el menor deseo de liberarse. No le importaba qué era ella, no le importaba lo que había hecho o lo que estaba haciendo, no le importaba qué problemas y dolores podía hacerle sufrir la Martha oculta; estaba enamorado de la Martha que veía ante sí en aquellos momentos.

Era un fenómeno de proporciones descomunales. Algo más grande que la misma vida. Y, sin embargo, por muy grande que fuese, había otra cosa aún mayor. Y entonces comprendió también qué era esta cosa, aunque su comprensión no fue acompañada de ningún estallido. El conocimiento le llegó de una forma tranquila. Estaba seguro de que ella se había enamorado de él.

—Estoy preparado —anunció.

—Espera. Estoy pensando.

—A ver si lo haces bien.

—Si lo hago demasiado bien creo que no va a gustarme. Lo arruinará todo.

—Estoy dispuesto a correr el riesgo.

—Quizá sea porque no tienes demasiado que perder.

—¿Y tú?

—Yo perderé mucho. No te imaginas lo mucho que perderé. ¿Te importa que no siga adelante?

—Sí que me importa —respondió él—. Quiero que hagas el intento.

—Ya no se trata de un intento. Estoy segura de saberlo. Si tengo razón, todo el asunto se deshace ante mis ojos. Si me equivoco, me dejarás plantada y nadie podría reprochártelo. No quiero perderte, Jim. Quizá ya te habías dado cuenta.

—Había estado dándole vueltas a la idea, sí.

—No me importa lo que seas —declaró—. No quiero perderte.

La miró fijamente. Ella acababa de repetir lo que él había estado diciéndose. Y no era ninguna farsa. Porque lo decía en serio, completamente en serio, y su mirada y sus palabras eran mucho más terribles que una farsa. A él sólo se le ocurría una explicación. Martha Gardner tenía dos caras, y la que él había creído que era la cara oculta no estaba oculta en absoluto, sino a la vista; vivía, respiraba, actuaba. Y sin duda ella temía y detestaba aquel aspecto de sí misma tanto como podía aborrecerlo él.

—Estás en mitad de la cuerda floja —le dijo—. No puedes echarte atrás.

—Lo estás deseando, ¿no es cierto?

—Digámoslo de otra forma. Digamos que lo estoy exigiendo.

Una chispa de indignación brilló en sus ojos.

—Lo dices como si estuviera obligada.

—Los dos estamos obligados. Ha llegado el momento de que nos quitemos las caretas.

—No sé qué quieres decir.

—Quiero decir que nos quitemos las caretas. Que abandonemos el escenario. Que nos limpiemos el maquillaje. Dilo como quieras.

—Lo siento, Jim. —Una sonrisa de confusión cruzó fugazmente por sus labios entreabiertos—. Me tienes a oscuras.

—¿De veras?

Se inclinó hacia Martha, y sus ojos eran como un haz de lanzas. Ella se llevó los dedos a la barbilla.

—Es extraño el modo en que me miras.

—Estoy mirando a la vida que me espera. A tu lado.

Ella le dedicó una mirada oblicua.

—No estaré molestándote, ¿o sí?

—No me sigues —declaró él. Se mordió una uña—. Salgamos de aquí.

Pagó la cuenta. Salieron del restaurante. Sobre el Village caía el crepúsculo, y no había mucho movimiento en la calle. Echaron a andar, llegaron a la Quinta avenida, y luego giraron en dirección al arco que oficialmente daba la bienvenida a quienes se internaban en Washington Square. Esperaba que ella dijera algo, y sabía que ella esperaba a que él hablara. Finalmente, comprendió que era a él a quien le correspondía hablar.

—Te diré un secreto —comenzó—. He estado jugando contigo.

—Ya me había dado cuenta.

Había dolor en su voz.

—Pensé que quizá daría resultado. Una idea tonta, ¿no crees? Como tratar de pescar un pez espada con cebo para truchas. Nunca he subestimado tu inteligencia. Sencillamente, he sobreestimado la mía. Pero ya no tengo ganas de seguir luchando. Sea lo que fuere lo que estás tratando de ganar, ya lo has ganado.

Ella se detuvo. Le miró. Y de pronto estalló, y había furia en su voz, y dolor también:

—¡No me vengas con rompecabezas! No intentes tomarme el pelo y reírte de mí. Me contaste una historia y la creí. Porque quería creerte. Nada más. Era muy sencillo. Pero tú no quedaste satisfecho. Tenías que complicarlo todo, llenarlo de interrogantes, y dejarme a mí a un lado de la verja mientras tú te quedabas en el otro. He intentado pasar a tu lado, pero no lo has permitido. Y supongo que no puedo culparte. Después de todo, ¿quién soy yo? ¿Por qué habrías de compartir todo ese dinero conmigo?

—¿Es esa la respuesta que estaba esperando?

—No hace falta que trate de adivinar nada. Ahora ya lo sé. ¿Cómo quieres que no lo sepa? ¿Por qué, si no, habrías de estar hurgando todo el tiempo, intentando averiguar si yo sospechaba algo?

—Lo dices como si yo fuera culpable.

—¿Y no lo eres?

—Muy bien; supongamos que lo soy. Supongamos que no he perdido la cartera y que ahora tengo trescientos mil dólares escondidos en un lugar seguro. ¿Qué piensas hacer al respecto?

—Nada.

—¡Vamos, vamos! Soy un delincuente. Soy un asesino. ¿No piensas acudir a la policía?

—Pienso irme a casa —replicó ella—. Quiero que me dejes en paz. Para siempre. Por favor… No quiero volver a verte.

—Lo que verdaderamente quieres decir es que esta Martha no quiere volver a verme, pero ¿qué hay de la otra Martha? La otra Martha, la mala, la que es amiga de John.

Ella dio una boqueada, como si le faltara el aire. Sus ojos se abrieron y dio un paso atrás, y otro paso, y de pronto giró sobre sí misma y echó a correr. Fue como si la persiguieran los diablos. Vanning permaneció inmóvil, mirando cómo corría. Cuando la perdió de vista, se volvió y regresó a la Quinta avenida, donde subió a un autobús. No sabía adonde quería ir. El autobús llegó al final del trayecto, dio la vuelta y empezó un nuevo recorrido. Al final del segundo trayecto, Vanning bajó, se metió en un bar y permaneció en él una hora. Luego cruzó a pie el Village y regresó al sitio en que vivía. No se sentía capaz de dormir. No estaba cansado, y aún era temprano. Se recostó contra la barandilla de hierro de los escalones de la entrada y se puso un cigarrillo en la boca, miró al otro lado de la calle, sacó una caja de cerillas y encendió el cigarrillo. Luego dejó caer la cerilla aún ardiendo y volvió a mirar al otro lado de la calle. Y el cigarrillo se le cayó de la boca.

El hombre comenzó a andar hacia él.

OceanofPDF.com

14

—¿Se acuerda de mí?

—¿Qué quiere? —preguntó Vanning.

—Apuesto a que ni siquiera recuerda mi nombre. Le dije mi nombre, ya sabe.

—No lo recuerdo.

—Fraser.

—Ah, sí —respondió Vanning mecánicamente—. Es cierto.

—Y usted es Van.

—Van Rayburn.

—No —replicó Fraser—. Eso fue ayer por la noche, cuando trepó a un árbol y sostuvimos los dos una conversación de padre a hijo. Esta noche es Vanning. Usted se llama James Vanning.

—Cambia usted de ritmo muy fácilmente, ¿eh?

—No crea. Es la misma rutina de siempre, día tras día. De vez en cuando, llega a cansarme, pero la conozco bien.

—No me atrevería a contradecirle —dijo Vanning. Respiró hondo—. Estoy listo para acompañarle ahora mismo.

—Yo todavía no estoy listo —contestó Fraser.

—¿Qué quiere de mí?

—¿Por qué no nos quedamos aquí y hablamos un poco?

—Eso fue ayer por la noche —respondió Vanning—. ¿Recuerda? La charla sobre psicología fue anoche. Ahora ya ha terminado los preliminares. Ahora a venido a rematar el trabajo. Lo ha conseguido. Ha realizado una magnífica labor y ahora todo ha terminado y no sé qué nos retiene aquí.

—Si no le molesta, actuaré como me parezca mejor. El caso es mío.

—Creía que lo llevaba Denver.

—Denver lo pasó a Nueva York, y Nueva York me lo ha dado a mí. Por completo. Si algo va mal, la culpa es sólo mía. Caerán sobre mí desde todas partes. Desde Nueva York y desde Denver. Y desde Seattle.

—No veo dónde entra Seattle.

—Ya le he dicho que me encargo del caso por completo. De todo el caso. Lo que tendría que hacer ahora es detenerle y comenzar a buscar a los otros dos hombres.

—Los otros tres hombres.

—¿Se da cuenta? —adujo Fraser—. Ya me ha proporcionado algo.

—Excelente. ¿Qué puede proporcionarme usted?

—Todas las oportunidades posibles. No creo que sea usted un asesino.

—Pero lo soy.

—¿Por qué?

—Defensa propia.

Fraser se embutió las manos en los bolsillos de la chaqueta, dejando fuera los pulgares.

—¿Y si subimos a su habitación y hablamos con calma?

No esperó la respuesta de Vanning. Pasó junto a él, y subió las escaleras precediéndole. A Vanning le habría resultado fácil atacarle por la espalda.

Ambos lo sabían. No les hacía falta mencionarlo. Mientras subían hacia la habitación, permanecieron en silencio, como si tuvieran por delante algo lógico y bien definido, como si fueran miembros de una organización muy cerrada.

Ya ante la puerta, Fraser se hizo a un lado. Vanning se adelantó, introdujo su llavín en la cerradura y abrió. Un instante antes de entrar, miró el rostro enjuto de Fraser, sus marcadas facciones. Sus ojos negros, penetrantes. El bigote negro. Fraser le sonrió. Le respondió con una franca sonrisa, relajado pero, aun así, muy erguido. Respiraba con facilidad. Era como si le hubieran quitado un tremendo peso de los hombros.

Fraser se acercó al tablero de dibujo y se detuvo a contemplarlo.

—Aquí tengo otra cosa —comentó—. Anoche me dijo algo de verdad. Dijo que trabaja como ilustrador publicitario.

—Anoche no se lo conté todo, pero lo que le dije era verdad.

—¿Tiene algo de beber?

—En seguida lo preparo.

—Con mucho hielo. Hace una noche agobiante.

Vanning preparó las bebidas y las sirvió. Durante algún tiempo se concentraron seriamente en sus vasos, pero al fin Fraser dejó el suyo y continuó:

—Muy bien. Estoy dispuesto a escucharle. Quiero que me lo cuente todo. Todos los movimientos, todos los detalles. Desde el principio.

Le llevó casi una hora. Fraser apenas le interrumpió alguna vez, y únicamente cuando era necesario para aclarar los hechos.

Vanning hablaba en voz baja, pero sin vacilar ni repetirse. Le resultaba fácil hablar. A pesar del bajo volumen, su voz era clara. Hacia el final, había algo más en ella que un poco de confianza.

Cuando terminó, Fraser se aproximó al tablero de dibujo, tamborileó con sus dedos sobre él, y se volvió de cara a la silla en la que Vanning estaba instalado, una pierna cruzada sobre la otra.

—Hay una sola cosa que no veo clara. Volvamos a ella. Volvamos a esa habitación en un hotel de Denver. A ver si puedo repetirlo tal y como me lo ha contado. Usted se encuentra en esa habitación con John y Pete. Lo meten en el cuarto de baño, pero no cierran la puerta. Mantienen una conversación en susurros. Eso es razonable. Muy bien; usted está en el cuarto de baño, esperando. De pronto, se da cuenta de que en la habitación contigua hay un silencio total. No lo comprende. Así pues, decide arriesgarse y abre la puerta. Y la habitación está vacía. Pero encima de la cama hay una pistola. Y encima de la cómoda hay una cartera. Y esto, muchacho, es una cosa bien extraña.

—Si pudiera explicárselo, lo haría.

—Eso ya lo sé —respondió Fraser—. Yo, al menos lo sé. Pero la gente no se lo creería. En un tribunal se reirían de usted. Ya ve en qué situación estamos. El montaje de la pistola y la cartera… No encaja. Es increíble.

—Entonces, supongo que estoy perdido.

—No hable así —protestó Fraser—. Soy optimista, pero si pierde la serenidad no hará más que complicarme las cosas.

—Aguantaré.

—Tiene que hacerlo. Vamos a ver si resolvemos esto entre los dos. Estoy convencido de que es usted inocente, y haré todo lo que esté en mi mano para ayudarle a salir de ésta. Ahora, lo que hemos de hacer es encontrar una explicación a esa increíble escena del hotel. ¿Qué me dice?

Estaba mirando a Vanning. No hacía falta responder nada. La mirada era una petición, y Vanning la acogió, la examinó y supo lo que quería decir. Pensó en Martha. Pensó en los ojos de Martha. Y en sus labios. Y en su forma de andar. Su voz. Su presencia. Quiso apartarla de su mente.

Fraser se cruzó de brazos, ladeó la cabeza y siguió mirándole de la misma forma. Los segundos se convirtieron en un minuto completo. Fraser añadió:

—Bueno, ¿qué me dice? ¿Sabe por dónde podemos empezar?

—Creo que sí.

—Bien. ¿Lejos de aquí?

—En la calle Barrow.

—Lo suponía. Conozco la casa, pero hay más de un apartamento.

Salieron del cuarto. Caminaron por la calle, ni deprisa ni despacio. Caminaban el uno junto al otro, dos hombres dirigiéndose a cualquier parte.

Cuando llegaron a la calle Barrow, Vanning se estremeció. Luego, dejó escapar un suspiro. Fraser se lo quedó mirando.

—¿Algo anda mal? —preguntó Fraser.

—La chica.

—¿Qué pasa con ella?

Vanning cerró los ojos y se apretó la frente con las yemas de los dedos.

—Yo creía que era un hombre con sentido común —respondió—. Creía que sabía cómo era la vida.

Se habían detenido. Fraser encendió un cigarrillo.

—Todos creemos que sabemos cómo es la vida. Creemos que nos conocemos a nosotros mismos. Si fuera cierto, seríamos calculadoras y no seres humanos. Usted está enamorado de esa chica y no quiere destrozarle la vida. Está muy enamorado, porque ahora no es Vanning lo que importa, ¿me equivoco?

—No soy capaz de pensar con sentido práctico.

—Tome, termínese este cigarrillo.

—Eso no me servirá de nada. Tal vez si me diera un buen puñetazo en la boca…

—Eso tampoco le serviría. Tratemos de ver las cosas con algo de perspectiva. ¿Le parece que participó en el golpe de Seattle?

—No lo sé.

—¿Y qué me dice de Denver?

—No lo sé.

—Nos pondremos en lo peor. Lo pintaremos tan negro como podamos. Supongamos que ha estado trabajando para ellos desde el principio. Recuerde que vamos a lo peor. De acuerdo, digamos que colaboró en el atraco de Seattle. Y probablemente en unos cuantos golpes antes de ése. Y supongamos también que tiene antecedentes penales. Podrían caerle unos diez años. ¿Qué edad tiene usted?

—Treinta y tres.

—Tendrá cuarenta y tres cuando ella salga. ¿Está dispuesto a esperar?

Vanning se volvió de espaldas a Fraser y contempló la calle, sus ojos clavados en la fachada de ladrillo blanco de la casa en que ella vivía.

—No puedo dejar que suceda así —respondió—. Ignoro por qué se metió en esa clase de vida, pero sé que no está hecha para ella. Es una chica sana, llena de vitalidad. Necesita un hombre. Necesita un hogar y niños. Si la encierran se marchitará. Quiero verla reír. Quiero verla en la cocina, delante del fogón. Paseando un cochecito de bebé por la calle. No quiero verla entre rejas. No puedo soportarlo.

Consultando su reloj de pulsera, Fraser añadió:

—Si nos movemos deprisa, puede que logremos terminar con este asunto antes de que amanezca.

—Diez años.

—Recuerde, le he dicho que nos poníamos en el peor de los casos.

—Prométame que tendrán consideración con ella.

—Seré sincero con usted. No puedo prometerle nada. Cuando la haya detenido, la cosa habrá escapado de mis manos.

—Ella no viajaba en el coche accidentado. Quizá no tuvo nada que ver con lo de Seattle.

—Quizá.

—Todo es quizá. Todo.

—Será todo quizá mientras nos quedemos aquí hablando —razonó Fraser—. ¿Por qué no vamos y lo averiguamos?

—¿He de estar presente?

—Tendrá que enfrentarse a ella tarde o temprano.

Vanning echó a andar de nuevo. Fraser se puso a su altura. Avanzaban por la calle Barrow.

—Fíjese en lo que estoy haciendo —se quejó Vanning—. Fíjese en lo que estoy haciéndole a ella.

—Piense en lo que está haciendo por usted mismo.

—Tuve que ir a Chicago pasando por Colorado. No podía ir por otra carretera. No, tuve que ir precisamente por aquella.

—Entonces no habría llegado a conocerla, para empezar.

—A eso me refiero.

—Todo está bien, pues —concluyó Fraser—. Todo conduce a lo mismo.

—No, no es cierto. No lo veo de esa manera. Estoy seguro de que la hubiera conocido en alguna otra parte. No sé. Era forzoso que nos conociéramos.

—Hermano, creo que necesita un calmante. Necesita una ducha fría. Está bastante mal, ¿sabe? Y si sigue usted así no será una gran ayuda para mí. Lo cual quiere decir que yo tampoco podré ayudarle a usted.

—¿No puede ayudarla de ninguna manera? ¿No puede hacer nada?

—No, si es una delincuente. Si es una delincuente, debemos encarcelarla. Para eso nos paga la sociedad. Le sorprendería saber lo mucho que detestamos nuestro trabajo algunos de nosotros. Pero alguien tiene que hacerlo. Si no, las calles estarían llenas de cadáveres y escaparates rotos. Intente verlo de esta forma. —Se volvió y advirtió la cara que ponía Vanning—. No —rectificó—, será mejor que no lo intente. No piense en nada. Limítese a conducirme hasta esa dirección.

Siguieron caminando. Las casas pasaban a su lado como una procesión funeraria. La casa de ladrillo blanco estaba cada vez más próxima. El blanco destacaba sobre el negro de la calle como algo muerto rodeado de plañideras.

—Ésa es —anunció Vanning, señalando con el dedo.

—Vamos.

Llegaron ante la puerta, y Fraser se fijó en el cuadro con los nombres de los inquilinos.

—¿Cuál es?

—Gardner.

Fraser pulsó el botón.

—Tal vez no esté en casa —aventuró Vanning.

—Lo averiguaremos.

—Quizá ha hecho las maletas y se ha ido.

—Es muy posible.

—Supongo que es lo que debe de haber hecho. Se habrá ido. Si estuviera en casa, abriría la puerta.

—Lo intentaré otra vez.

—No vale la pena. Se ha ido.

Fraser apretó los labios.

—Y si se ha ido —replicó—, está usted listo. ¿Se da cuenta? No sabría conducirme a aquella casa en las afueras de Brooklyn. Me dijo que no tenía ni idea de dónde quedaba. Si la chica se ha ido, hemos perdido nuestro único contacto. Piense en ello.

—Ya lo he pensado. No me importa.

Fraser volvió a apretar el botón, y dejó su dedo sobre él mientras observaba a Vanning.

Y entonces sonó un zumbido.

—Está en casa —dijo Fraser.

—No he oído nada.

—Le he dicho que está en casa. Subimos. —La mano de Fraser se deslizó hacia un bulto en un bolsillo de su chaqueta—. Venga, Vanning. Esto es el final.

Fraser abrió la puerta y se hizo a un lado.

—Usted primero.

—¿No se fía de mí?

—En el estado en que está ahora, no. Hágame un favor, ¿quiere? No me obligue a utilizar la pistola. Por favor.

Vanning pasó ante Fraser, comenzó a subir y oyó los pasos del policía a su espalda. La escalera y las paredes parecían haber sido pulimentadas, parecían resplandecer de una forma irreal. El resplandor aumentó. Vanning pensó que verdaderamente era una escena irreal. Cuando llegó al rellano del segundo piso, se detuvo.

A su espalda, Fraser preguntó:

—¿Dónde es?

—En el tercer piso.

—Siga subiendo.

—Esto es un infierno.

—¡Arriba!

Ascendieron hasta el tercer piso. La puerta estaba abierta y ella esperaba en el umbral, y otra vez vestía la bata acolchada de satén azul. Cuando vio a Vanning, sus ojos se iluminaron. Cuando vio a Fraser, sus ojos se abrieron y se metió en el apartamento, dejando la puerta abierta. Siguió retrocediendo hacia el interior, mirando a Vanning, a Fraser, nuevamente a Vanning.

Fraser cerró la puerta. Cruzó la habitación como si hubiera vivido en ella durante años. Bajó la persiana y se volvió de espaldas a la ventana. Se apoyó en el alféizar y cruzó los brazos, contemplando a Martha.

—Siéntese —comenzó—. Quiero hablar con usted.

Ella se dirigió hacia una silla, sus ojos fijos en Vanning. Tomó asiento, y sus ojos seguían mirando a Vanning. Fraser preguntó:

—¿Es usted Martha Gardner?

—Así me llamo.

Haciendo un ademán en dirección a Vanning, el policía siguió:

—¿Conoce a este hombre?

—Sí.

—¿Quién es?

—James Vanning.

Ahora, por primera vez desde que la puerta se había cerrado, apartó la vista de Vanning y se volvió hacia el policía.

—Vamos a pisar a fondo el acelerador —le advirtió Fraser—. Vamos a utilizar un buen cuchillo y cortaremos todo lo que no importe. Dígame, señorita Gardner, ¿cómo se gana usted la vida? Rápido, quiero que conteste rápido.

—Vendo cristalería en unos grandes almacenes.

—¿Cuánto hace que trabaja allí? No, espere. ¿Cuánto hace que vive en Nueva York?

—Tres años.

—¿Y en esta dirección?

—Cinco meses.

—Aquel viaje a Seattle lo hizo en tren, ¿no?

—Nunca he estado en Seattle.

—Entonces, ¿en qué ciudad conoció a John?

—John ¿qué más?

—Sólo John. Vamos, señorita Gardner, vamos.

Ella se volvió hacia Vanning. De pronto, le sonrió. Preguntó:

—¿Qué sucede, Jimmy? ¿Por qué estás tan triste?

La mirada de Vanning se clavó en el suelo. Se sostenía sobre sus dos piernas, pero todo su cuerpo experimentaba la sensación de estar cayendo a tierra, de estar hundiéndose en la tierra.

—Estamos hablando de John —insistió el policía—. El hombre que estuvo aquí anoche. ¿En qué ciudad lo conoció? ¿Cuándo?

—Anoche —respondió ella—. En esta habitación. Fue la primera vez que lo vi.

—¿Es cierto?

—Es cierto —contestó—. Le contaré cómo fue, si quiere.

—Desde luego que sí. Y vale más que sea convincente, señorita Gardner, porque está usted metida en un buen lío.

—No lo creo —dijo ella—. No me preocupa en absoluto. Sé que todo va a arreglarse. —Se volvió y sonrió nuevamente a Vanning—. ¿Verdad que sí,

Jimmy? —A continuación, miró otra vez a Fraser y la sonrisa desapareció —. El hombre al que llama John, el hombre que estuvo aquí anoche, dijo llamarse Sidney. Me contó que era un viejo amigo de James Vanning. Éstas fueron sus palabras, tal y como él las pronunció. Dijo que había olvidado la dirección de Vanning y me preguntó si yo la sabía. Le dije que no.

—¿Cómo consiguió él esta dirección?

—Yo también me lo pregunté. Me explicó que Vanning le había hablado de mí, y un día, paseando por la calle Barrow, le había mostrado la casa en que vivía.

—¿Lo creyó?

—No.

—Muy bien. Entonces, ¿cómo consiguió esta dirección?

—No tengo la menor idea.

—¿Quiere decir que no mantiene ninguna relación con ese hombre?

—Ninguna.

—¿Ha estado usted alguna vez en la cárcel?

—No.

—Volvamos a ese John, Sidney o como quiera que se llame. ¿Qué más le contó anoche?

—Eso fue todo. Solamente quería averiguar la dirección de Vanning. Pero se quedó un buen rato, tratando de conseguirla. Lo intentó de una forma indirecta. Yo le dejé que hablara. Le hice sentir como en su casa. Incluso le invité a beber. No quería que desconfiara de mí.

—Que desconfiara ¿por qué?

—Sé quién es.

—No hace falta que ponga una cara tan seria, señorita Gardner. No está usted jugando al poker. Dice que sabe quién es. ¿Cómo lo sabe?

—Jimmy me lo contó. Jimmy me lo contó todo.

Fraser hizo un gesto con la barbilla en dirección a Vanning.

—¿Por qué le llama Jimmy?

—Porque se llama Jimmy.

Fraser extrajo un paquete de cigarrillos del bolsillo de su chaqueta, y se lo pasó de una mano a otra.

—Creo que estamos dando vueltas. Seguimos sin tener nada concreto. —Su cabeza se inclinó, se alzó de golpe, sus ojos se clavaron en Martha y preguntó—: ¿Está usted verdaderamente enamorada de este individuo que tiene delante?

—Locamente.

—¿Comprende en qué apuro se encuentra él?

—Sí.

—¿Y en qué apuro se encuentra usted?

—Sí.

—Dígame, señorita Gardner, ¿es el amor una cuestión importante para usted?

—Lo es todo.

—Entonces, ¿por qué diablos no colabora?

—Le he contado todo lo que sé. Estoy dispuesta a hacer lo que usted quiera.

Fraser se incorporó. Cruzó la habitación, llegó a la puerta e hizo ademán de pegarle un puñetazo, pero se contuvo a tiempo. Luego, comenzó a dar la vuelta y, de pronto, se detuvo y dejó caer los brazos, que le quedaron colgando flojamente. Y se quedó allí, inmóvil.

La situación se prolongó unos absurdos segundos, pero cuando el absurdo se desvaneció, se desvaneció de súbito. Fraser giró vertiginosamente, se quedó de cara a la puerta, la abrió con precisos y veloces movimientos y sacó su revólver del bolsillo, el dedo en el gatillo. Y retrocedió hacia el interior del cuarto, haciendo un gesto de llamada con la otra mano.

—Pase, pase —invitó—. Hoy no se cierra.

OceanofPDF.com

15

John entró con expresión de gran sorpresa. Tenía una pistola en la mano, pero no apuntaba a ningún sitio en particular.

—Tire la pistola al suelo —le ordenó Fraser—. Cuidado con lo que hace, porque saldríamos los dos mal parados. Cierre la puerta, Vanning.

Vanning pasó por detrás de John, cerró la puerta y permaneció allí, a espaldas de John, esperando.

Fraser dio un paso hacia John e insistió:

—Le he dicho que tire la pistola al suelo.

—Eso es mucho pedir —objetó John.

—Estoy en condiciones de pedir mucho.

John había alzado su arma, y las dos pistolas estaban apuntando y listas para disparar.

—Estoy en condiciones de negarme —replicó John.

—Podemos quedarnos así toda la noche.

—Es posible.

—O podemos empezar a disparar y acabamos en un momento.

—Vaya usted a su aire, que yo iré al mío.

Fraser se mordió el labio inferior. Contempló su pistola unos instantes y luego, cuando sus ojos volvieron a elevarse, posó la mirada en Vanning durante una fracción de segundo. En seguida, le dirigió una sonrisa a John y le dijo:

—No valgo para estos juegos. Mis nervios no lo soportan.

Se encogió de hombros y arrojó la pistola hacia el sofá cama. En el preciso instante en que el arma entró en contacto con la tapicería, Vanning se adelantó, asió el brazo de John y comenzó a retroceder. John emitió un quejido y cayó de rodillas. El brazo de John estaba doblado contra su espalda, y sus dedos sin fuerza dejaron escapar el revólver. Vanning lo atrapó antes de que llegara al suelo. Se apartó de John y le tendió la pistola a Fraser, que se guardó el arma en el bolsillo, se acercó al sofá y recogió su propio revólver. Se volvió hacia Vanning y le sonrió.

—No ha estado nada mal —aprobó.

John estaba sentado en el suelo, frotándose el brazo. Cuando hizo ademán de levantarse, Fraser lo inmovilizó con un gesto de la mano que

sostenía la pistola.

—Quédese ahí —ordenó—. No hace falta que nos andemos con cumplidos.

—Soy un idiota —se quejó John—. Y creo que no les gusto a las pistolas. Nunca he tenido mucha suerte con ellas.

Fraser miró a Martha y después a John. Sus ojos volvieron a posarse en Martha, pero se dirigía a John cuando preguntó:

—¿Qué me dice de ella?

—No tiene nada que ver —contestó John.

—No es suficiente. Deberá explicarme por qué. Y tendrá que ser muy convincente.

—Vanning puede explicarle por qué —dijo John—. La otra noche, cuando nos lo llevamos, perdió el conocimiento. Aproveché para registrarle los bolsillos. Quería ver si podía averiguar dónde vivía. Fue inútil, no llevaba encima ningún documento personal, ni siquiera una tarjeta de visita. Pero encontré un papel con el nombre de la chica y su dirección. Copié los datos y volví a guardar la nota en su bolsillo.

Fraser interrogó a Vanning con la vista.

—¿Qué me dice?

Vanning ostentaba una sonrisa cansada. Asintió lentamente.

—Puede ser. Concuerda.

—Muy bien —dijo Fraser, acomodándose en una silla. Sus ojos eran flechas, y John, el blanco inmóvil. Ahora tiene la posibilidad de arruinarle la vida a Vanning. ¿Se da cuenta?

—Ya lo veo.

Los ojos de Fraser estaban casi cerrados, y daban la impresión de ser como las lentes de una cámara.

—Las cosas están así, John. Ya no es usted joven y, si no me equivoco, este asunto va a costarle un largo tiempo en prisión. No creo que sea muy feliz allí, pero, si hay algo bueno en usted, creo que dormirá mejor por las noches sabiendo que actuó correctamente con nuestro amigo.

John contrajo el rostro un instante.

—No estoy muy cómodo, aquí en el suelo.

—Póngase cómodo.

John se levantó y se dirigió hacia la silla más cercana. Tomó asiento en el borde, con las manos recogidas entre las piernas. Hubo un silencio tenso, y John contempló la pared frente a él, a lo que siguió un breve intervalo

durante el cual sus ojos pasaron de Fraser a Vanning, a Martha y nuevamente a Fraser.

El intervalo llegó a su fin, y John propuso:

—¿No podríamos hacer un trato?

—Podemos intercambiar hechos —respondió Fraser—. Nada más.

—Eso es lo que quiero. Los hechos. Quiero ver en qué situación me encuentro. Veamos qué tiene usted contra mí.

—Lo más importante que tengo es lo de Seattle. Sé que fue usted el cerebro del atraco. Trescientos mil dólares. Hay tantos indicios que apuntan hacia usted que ni siquiera me tomaré la molestia de enumerarlos. ¿Quiere que siga?

—Creo que ya me ha dicho lo suficiente —respondió John—. Es un intercambio justo. Sólo quería estar seguro de lo de Seattle. Esto me deja metido en la sopa, y no hay razón para que arrastre a Vanning conmigo. Él está limpio.

—¿Piensa declararlo así?

—Está limpio —repitió John—. No tuvo nada que ver con Seattle. Es inocente, pero si quiere recuperar los trescientos mil, sólo Vanning puede decirle dónde están.

—Ya llegaremos a eso —contestó Fraser, mirando a Vanning.

Hubo un momento de asombro, seguido por un momento de absoluta comprensión, y lo primero que Vanning sintió después fue una profunda admiración por la capacidad mental de Fraser. Esto duró unos pocos instantes brumosos, y dedujo que Fraser le había utilizado lindamente. Pero no podía odiar al policía. No podía culparle ni a él ni a nadie por poner en duda la historia de la cartera perdida. Casi estaba a punto de dudar él mismo. En un frenético esfuerzo por despejar esta duda, retrocedió en la memoria a Colorado y trató de ver Denver, y un oscuro callejón en esa ciudad se convirtió en parte del círculo que, zumbando y rechinando, giraba, giraba y giraba sin dar señales de ir a detenerse.

Fraser encendía un cigarrillo. Lo hacía lenta, metódicamente. Cuando alzó la cabeza, sus ojos se dirigieron a John.

—Analicemos lo de Denver —propuso—. Si verdaderamente quiere arreglarle las cosas a Vanning, ha de explicarnos el asunto del hotel. Nos contará por qué dejó a Vanning solo, con la pistola y la cartera.

—A estas alturas, debería ser capaz de imaginarlo. Usted es el policía.

—Pero no soy vidente.

John se llevó las manos a la nuca.

—Fue todo cosa de Harrison. A mí nunca me ha gustado matar. No me parece buena idea. Traté de encontrar un modo de librarme de Vanning sin tener que matarlo, pero no se me ocurrió nada. Finalmente, Harrison me convenció de que sólo podíamos hacer una cosa, y cuanto antes, mejor. Harrison dijo que en eso consistía su trabajo. Era un especialista que todo lo reducía a números. Solía decirme que es estúpido arriesgarse a ser acusado de asesinato en primer grado si se puede hacer que la cosa quede en un segundo grado, o incluso en homicidio.

—Va usted muy lejos —comentó Fraser—. Siga un poco más.

—Harrison nos esperaba en Denver. Así es como fue todo. La puerta del baño quedó sin cerrar. Vanning dentro, y yo aguardaba en el dormitorio con otro hombre.

—¿Su nombre?

—Cuando lo capture —respondió John—, él mismo le dirá su nombre. —Hizo una pausa para dejar que reflexionara en sus palabras. Fraser asintió, para indicarle que había comprendido. Y entonces John añadió—: Harrison sabía a qué hotel iríamos. Dio un vistazo al libro de registro después de hacernos una seña en el vestíbulo. Luego, subió a la habitación y los tres discutimos el asunto. Harrison nos dijo que saliéramos, que él se encargaría del resto. Aclaró que no pensaba exponerse a una acusación de asesinato en primer grado y que iba a dar a Vanning una oportunidad de dejar sus huellas en la pistola. Y, si él quería, hasta podía guardársela. Calculando las probabilidades, eso es lo que haría. Cogería la pistola y se la metería en el bolsillo. Luego, si las cosas se torcían, Harrison podría alegar que Vanning había tratado de matarle. No había motivo para hacerlo en el hotel. Harrison prefería una calle a oscuras. Un trabajo limpio.

—¿No le parece que eso era complicar un poco la cosa? —inquirió Fraser.

—Harrison estaba muy seguro de sí mismo. Demasiado seguro. Tenía esa mala costumbre.

—Y usted ¿no se opuso?

—Le dije que estaba corriendo un gran riesgo —respondió John—. Pero era su trabajo, y dejé que lo hiciese a su manera. Estaba seguro de que saldría bien. Así pues, lo que hizo fue dejar la pistola sobre la mesa y la cartera en la cómoda, y luego salió y espero en el rellano. Y entonces salió Vanning con la cartera y la pistola, y lo que ocurrió a continuación aún no

me lo explico. Quiero decir, cómo pudo Vanning salir vencedor, porque Harrison tenía un gran talento en cuestión de armas.

—Tenía el revólver en el bolsillo —explicó Vanning, como si hablara consigo mismo.

Creía estar todavía en el bosque, huyendo en la oscuridad, tratando de alejarse del callejón en el que se enfriaba el cadáver de Harrison.

—Claro que lo tenía en el bolsillo —admitió John—. Y eso es lo que no entiendo. Harrison llevaba su arma en la mano, ¿no?

—Sí. Me apuntaba con la pistola.

La voz de Vanning era un zumbido. Se expresaba como un autómata y su mente parecía hallarse en otro lugar. Evocaba la negrura de la noche sobre Denver. Y el bosque. Y luego la colina. Subió a la colina. Había un prado. Cruzó el prado. Había un arroyo. Se metió en el arroyo y el agua le cubrió hasta las rodillas, y siguió sumergiéndose, hasta la cintura.

—Estaba de pie, apuntando con el revólver… —prosiguió John.

—Y yo saqué el arma de mi bolsillo y se la mostré. Es difícil de explicar. En aquel momento, en aquel preciso instante, no estaba pensando en utilizar el arma. No sé en qué pensaba. Sabía que estaba decidido a matarme, y supongo que toda la situación era un tanto demencial. La forma en que saqué la pistola y se la enseñé… Lo único que hizo fue quedarse parado y mirar la pistola como si fuera un nuevo invento. Ni siquiera recuerdo haber tomado la decisión de apretar el gatillo.

—Cuando sacó la pistola —comentó Fraser—, debió darle el susto de su vida. La forma en que la sacó. La forma en que la mostró. Si hubiera sacado la pistola con la intención de utilizarla, habría tenido tantas posibilidades como una mosca discutiendo con una araña. Quedó completamente desconcertado por lo que hizo, pero de todas formas fue una auténtica locura.

—He cometido muchas locuras últimamente —replicó Vanning, y por un instante sus ojos buscaron a Martha.

Fraser aspiró una bocanada de humo.

—Creo que por fin todo empieza a concordar —decidió. Y entonces se volvió hacia Vanning—. Sólo queda un punto, y si usted lo aclara habremos dejado el asunto resuelto, embalado y listo para enviar.

—No puedo —contestó Vanning.

—Inténtelo.

—Lo he intentado. Lo he intentado un millón de veces, pero no lo consigo. No puedo decirle dónde está, porque no lo sé.

—Recuerde —le pidió Fraser—. Vaya paso a paso. Trate de recordar todos los detalles.

Entonces John lanzó una carcajada y se dirigió a Fraser.

—¡Vaya comedia! Él trata de engañarle, usted trata de engañarle, y ninguno de los dos engaña a nadie. Claro que sabe dónde está, pero habría de estar loco para decírselo.

—Si no me lo dice —respondió Fraser—, será cómplice del atraco y tendrá que ir a la cárcel. Y nada de lo que digamos usted, la chica o yo cambiará las cosas en lo más mínimo. Imagíneselo delante de un tribunal.

—Ya lo he hecho —dijo Vanning—. Lo he hecho tantas veces que ya no soporto pensar más en ello.

—Yo pensaré por usted. Yo me lo imaginaré por usted. —Había dureza en la voz de Fraser—. Está usted ante el tribunal y le hablan de lo que hizo. Ahora llegamos, saca la pistola, apunta a Harrison…

—Ya he explicado eso.

—Explíqueselo al juez y verá qué ocurre. Es una historia increíble, porque no tiene ningún gramo de lógica, no tiene nada que la corrobore. A Seattle no le interesan sus problemas personales. A Seattle sólo le interesa recuperar los trescientos mil dólares. Escuche lo que van a pensar todos. Escuche bien… —La voz de Fraser adoptó la cadencia de una ametralladora, pronunciando palabras cargadas de fuego, más y más rápidas —: Usted saca la pistola. Apunta a Harrison y dispara. Lo mata. Recoge la cartera. Echa a correr con ella. Contiene trescientos mil dólares, todo el dinero del mundo, y es suya, es suya, es suya. Usted no es un delincuente y no robó ese dinero, pero ahora es suyo y por nada del mundo va a dejar que escape de sus manos. Así que se lo lleva al bosque, excava un hoyo y lo esconde bien, pensando que cuando todo haya terminado podrá ir a recogerlo…

—Pero ¡eso no es cierto! —estalló Martha.

Se hizo el silencio y todos la miraron.

Entonces Fraser cedió un poco.

—No me importa si es cierto o no —replicó—. Eso es lo que van a decir. Vaya a discutirlo con ellos. Trate de hacerles cambiar de idea. Usted, John, usted que ya está al margen de esto, ¿lo cree usted?

—¿Acaso parezco idiota? —replicó John. Y sonrió a Vanning—: No te ofendas, chico. Estás haciéndolo muy bien. Sigue así. Dentro de unos años estarás en la calle y todo será tuyo. Es una bonita cantidad, y podrás comprar un montón de cosas.

Vanning miraba al suelo, sacudiendo la cabeza a uno y otro lado, las manos en las sienes.

—No sé dónde está. No lo sé. No sé dónde está.

—Piense —insistió Fraser—. Piense.

—¿Por qué no lo deja en paz? —intervino John—. Se está portando usted como un detective de tercera.

Fraser parpadeó unas cuantas veces. Luego, dirigió una sonrisa a John y le dijo:

—Muy bien, lo dejaré en paz. Más aún: me voy a dar una vuelta y dejaré la pistola.

John era una estatua con grandes ojos de cristal cuando Fraser le tendió la pistola a Vanning, y luego los ojos de cristal se movieron lentamente, siguiendo a Fraser que se dirigía hacia la puerta.

—Se ha vuelto loco —sentenció John.

—Quizá sí —admitió Fraser—. Pero tengo confianza en este hombre. No puedo evitarlo.

—Con eso no nos dice nada —replicó John—. ¿A qué viene esta despedida?

—No es una despedida. —Fraser mantuvo la sonrisa—. Salgo un momento a charlar con sus amigos.

Los ojos de cristal se enturbiaron.

—¿Cómo ha sabido que estaban fuera?

Fraser se apartó de la puerta y cruzó la habitación en dirección al sofá cama. La sonrisa se desvaneció. Y respondió:

—Hasta un detective de tercera categoría sabría que están esperando fuera.

OceanofPDF.com

16

Era extraña la expresión del rostro de Fraser cuando salió de la habitación. Y el silencio que siguió no fue menos extraño. Tenía mucho de cosa terminada. Y parecía que lo que había terminado se concentraba allí donde la mirada de John reposaba en la nada. Parecía que ese final y esa nada se unían y creaban una mezcla. Y proseguía el silencio. Vanning tenía la pistola apuntada hacia el rostro de John; la pistola, que era un peso en su mano; la pistola, que parecía ir aumentando de peso a cada segundo que transcurría en aquel tétrico silencio.

Y proseguía el silencio. Finalmente, John comentó:

—No lo entiendo. Lo he intentado, pero no logro entender esto.

—Bebería un poco de agua —anunció Vanning.

—Tengo limonada en la nevera —dijo Martha.

Se dirigió a la cocinilla. Se afanó con la jarra y los vasos. Por unos instantes, Vanning se olvidó completamente de John y, aunque sus ojos dibujaban una línea recta entre John y él, vio a Martha en la cocinilla, la vio andando por la calle. La vio en un pequeño restaurante, la vio en el metro y caminando por el parque. Y estaba sola, todo el tiempo sola. En aquel rincón que ella llamaba hogar, estaba sola. Noche tras noche, estaba sola. La vio sentada en una silla en la misma habitación, ella sola, y luego se vio a sí mismo avanzando por el arroyo en la negrura de los bosques junto a Denver, y se vio a sí mismo abriéndose paso por el bosque, y oyó su propia habla silenciosa, y se dijo que tenía miedo de la cartera.

De alguna manera, un vaso de limonada llegó a su mano. Bebió, y no tenía ningún sabor. Un gran árbol, más oscuro que la oscuridad del bosque, mucho más oscuro que el firmamento, se alzaba frente a él. Se movía deprisa y, a fin de esquivar el tronco del árbol, tuvo que echarse rápidamente a un lado. Pudo ver un pedazo de luna cuando el árbol dejó de estar ante él. No veía el resto de la luna porque algunas nubes la ocultaban. Hubo un destello de blanco, luego negro, luego otra vez blanco, y las nubes y el pedazo de luna se fundieron y adquirieron una tonalidad carnosa, y la imagen se solidificó como el rostro de John. John estaba bebiéndose un vaso de limonada.

Martha estaba hablando:

—Tengo algo de whisky escocés por aquí, si a alguien le apetece.

—A mí, no —rechazó John—. Tengo que ir acostumbrándome a la idea de que, para mí, se han acabado los licores.

Martha anduvo de un lado a otro sin ningún motivo preciso. Se detuvo ante la puerta cerrada que separaba su pequeño apartamento del resto de la casa. Suave y lentamente, pasó las palmas de sus manos sobre la blanca puerta, muy blanca de tan limpia, y dijo:

—Ya lleva mucho tiempo fuera.

—No habría debido salir él solo —observó Vanning.

John sacudió la cabeza.

—No habría debido salir, sencillamente.

—Una esposa y tres hijos… —dijo Vanning, recordando de pronto su primer encuentro con Fraser.

John frunció el entrecejo.

—¿Cómo lo sabes?

Vanning no respondió, porque en un solo y confuso instante había olvidado cuál era la pregunta y, además, estaba demasiado ocupado sorteando otro árbol. Éste era un árbol gigantesco, con ramas que se abrían a los lados y se aferraban frenéticamente al cielo vacío como los tentáculos de un pulpo desinflado, y unos pasos más adelante había una escarpadura y Vanning cayó en ella, se levantó y salió, pasó junto a la enorme roca y el sonido del cuero rozando piedra resonó claramente en su palpitante cerebro. El cuero era la cartera, de modo que aquel árbol en particular y aquella roca concreta carecían de importancia, porque entonces aún conservaba la cartera.

Martha de nuevo andaba arriba y abajo.

—Tengo un teléfono —anunció—. Quizá podríamos hacer una llamada…

—Mejor que no —objetó Vanning—. Fraser ya habría llamado si hubiera hecho falta. Supongo que no quería desperdiciar la ocasión de atraparlos. Asustados por la llegada de la policía, hubieran huido. Vale más que no nos precipitemos. Fraser sabe lo que está haciendo.

—¿Qué pretende conseguir ahora? —preguntó John—. Sam y Pete ya no cuentan para nada.

—Todo cuenta —respondió Vanning—. El caso pertenece a Fraser, y quiere obtener todas las respuestas esta misma noche.

—¿Todas las respuestas?

—Todas.

—Salvo una —objetó—. Hay una respuesta que no conseguirá, a menos que pierdas la cordura de pronto. Te digo que si sigues así vas a salirte con la tuya. Y si le haces caso, ¿qué sacarás? ¿Una medalla al mérito? Suma dos y dos y convéncete tú mismo. Un policía es un policía, y Fraser no va a hacerle ningún favor a nadie. Y si piensas que no le tiene echado el ojo a esa pasta…

—Corta ya —le interrumpió Vanning—. Estás muy equivocado.

—Ah, ¿sí? Tú eres nuevo en esto. Quizá te convendría escuchar a un veterano. No digo que Fraser vaya con malas mañas. Lo que afirmo es que ha pensado más de una vez en el dinero de la recompensa, y, créeme, la recompensa tiene que ser sustanciosa. Quizá no sea un mal tipo, y quizá le guste echar una mano a la gente de vez en cuando, pero puedes apostar tu dulce vida a que Fraser es lo primero.

—Y por eso se ha ido —dijo Vanning con sarcasmo—. Por eso me ha puesto una pistola en la mano.

—¿Es que no ves lo que pretende?

—Veo que tengo una pistola en la mano. Veo que Fraser ha intentado jugar limpio conmigo.

—Y yo veo que Fraser te ha tomado por bobo —le contradijo John—. Sí, seguro: te ha puesto una pistola en la mano. Seguro, se ha ido y te ha dejado a cargo de la clase. Tú eres el chico bueno, la fidelidad en persona, leal hasta el fin. Y cuando Fraser vuelva, si es que vuelve, seguirás siendo el chico bueno y le devolverás la pistola como un chico bueno. Y entonces Fraser te detendrá y tú irás a la cárcel. Como un chico bueno.

—¿Qué pasa, John? ¿Estás tratando de meterme ideas en la cabeza?

—Estoy tratando de aclarar algunos puntos —respondió John—. Si captas el mensaje, bien. Pero no lo captarás. Porque te gusta la idea de ser el paniaguado de Fraser. Es más fácil así. Pero cuando veas los barrotes ante tu cara, recordarás lo que te he dicho. Y te odiarás a ti mismo por desaprovechar la hermosa oportunidad que te fue servida en bandeja de plata.

—Ahórrate la propaganda —contestó Vanning—. Hoy no comprendo nada.

John miró a Martha y le dijo:

—Quizá tú puedas vendérselo.

—Es capaz de pensar por sí mismo —observó Martha.

John se volvió de nuevo hacia Vanning. La expresión de John era solemne, y su voz tenía un tono de tristeza cuando habló:

—Estoy viéndolo como si ya hubiera ocurrido. Al final te entró miedo y les dijiste dónde podían encontrar el dinero. Así que hablaron con Denver, y Denver se hizo con la pasta y la devolvió a Seattle. Y todo el mundo quedó muy satisfecho, y todo el mundo se moría de risa. Pero había una cuestión por resolver. Ya comprendes: aún así tenían que llevarte a juicio. Era muy lamentable, una auténtica vergüenza, pero, aunque habías devuelto el dinero, tuvieron que meterte en la cárcel porque, después de todo, estabas implicado en el robo, habías puesto tus manos en la pasta y la habías escondido. Era una lástima, pero, aunque el dinero volvía a estar en la caja fuerte, hasta el último centavo, no les quedaba más remedio que condenarte a unos añitos. Y cuando digo unos añitos te estoy concediendo el beneficio de la duda, de una inmensa duda.

—Suena muy bien —comentó Vanning—. Pero no significa nada, porque no sé dónde está el dinero.

John dejó escapar un profundo suspiro. Se volvió hacia Martha y le dijo:

—Con la mano en el corazón, estoy empezando a creer que lo dice en serio. —Luego su cabeza dio un giro brusco y mecánico y sus ojos se clavaron en Vanning—. Si no sabes dónde está esa pasta, si verdadera y honradamente no lo sabes, entonces te pido que me hagas un pequeño favor. Dime una cosa. Tienes la pistola en la mano. Tienes la puerta ante ti. Dime: ¿qué estás haciendo aquí?

Vanning combinó una sonrisa y un encogimiento de hombros.

—Estoy intentando portarme como un buen chico.

John respondió algo, pero Vanning no se enteró, porque Vanning estaba moviéndose colina abajo por la espesura, hacia donde ya no había árboles y la luna rociaba de perlas el terciopelo azabache de las rocas cubiertas de musgo, y una de las rocas se hizo transparente, y por debajo de su cristalina sustancia apareció una escena, una escena que mostraba a Fraser bajando por una escalera. Todo se volvió de dentro afuera, y el cráneo de Fraser se hizo transparente: el interior del cerebro de Fraser albergaba el plan de salir por la parte de atrás, recorrer el callejón y deslizarse subrepticiamente hasta la calle Barrow. Su idea era que los dos hombres esperaban al otro lado de la calle parapetados en un árbol, detrás o dentro de un coche o metidos en algún portal. El comprender esto desencadenó un relámpago que contenía todos los colores, y que destelló una y otra vez, para luego elevarse y

situarse en un punto de observación desde el que se veía a Fraser muy abajo. A Fraser caminando solo por la calle a oscuras.

—Me desagrada mucho pensar en Fraser. Él sólo ahí afuera… —comentó Vanning.

John sonrió como un viejo zorro.

—Lo sabía. Llegó el momento.

Vanning le hizo un gesto a Martha para que se le acercara y le dijo:

—Toma la pistola.

Ella no se movió.

—Temo que no te entiendo.

—Voy a salir —explicó Vanning.

—Para no volver —añadió John—. Se irá mientras las cosas aún están a su favor. No es tan tonto, después de todo. —Luego, al dirigirse a Vanning, su voz cambió de tono—. Ya que estás en ello, podrías darme una oportunidad a mí también. No te molestaré más. Lo único que quiero ahora es desaparecer.

—No insistas —respondió Vanning—. Tú te quedas.

De nuevo le hizo un gesto a Martha, sus ojos clavados en John, pero Martha permaneció donde estaba.

La voz de Vanning se convirtió casi en un susurro:

—Quiero que cojas la pistola, Martha. Quiero que apuntes a John. Yo saldré a la calle. Decide tú misma. Puedes pensar lo que quieras. Si crees en la palabra de John, me largo y no me verás nunca más.

Ella respiraba pesadamente.

—¿Y si creo en tu palabra?

—Voy a ver qué puedo hacer por Fraser.

John alzó la vista al techo mientras cruzaba las piernas y se sujetaba una rodilla con ambas manos.

—¡Esto se lleva la palma! —exclamó—. Es lo mejor que he oído nunca.

Vanning se mordió el labio.

—Lo siento, Martha. Me disgusta horrores dejarte en esta situación, y hay mil probabilidades contra una de que John esté en lo cierto. Quiero decir, viendo las cosas superficialmente. Ya sé que esto te inquieta…

—No es esto lo que me inquieta. —Había indignación femenina en la voz de Martha—. No me gusta que salgas desarmado. Lo único que tienes son tus manos. ¿Qué pretendes hacer? ¿Demostrarme que eres muy valiente?

—Seguro —contestó Vanning—, Y también dar saltos mortales. Ven, toma la pistola.

Martha se movió hacia la pistola, y John se golpeó la palma del puño y comentó:

—Cierro la tienda. Estoy quedándome atrasado. ¿Pues no le ha vendido todo el cargamento?

La pistola que sostenía Martha apuntó al pecho de John, y Vanning contempló la escena un par de segundos antes de dirigirse hacia la puerta.

—Mantenía así —le recomendó—. No hará nada. No harás nada, ¿verdad, John? Mira lo nerviosa que es. Si estornudas, apretará el gatillo.

—¿Es eso lo único que hay que hacer? —preguntó Martha—. ¿Apretar el gatillo?

—Eso es todo —respondió Vanning. Tenía la mano en el tirador de la puerta—. Bueno, adiós.

John miró a Vanning y asintió lentamente, enfáticamente.

—Adiós es la palabra.

La puerta se abrió y se cerró con un golpe mientras Vanning corría por el rellano hacia las escaleras. La luz de la luna en el bosque negro iluminó otra roca sobre la cual Vanning se había recostado unos instantes para recobrar el aliento, pero su mano no tocaba la roca porque la cartera estaba allí, entre su mano y la roca. Así que aquella roca en particular tampoco importaba. Más allá de la roca, moviéndose hacia Vanning, avanzaba una procesión de arbolillos, tan rectos que parecía que alguien hubiera intentado crear una huerta en medio del bosque. Su bien ordenada disposición contrastaba con el resto del bosque como unos disciplinados soldados en medio de una muchedumbre alborotada. La claridad de la luna parecía seleccionarlos especialmente para honrarlos. Mientras Vanning seguía avanzando, pasaron ante él en correcta formación. Y entonces, cuando Vanning llegaba al rellano del segundo piso, sonó un disparo.

OceanofPDF.com

17

Sonó en la calle, penetró en la casa y se abrió paso como un intruso enloquecido. Hubo otro disparo. Vanning hizo una mueca. Se dijo que debía darse prisa. Hubo más disparos. La escalera se precipitó hacia él, quedó tras él, *y* Vanning pensó que seguramente Fraser poseía una casita en Kew Gardens o en algún lugar parecido, con un poco de hierba a su alrededor, *y* cada noche, cuando Fraser llegaba a casa, su esposa estaba allí esperándole. Fraser subiría a dar un beso a los niños en sus camas, un beso tierno y suave para no despertarlos. Y por la mañana Fraser, su esposa y sus tres hijos se sentarían en torno a la mesa del desayuno, mientras la luz del sol se filtraría entre las ramas de un árbol en el jardincito; esa luz haría brillar la tostadora sobre la mesa del desayuno: el brillo del cromo, las caras resplandecientes, la pequeña familia de Fraser…

El resplandor del sol, sólo que ya no era el sol, sino una farola que arrojaba su luz sobre la puerta de la calle cuando Vanning salió al exterior. Sobre el fondo negro de la calle, el brillo era intenso, con algo de rojo, un reluciente rojo que chorreaba desde una forma inmóvil en el centro de la calle, y el núcleo del rojo era una nítida erupción en la cabeza calva de Sam.

Eso fue lo primero. Lo segundo fue la gran banda elástica de silencio que se extendió y se extendió hasta que resonó el siguiente disparo. Cuando lo oyó, localizó su origen en un portal al otro lado de la calle y se vio salir de él un hombre corpulento, que bajó resueltamente los peldaños de piedra. Luego vio algo que se movía despacio, que se desplomaba junto a un poste, con las rodillas dobladas. Sus ojos retornaron al hombre corpulento que cruzaba la calle, el hombre corpulento que apuntaba una pistola hacia la cosa débil y encorvada que trataba de envolverse en torno al poste, que trataba de colocar el poste entre ella misma y la pistola.

Todo esto era cada vez más cercano, cada vez más grande, sobre todo el hombre corpulento, que se había vuelto enorme. En el borde de todo ello, sonó otro disparo y hubo actividad marginal —ventanas abriéndose, ruido de gente—, pero todo formaba parte del confuso negro, y carecía ridículamente de importancia. Lo único importante era el hombre corpulento, tan terriblemente grande ya, y cuya corpulencia se mezclaba de pronto con un rápido giro, un movimiento torpe pero definido. Lo cual se

mezclaba a su vez con la nueva dirección en que apuntaba la pistola. Luego se produjo el estallido, prontamente seguido de otro disparo de la pistola que entonces apuntaba al cielo, porque Vanning sujetaba la muñeca de Pete y con la otra mano le machacaba la cara.

Pete no soltaba la pistola. Lanzó un rodillazo al vientre de Vanning, falló y lo intentó de nuevo, y esta vez la rodilla golpeó y Vanning, que trastabilló, se encogió, perdió el equilibrio y cayó pesadamente sobre un costado. Y contempló la pistola, el rostro grande y retorcido que había tras la pistola. En la pistola había un brillo y en los oscuros bosques de Denver brillaba la luz de la luna, y entonces, desde algún lugar más allá de la luz lunar, le llegó un estampido. Pete se enderezó completamente antes de arquear la espalda y soltar la pistola, y en seguida siguió a la pistola hacia el suelo. Emitió unos gruñidos, unos gorgoteos y se quedó bien muerto.

Vanning se incorporó y corrió hacia el poste telegráfico. Sujetó a Fraser y vio la mueca de dolor en su rostro.

—¿Cómo lo he hecho? —preguntó Fraser.

—Estupendamente. ¿Dónde le ha dado?

—En la rodilla. Duele horriblemente. —Y, de pronto, los ojos de Fraser se abrieron como platos, pero no por el dolor—. ¿Qué está haciendo aquí?

—No se preocupe —le tranquilizó Vanning—. Martha lo vigila. Ella tiene la pistola.

—¡Vaya si la tiene! —exclamó Fraser, sonriendo a pesar del dolor y mirando a espaldas de Vanning, de modo que éste hubo de volverse para averiguar a qué se refería. Por un instante, lo único que vio fue la gente que salía corriendo de las casas. El instante se desmoronó, la gente se desvaneció y vio que John se les aproximaba, seguido por la pistola y, detrás, por Martha. Le entraron ganas de reírse en voz alta. Era una imagen maravillosa. Martha parecía tomárselo muy en serio, y John parecía muy cansado.

Una mano se posó en su hombro, y volvió a Fraser, que decía:

—Se ha arriesgado usted mucho por mí. Va a resultarme muy duro el detenerle.

—Está bien —respondió Vanning—. No se preocupe por eso.

Empezó a desgarrar una pernera del pantalón, y utilizó el trozo de tejido para improvisar un torniquete. Mientras apretaba el torniquete oyó quejarse a Fraser, pero siguió apretando, luego lo anudó, y justamente cuando terminaba el nudo vio a Martha y John de pie junto a ellos, y a toda la gente

que se aglomeraba detrás. Lo veía y no lo veía, porque estaba contemplando la negrura del bosque, muy denso y enmarañado en comparación con los veinte metros o así del fangoso claro que separaba esta espesa vegetación de los árboles matemáticamente dispuestos.

Alguien habló, pero Vanning no sabía quién era ni qué decía. Allí, entre el denso follaje, ya no llevaba la cartera, pero momentos antes, cuando pasaba junto al último árbol de aquella hilera extrañamente recta, aún la tenía en la mano. Y su cerebro pegó un brinco. La cartera estaba en algún lugar de aquel pequeño claro. Entre el árbol y el follaje, más bien cerca del follaje. Estaba allí; tenía que estar.

Fraser le observaba. Martha le observaba. Y John. Pero él no lo sabía. Estaba allí, en el bosque, aproximándose a la cartera.

Y, de pronto, una voz le preguntó:

—¿Dónde?

Era la voz de Martha. La miró, y captó la súplica en sus ojos, la esperanza y el temor. Y entonces dejó de ver sus ojos, pero vio la cartera. Sus ojos estaban completamente cerrados y veía la cartera brillando tenue en el momento en que la dejaba caer y se deslizaba al interior de una pequeña grieta fangosa, a unos tres metros del follaje.

Y allí estaba, todavía estaba allí: una cosa chiquitita de cuero negro que relucía a la luz de la luna; una cosita perdida en espera de alguien que quisiera recogerla.

Ninguna duda. Ningún temor. Sólo la certidumbre. El deslumbrante y magnífico descubrimiento. Y la maravillosa convicción de que los bosques eran sumamente densos y no había senderos en las proximidades y la cartera seguiría allí. Los puntos de referencia eran claros e inconfundibles, y él podría conducirlos hasta la cartera.

Sus ojos se iluminaron y sonrió abiertamente a Fraser.

El policía le devolvió la sonrisa.

—¿Ha dado por fin en la diana?

—En pleno blanco —confirmó Vanning.

—No está enterrada, ¿verdad?

—No —respondió Vanning—. Está al descubierto.

—¿La dejó caer?

Vanning asintió.

—La dejó caer y siguió andando —dijo Fraser—. Tenía la esperanza de que me diría esto. Le acompañaré a Denver. Le apoyaré, pero no creo que le

haga falta. Cualquier buen psiquiatra podría explicarlo todo sin el menor problema.

—¿Usted se lo explica?

—Al cien por cien —aseguró Fraser—. Es lo que llaman amnesia regresiva. Usted identificó la cartera con el hecho de que había matado a un hombre. Inconscientemente se obligó a olvidar su situación. Ha tenido que ocurrir algo importante para hacerle saltar la barrera. Ahora, si ese algo importante quisiera devolverme la pistola…

Martha depositó el revólver en la mano extendida de Fraser. Eso sumaba dos pistolas en poder de Fraser. Las pistolas apuntaban como al descuido en dirección de John, pero John no miraba las armas. Parecía hallarse muy lejos de todo el asunto. Ni siquiera parpadeó cuando oyó las sirenas, aunque sabía que iban a por él y a por nadie más.

OceanofPDF.com